RUSSELL

RONALD CLARK

Logic
1934 Freedom and Organization
...n to
1938 Power
...hilosophy
1940 An Inquiry into Meaning and T...
...d Theory
1945
...d
...ms
1948
...tivity
1952
...tter
1954
...hilosophy
...s
1956 Logic...
...Morals
1957 Why I a...
...ok
1959 My Phil...
...the Social Order
1967-69 Autob...

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

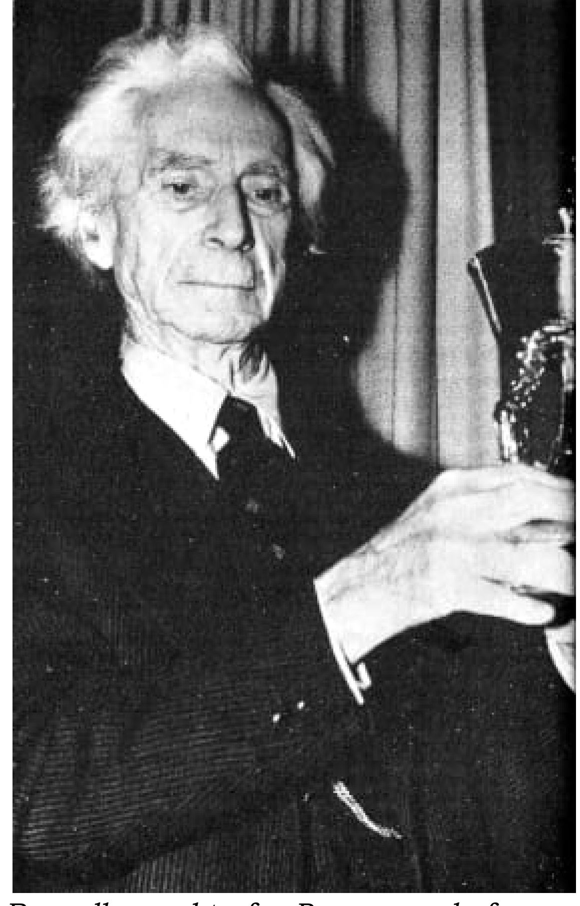
Reseña

"*Tres pasiones, simples pero arrolladoramente potentes, han gobernado mi vida: el anhelo de amor, la búsqueda del conocimiento y una profunda compasión por los sufrimientos de la humanidad. Estas pasiones, como los fuertes vientos, me han llevado de acá para allá, en una trayectoria irregular, a través de un profundo océano de angustia, extendiendo el límite real de la desesperanza.*"

Con estas palabras comienza Russell el relato de su vida, que es probablemente una de las más sobresalientes y controvertidas de la intelectualidad contemporánea. Pensador, filósofo, matemático, pedagogo... Russell no se limitó únicamente al trabajo intelectual, sino que se comprometió, vital y activamente, con los problemas políticos y sociales de su tiempo.

Sería difícil encontrar, aparte del propio Russell, a alguien más cualificado que Ronald Clark para presentamos una amplia panorámica de la vida, la obra y el tiempo del intelectual británico. Clark ha estudiado en los Archivos Bertrand Russell de la Universidad McMaster, y su biografía de Russell ha sido ampliamente elogiada y recomendada por todos los estudiosos del tema.

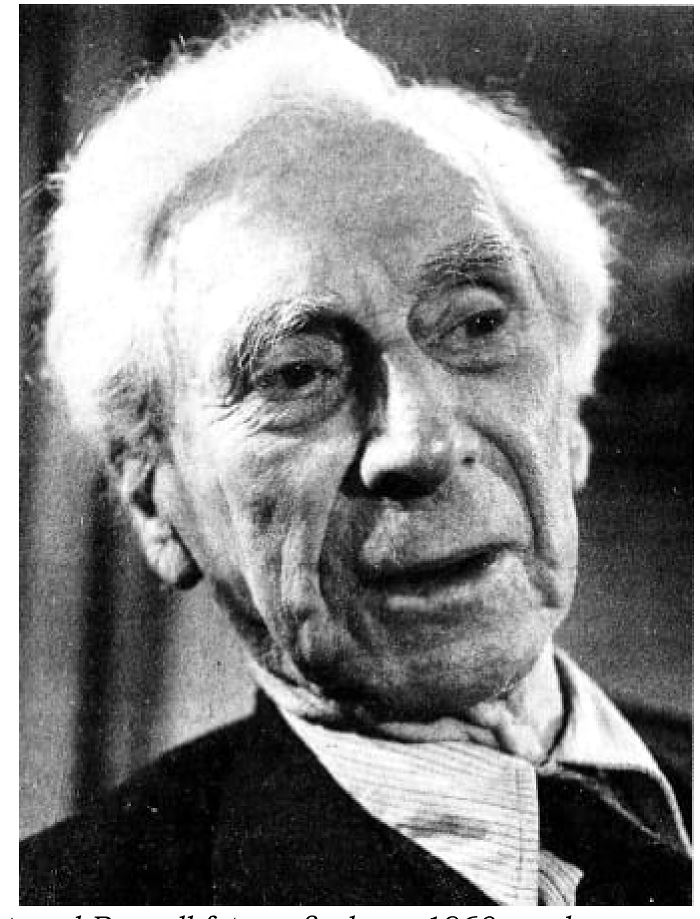
Índice



Bertrand Russell con el trofeo Pears, que le fue concedido en 1955 en reconocimiento a su labor en favor de la paz mundial.

Bertrand Arthur William Russell nació en Ravenscroft en 1872. Huérfano de padre y madre a los tres años, fue educado hasta los dieciocho por sus abuelos y profesores particulares en un rígido ambiente puritano. Más tarde ingresó en el Trinity College de Cambridge, donde estudió matemáticas y filosofía. Influido en su primera juventud por los filósofos hegelianos británicos, abandonó, sin embargo, el idealismo hacia 1898 en favor de una especie de «realismo platónico». En 1901 descubrió en la teoría de conjuntos la paradoja que lleva su nombre y conmovió los fundamentos lógicos de la matemática. Años más tarde buscó una base no contradictoria para la teoría de conjuntos y formuló la llamada «teoría de tipos». Estos y otros

estudios permitieron a Russell, con la colaboración de Whitehead, publicar entre 1910 y 1913 los *Principia Mathematica*, obra en la que por primera vez en la historia se formalizaba y axiomatizaba en un solo sistema todo el edificio de las matemáticas a partir de conceptos lógicos. En el año 1918, Russell fue encarcelado por su defensa de los objetares de conciencia y sus duros ataques contra el belicismo, actitud pacifista que mantuvo a lo largo de su vida. Renovador en muchos ámbitos, sus nuevas ideas en materia de educación cristalizaron en la creación de la escuela Beacon Hill. En 1953, tres años después de haber recibido el premio Nobel de literatura, organizó junto con Einstein el Movimiento Pugwash ante la amenaza de una guerra nuclear. Más tarde, la creación del Comité de los 100 en favor de una resistencia pacífica contra la carrera de armamentos le llevó a la cárcel por segunda vez. Escritor de gran fecundidad, su última obra fue su *Autobiografía,* publicada entre 1967 y 1969. Russell murió el año 1970 en Penrhyndeudraeth, a los 98 años de edad.



Bertrand Russell fotografiado en 1960 en el programa de televisión de la BBC «Pequeño Mundo

Prólogo
Russell como lógico y filósofo
por Jesús Mosterín

Bertrand Russell nació el 18 de mago de 1872, en el seno de una familia aristocrática de tradición política liberal y progresista. Su abuelo paterno, lord John Russell, había sido dos veces primer - ministro y jefe del partido liberal, habiendo introducido importantes reformas sociales y políticas. La madre de Bertrand murió en 1874, y su padre, dos años después. Ambos eran ateos y racionalistas, amigos y discípulos de John Stuart Mili, y dispusieron que sus hijos fueran educados por tutores de sus mismas ideas. Sin embargo, esta última voluntad suya no fue respetada. La educación de Bertrand y su hermano Frank fue confiada a su abuela paterna, mujer religiosa y puritana, aunque de ideas políticas avanzadas.

La infancia y adolescencia de Bertrand Russell fueron muy solitarias. Al contrario que su hermano Frank, Bertrand no fue enviado a la escuela, sino que fue educado en casa de su abuela por preceptores particulares. Pronto abandonó las ideas religiosas de su abuela, aunque no tenía con quien hablar de sus dudas y problemas. Escribía sus reflexiones en un diario con letras griegas, a fin de evitar inspecciones indiscretas. Por otro lado, el ambiente serio y exigente de la casa de la abuela y la falta de contacto con otros niños y niñas de su edad contribuían a su melancolía. De todos modos, su infancia no fue del todo triste. Entre sus alegrías, destaca su primer contacto con la matemática, a la que más tarde se dedicaría con tanto éxito y ardor.

> «A la edad de once años -escribe Russell en su autobiografía- empecé a estudiar geometría, teniendo por preceptor a mi hermano. Fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida, tan deslumbrante como el primer amor. Jamás había imaginado que pudiera haber algo tan delicioso en el mundo... Desde aquel momento hasta que

> Whitehead y yo concluimos Principia Mathematica, cuando yo tenía treinta y ocho años, las matemáticas acapararon mi principal interés y constituyeron mi principal fuente de felicidad. Como toda felicidad, sin embargo, no era completa. Se me había dicho que Euclides demostraba las cosas, y me sentí profundamente decepcionado al ver que empezaba con axiomas. Al principio, me negué a admitirlos, a menos que mi hermano me ofreciera algún razonamiento para que lo hiciera... La duda que me asaltó en aquel momento respecto a las premisas de las matemáticas no me abandonó, y determinó el curso de mi labor subsiguiente.»

En efecto, esa negativa del niño Russell a aceptar los axiomas como algo indemostrado se convertiría más adelante en el empeño de demostrar también los axiomas matemáticos a partir de la lógica.

A los diecisiete años se trasladó a Old Southgate para preparar los exámenes de ingreso en la Universidad de Cambridge. Allí encontró compañeros, pero no los que esperaba, pues resultaban ser demasiado groseros y brutos para el carácter delicado y sutil del joven Bertrand.

> «Me sentía profundamente desdichado —escribe Russell— Había un sendero que llevaba a New Southgate a través de los campos, y solía ir allí solo para contemplar la puesta del sol y pensar en el suicidio. No me suicidé, sin embargo, porque deseaba saber más matemáticas.»

Algo más tarde, en 1890, ingresó Russell en el Trinity College de la Universidad de Cambridge. A partir de ese momento, todo cambió y sus años universitarios fueron felices. A. N. Whitehead, que le había examinado de ingreso, se percató de su gran inteligencia y le puso en contacto con los alumnos

más brillantes. Pronto fue admitido en el círculo exclusivo de «los Apóstoles», grupo de estudiantes y profesores especialmente inteligentes y curiosos, que se reunían todos los sábados a discutir con rigor y sin prejuicios sobre todo lo divino y lo humano. También G. E. Moore, Me Taggart y el mismo A. N. Whitehead —que más tarde colaboraría con Russell en la redacción de Principia Mathematica —formaban parte del grupo.

Russell se graduó en matemáticas en 1893 y en filosofía en 1894. Ese mismo año se casó con Alys, la primera de sus cuatro mujeres. Poco después marchó a Berlín, a fin de estudiar política y economía. En 1896 publicó su primer libro, Socialdemocracia alemana, y al año siguiente el segundo, Ensayo sobre los fundamentos de la geometría. Este doble interés por la política y por la ciencia —sobre todo la matemática— lo mantendría Russell a lo largo del resto de su vida.

Rebelión contra el idealismo

Cuando Russell inició sus estudios en Cambridge, el idealismo dominaba la filosofía europea. Russell comenzó aceptando la filosofía vigente en Gran Bretaña en aquella época, una versión del hegelianismo debida a Bradley y Me Taggart. Según esta doctrina, en realidad sólo hay una cosa, que lo es todo y que es la conciencia. Y los últimos enunciados realmente verdaderos son los que se refieren al todo (o absoluto, o conciencia absoluta). A esta peregrina doctrina se llega por la llamada teoría de las relaciones internas.

En efecto, la lógica tradicional no conocía más atributos que los predicados monódicos (que designan propiedades). Los relatores o predicados poliádicos («…ama a…», «está situado entre… y …») habían sido ignorados por Aristóteles. Esta insuficiencia del análisis lógico conduce a la curiosa doctrina metafísica del idealismo absoluto. Puesto que en lógica se ignoran los relatores, en ontología se niegan las relaciones reales o «externas». Las relaciones son, pues, concebidas como

«internas», como siendo en realidad propiedades de los objetos relacionados. Si un libro está encima de la mesa, entonces el estar encima de la mesa es una propiedad del libro, y la mesa forma parte de la naturaleza del libro. Pero el estar debajo del libro es, a su vez, una propiedad de la mesa y, por tanto, el libro forma parte de la naturaleza de la mesa. Y como cada cosa está relacionada de alguna manera con todas las demás, cada cosa forma parte de la naturaleza de las demás. En definitiva resulta, pues, que no hay más que una cosa, que es la totalidad o el absoluto. Por otro lado, cualquier cosa que consideremos está relacionada con nuestra conciencia que la considera, y forma parte -por la teoría de las «relaciones internas»— de esta conciencia. No hay, pues, más que una cosa, y esa cosa es la conciencia. La conciencia es el absoluto. Además, cualquier enunciado particular (como que el libro que está encima de la mesa tiene cien páginas), al aislar artificialmente un hecho que en realidad está relacionado internamente con todas las cosas, presenta una visión deformada y parcial s de la realidad, es falso o, a lo sumo, sólo relativa y parcialmente verdadero. Para ser verdadero sin más, el enunciado habría de referirse a todas las cosas implicadas en el asunto, es decir, a todas las cosas, al todo o absoluto. Los únicos enunciados verdaderos son los enunciados sobre el absoluto.

Russell no acababa de estar satisfecho con esta teoría, que chocaba con lo que a él le gustaba llamar su «robusto sentido de la realidad». Buscando solución a las dificultades que encontraba en Bradley, Russell acudió a la lectura directa de Hegel. El contacto con las obras del maestro del idealismo acabó de convencer a Russell de lo absurdo de la doctrina. Junto con su compañero, G. E. Moore, se rebeló contra ella, desarrollando la teoría de las relaciones externas y estableciendo las bases de su «atomismo»: en el mundo hay una multitud de cosas, distintas unas de otras y de la conciencia, aunque relacionadas entre sí por relaciones externas. Los enunciados particulares («el Sena pasa por París», «me he

comprado un sombrero»...) pueden ser verdaderos (en el pleno sentido de la palabra) con completa independencia del resto del universo.

En un primer momento, la euforia causada por el rechazo del encantamiento idealista llevó a Russell al extremo contrario, a aceptar como real e independiente todo lo que el idealismo había condenado como aparente: los objetos físicos observables, las entidades teóricas, los puntos espacio-temporales, los números, las proposiciones, etc. Pero esta etapa no había de durar mucho.

El logicismo

Según el idealismo hegeliano, resulta imposible entender ninguna parte del todo sin comprender cuál es el papel que esa parte desempeña en el todo, cuáles son sus relaciones con el resto del todo, sin entender, primeramente, el todo. El análisis sería, pues, imposible. Pero una vez rechazado el idealismo, el camino queda abierto para utilizar el análisis, pues resulta posible el conocimiento de hechos y relaciones particulares mientras todavía se ignora «la totalidad».

Si el rechazo del idealismo era la condición negativa de la viabilidad del método analítico, su condición positiva era la de desarrollo de una lógica lo suficientemente precisa y compleja como para dar cuenta de la estructura de todos los enunciados que hayan de ser analizados y, en primer lugar, de todos los enunciados científicos.

> «El año más importante de mi vida intelectual—escribe Russell- fue el año 1900, y el acontecimiento más importante de ese año fue mi visita al Congreso Internacional de Filosofía de París... en el que quedé profundamente impresionado por el hecho de que, en todas las discusiones, las intervenciones de Peano y sus discípulos tenían una precisión de la que carecían todos los demás.» *Durante el Congreso, celebrado en julio, Russell se puso en relación con Peano, cuyo*

> *simbolismo dominó rápidamente.* «A últimos de agosto —cuenta Russell— ya me había familiarizado por completo con toda la obra de su escuela. Empleé el mes de septiembre en extender sus métodos a la lógica de las relaciones… Fue una época de embriaguez intelectual. Mis sensaciones se asemejaban a las que se experimentan tras escalar una montaña en medio de la niebla cuando, al llegar a la cima, la niebla se disipa súbitamente y el panorama se hace visible en cuarenta millas a la redonda.»

A principios de octubre Russell se puso a escribir Los principios de las matemáticas, desarrollando su filosofía de la matemática y redactando los cientos de páginas de la obra en los tres meses siguientes.

La filosofía russelliana de la matemática, conocida como «logicismo», se basa en la tesis de que la matemática es enteramente reducible a la lógica. Esta tesis se articula en dos partes:

1) todos los conceptos matemáticos son definibles a partir de conceptos puramente lógicos y

2) todos los teoremas matemáticos son deducibles a partir de principios lógicos. El programa logicista consistía precisamente en llevar a cabo el desarrollo de esa tarea.

Los matemáticos del siglo XIX —Weierstrass, Dedekind, etc. — habían llevado a cabo la llamada aritmetización del análisis, reduciendo los números complejos, reales y racionales a clases de números naturales. Por tanto, el primer paso del programa logicista tenía que consistir en definir los números naturales en términos lógicos. Digamos que dos clases son biyectables si se puede establecer una bisección o correspondencia biunívoca entre sus elementos. Para ello no es necesario numerarlos: el camarero que coloca un tenedor al lado de cada plato está estableciendo una bisección entre los platos y los tenedores de la mesa sin necesidad de numerarlos. Pues bien, Russell

identifica el número de (elementos de) un conjunto con la clase de todas las clases biyectables con ese conjunto. Así, por ejemplo, el número de páginas de un libro sería la clase de todas las clases biyectables con la clase de las páginas de ese libro. En especial, el 2 sería la clase de todos los pares, el 3 la clase de todos los tríos, etc. Habiendo definido lo que es el número de una clase, se puede definir número natural, en general, como aquello que es número de alguna clase: x es un número natural si y sólo si hay una clase y tal que x es el número de y. Esta definición no es circular, pues el concepto de número de está previamente definido con total independencia del concepto de número natural. Toda esta teoría ya había sido previamente expuesta por Frege, pero Russell sólo descubrió sus obras después de haber llegado por sí mismo a las mismas ideas.

De todos modos, el programa logicista enunciado en Los principios de las matemáticas habría de ser llevado a cabo posteriormente, deduciendo los principales teoremas matemáticos a partir de principios lógicos explícitos mediante las reglas de la lógica formal. Russell estudió y asimiló rápidamente tanto la lógica de Frege como el simbolismo de Peano, desarrolló también la lógica de las relaciones y dispuso pronto del instrumento formal flexible y potente que necesitaba. Había llegado el momento de ponerse manos a la obra.

Las paradojas

En la primavera de 1901 Russell se puso a deducir la matemática de la lógica. De pronto, se dio cuenta de que su trabajo había sido en vano. Las ideas intuitivas de clase o conjunto que había venido utilizando resultaban ser contradictorias. Estudiando la paradoja descubierta por Cantor, y referente a la cardinalidad de la clase universal, llegó a descubrir una contradicción mucho más simple y básica: la llamada «paradoja de Russell».

Según la idea intuitiva, a cada propiedad corresponde una clase: la clase de todas las cosas que tienen esa propiedad.

Pensemos en la clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas. ¿Es miembro de sí misma? Si lo es, no lo es. Si no lo es, lo es. En cualquier caso, se obtiene una contradicción:

$$\{ x \mid x \notin x \} \in \{ x \mid x \notin x \} \longleftrightarrow \{ x \mid x \notin x \} \notin \{ x \mid x \notin x \}$$

o, llamando *r* ala clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas —es decir, a $\{x \mid x \notin r\}$—, obtenemos que *r* es miembro de *r* si y sólo si no es miembro de *r*:

$$r \in r \leftrightarrow r \notin r$$

> «Al principio —escribe Russell— supuse que podría superar con facilidad la contradicción, y que probablemente habría un error trivial en el razonamiento... Durante la segunda mitad de 1901 seguía pensando que la solución sería fácil, pero, al término de ese tiempo, había llegado a la conclusión de que se trataba de una tarea enorme...»

Mientras la difusión de la paradoja de Russell producía en toda Europa una verdadera crisis de los fundamentos de la matemática, Russell seguía esforzándose infructuosamente en resolver las contradicciones.

> «Todas las mañanas -escribe- me sentaba ante una hoja de papel en blanco. Durante todo el día, salvo un breve intervalo para comer, miraba fijamente la hoja en blanco. A menudo, cuando llegaba la noche, la hoja seguía intacta... Los dos veranos de 1903 y 1904 están grabados en mi mente como un periodo de un absoluto estancamiento intelectual.»

La teoría de los tipos

En 1905 desarrolló Russell su teoría de las descripciones, que ayuda a entender el status lógico de expresiones -como «el

actual rey de Francia» o «el mayor número primo»- que, si bien parecen, por su forma, referirse a algo, no hay nada a lo que puedan referirse.

La solución definitiva a las paradojas ¡a encontró Russell en 1906 con el desarrollo de la teoría de los tipos. Según esta teoría -en su versión más simple y simplificando mucho— todas las clases se dividen en tipos: las clases de individuos o cosas concretas son clases del primer tipo; las clases de esas clases son clases del segundo tipo; al tercer tipo pertenecen las clases de clases del segundo tipo, etc. En la teoría de tipos sólo puede afirmarse o negarse la pertenencia de una clase de tipo determinado n a otra clase de tipo inmediatamente superior $n + 1$. Expresiones tales como «clase que es miembro de sí misma» -$x \in x$- no son verdaderas ni falsas, sino que están mal formadas, carecen de sentido, y no son formulables en la teoría de los tipos, con lo que las contradicciones por ellas generadas desaparecen.

> «Después de esto -escribe Russell- sólo quedaba escribir el libro... Trabajé en ello de diez a doce horas diarias durante unos ocho meses al año, desde 1907 hasta 1910.»

El resultado constituye los tres gruesos volúmenes de Principia Mathematica, publicados entre 1910 y 1913, y que pretenden llevar a cabo, de modo completo y detallado, el programa logicista, reduciendo la matemática entera —y en especial la aritmética— a los principios de la lógica.

Dificultades surgidas en el desarrollo de los Principia hacen dudoso que la tesis logicista quedara en ellos probada (por ejemplo, resulta difícil pensar que el axioma de infinitud o el de reducibilidad sean principios lógicos). Y pocos filósofos de ¡a matemática actuales aceptarían esa tesis. En efecto, las famosas investigaciones de Kurt Gödel culminaron en el llamado teorema de incompletitud, que afirma la imposibilidad de formalizar completamente la aritmética dentro de un sistema de axiomas y reglas de inferencia. Con ello, la tesis logicista

quedaba arruinada. Pero eso no es óbice para que la obra gigantesca Principia Mathematica sea un pilar fundamental de toda la lógica y la filosofía de la matemática posteriores. El mismo trabajo de Gödel tomó los Principia de Russell como punto de partida, e incluso su título alude a ellos: «Sobre sentencias formalmente indecidibles en Principia Mathematica y sistemas afines» (1931).

Entre 1902 y 1910, la tensión combinada de un esfuerzo intelectual agotador y de una serie de desdichas privadas hizo muy difícil para Russell desarrollar su tarea hasta el final.

> «Pero persistí -nos cuenta- y, al final, el trabajo quedó concluido, aunque mi intelecto jamás se recuperó por completo de aquella tensión. Y desde entonces, siempre me he sentido menos capaz que antes de abordar abstracciones difíciles.»

El fenomenalismo

En 1911, Bertrand Russell pasó a aplicar el método del análisis lógico al dominio de las ciencias empíricas y los objetos físicos. La primera versión de sus resultados apareció en 1914 en el libro Nuestro conocimiento del mundo exterior.

En nuestro conocimiento empírico (es decir, no puramente formal, como el lógico o matemático), Russell distingue elementos primordiales, creídos por sí mismos, sin justificación alguna, y elementos derivados, inferidos en algún sentido (aunque sea inconscientemente) de ¡os anteriores. Los elementos primordiales, inmediatamente evidentes, de nuestro conocimiento empírico son los datos sensibles, *sense data*, directamente percibidos por la vista, el tacto o el oído. Nuestros conocimientos referentes tanto a los objetos físicos de la experiencia cotidiana (árboles, hombres, sillas, etcétera) como a los objetos teóricos de la ciencia física (campos electromagnéticos, partículas elementales, etc.) constituyen elementos derivados o inferidos de los datos sensibles.

Así como al tratar del conocimiento formal, Russell había intentado reducir la matemática a la lógica, redefiniendo todos

los conceptos matemáticos en función de conceptos puramente lógicos, así también al tratar del conocimiento empírico, Russell intenta reducirlo a sus elementos más evidentes y seguros, es decir, a los datos sensibles inmediatos. No se trata de que no podamos seguir hablando de los objetos físicos tanto observables como teóricos. Los primeros son necesarios para nuestra vida diaria; los segundos, para la formulación de teorías científicas que nos sirven para explicar y predecir las variaciones y regularidades en la ocurrencia de los datos sensibles. De lo que se trata (aplicando el principio de la navaja de Ockham, de que no hay que multiplicar las entidades admitidas sin necesidad) es de hallar la manera de definir los objetos físicos observacionales y teóricos como estructuras complejas de datos sensibles, de tal modo que los enunciados físicos (tanto cotidianos como teóricos) puedan ser interpretados como abreviaturas de otros enunciados más largos en los que sólo se habla de datos sensibles y clases de datos sensibles, etc. Cuando hablamos de los objetos físicos estaríamos, pues, hablando en último término de lo dado en ¡a percepción sensible. Esto no significa que los objetos físicos sean manojos de datos sensibles, sino únicamente que los datos sensibles proporcionan una base suficiente para la interpretación y justificación de nuestras afirmaciones físicas, o (usando una famosa distinción de Russell) que nuestro conocimiento por descripción es reducible a nuestro conocimiento directo.

Nuestro conocimiento del mundo exterior se limita a indicar a grandes rasgos este programa fenomenalista de reconstrucción del aparato conceptual de la física a partir de los datos sensibles, pero no lleva a cabo el desarrollo detallado del mismo. El libro acaba diciendo:

> «El estudio de la lógica constituye el estudio central de la filosofía: proporciona a la filosofía su método de investigación, al igual que la matemática proporciona a la física el suyo... Todo

el supuesto conocimiento de los sistemas tradicionales debe ser barrido y un nuevo comienzo debe llevarse a cabo. A los hombres comprometidos en el desarrollo de la ciencia, que hasta ahora, y no sin justificación, se han desviado de la filosofía con cierto menosprecio, este nuevo método, exitoso ya en problemas tan antiguos como los del número, el infinito, la continuidad, el espacio y el tiempo, ofrece un atractivo que los métodos más antiguos han dejado completamente de ofrecer... La primera y única condición que es necesaria para asegurar a la filosofía en el futuro cercano unos resultados que superen con mucho todo cuanto hasta ahora ha sido realizado por los filósofos, es la creación de una escuela de hombres con entrenamiento científico e intereses filosóficos, libres de las tradiciones del pasado y no desviados por los métodos literarios de los que imitan a los antiguos en todo excepto en sus méritos.»

En 1921, el joven Rudolf Camap leyó esta palabras. «Sentí —escribe Camap— como si ese llamamiento me hubiera sido dirigido a mí personalmente.» Camap —que había acabado sus estudios en física y filosofía— se puso a estudiar febrilmente las obras de Russell. No teniendo dinero para comprar los Principia, le escribió a Russell, preguntándole dónde podría comprar un ejemplar de segunda mano. Russell no se lo pudo decir, pero le contestó enviándole las definiciones más importantes de los Principia, en treinta y cinco páginas escritas a mano por él mismo. A partir de entonces Camap, recogiendo el guante lanzado por Russell, se dedicaría al desarrollo del programa fenomenalista de reducción de nuestros conceptos físicos a los datos sensibles. Sin embargo, más bien que los datos sensibles aislados, Camap —influido por la Gestalttheorie — eligió como base de reducción las vivencias elementales (o totalidades de la percepción sensible en un instante

determinado) y la relación de reconocimiento de analogía entre dos vivencias elementales. A partir de esta base fenomenalista (y solipsista) Camap construye, mediante definiciones formales que sólo hacen uso del aparato lógico de Russell, el mundo de la sensación, el mundo de los objetos físicos, etc. Las investigaciones de Camap aparecieron en 1928 en el libro La construcción lógica del mundo.

En definitiva, lo que Russell había propuesto y Camap había (al menos en parte) realizado no era sino la precisión y análisis lógicos de la tradicional tesis empirista de que nuestro conocimiento no formal es reducible a los datos de la experiencia sensible inmediata. Sin embargo, entre el tratamiento de Locke y Hume y el de Camap hay la misma diferencia que entre el atomismo de Demócrito y la actual física atómica.

El programa fenomenalista tropezó con muchas dificultades, puestas de manifiesto precisamente por su tratamiento formal. Russell pasó de tomar como base los datos sensibles de un solo individuo a tomar los de todos los hombres, e incluso todos los datos sensibles posibles, para acabar finalmente (en Investigación sobre el significado y la verdad, 1940, y Conocimiento humano: su finalidad y sus límites, 1948) abandonando los datos sensibles en favor de un sistema en que se toman como base las cualidades simples y la relación de compresencia. El mismo Camap abandonó también pronto sus investigaciones sobre el programa fenomenalista, pensando que una base fisicalista (o materialista) era más adecuada para el desarrollo del lenguaje científico y la comprobación intersubjetiva de los resultados. Sin embarga, el programa fenomenalista, abandonado por sus fundadores, seguiría y sigue abriéndose camino. La estructura de la apariencia, de Nelson Goodman, aparecido en 1951, representa el más refinado y técnicamente perfecto tratamiento que la tesis fenomenalista ha recibido hasta hoy.

Russell y la filosofía actual

Tanto la tesis logicista (la matemática es reducible a la lógica) como la tesis fenomenalista (la física es reducible a los datos sensibles inmediatos) no han podido ser convincentemente establecidas. En cierto modo han fracasado, pues casi ningún filósofo actual de la ciencia las aceptaría. Sin embargo, los métodos usados en su desarrollo —los métodos del análisis lógico— han resultado ser extraordinariamente fecundos.

La filosofía de Russell abarca todos los problemas y aporta soluciones originales a muchos de ellos que aquí no podemos mencionar siquiera. Señalaremos únicamente que durante los años anteriores y posteriores a la I Guerra Mundial, Ludwig Wittgenstein estuvo estudiando filosofía con Russell y colaborando con él en la formulación de la filosofía que luego aparecería en la Filosofía del atomismo lógico (1919) de Russell y en el Tractatus Logico-Philosophicus de Wittgenstein (1922); que la distinción entre «falso» y «sin sentido» introducida por Russell a propósito de la teoría de los tipos ejerció un notable influjo en el Círculo de Viena; que Russell anticipó las ideas más tarde desarrolladas por Tarski para evitar las paradojas semánticas mediante la distinción de una jerarquía de metalenguajes; que la teoría de las descripciones de Russell permitió a Quine la formulación de su famoso criterio ontológico, etc. Y no seguimos, porque hacer la lista de las influencias de Russell equivaldría a contar la historia de la filosofía contemporánea.

En 1944, P. A. Schilpp publicó dos volúmenes de homenaje a Bertrand Russell y entre los homenajeantes que analizaban su pensamiento se encontraban figuras de la talla de A. Einstein, K. Gödel y G. E. Moore. Un cuarto de siglo después aparecería un nuevo volumen de homenaje, titulado esta vez Bertrand Russell, filósofo del siglo. En efecto, ningún otro filósofo de este siglo —con la posible excepción de Wittgenstein-podría compararse con Russell en cuanto a su decisiva influencia en los más diversos campos. Sin embargo, Russell no

es fundador de ninguna escuela filosófica; el «russellismo» no existe. Ni siquiera mantuvo sus propias ideas estables a lo largo de su vida, sino que las sometió a un inacabable proceso de constante (y a veces radical) revisión.

Al servicio de los hombres

Bertrand Russell se ha ganado un puesto de primer plano en la historia del pensamiento sobre todo gracias a sus aportaciones a la lógica y a ¡a filosofía. Sin embargo, esta actividad filosófica y científica no fue sino una faceta de su rica personalidad, que también se manifestó con lucidez y apasionamiento en los más variados dominios de la praxis.

Hombre que sentía aguda e intensamente el dolor y la opresión de los otros hombres (y mujeres), Russell dedicó una considerable parte de sus energías a la lucha contra la brutalidad, el dogmatismo y la injusticia. Russell siempre ha sido un ardiente partidario de la igualdad de derechos de las mujeres -ya en 1907 fue candidato al Parlamento por la unión pro sufragio femenino, teniendo que aguantar insultos, mofas y violencias sin cuento y no saliendo elegido, Russell siempre ha abogado por el control de la natalidad y por la liberalización de las costumbres sexuales, lo que le valió ser expulsado de su cátedra de matemáticas de la Universidad de Nueva York en 1940 por decisión de un juez católico fanático—, Russell siempre se ha opuesto a las guerras —por sus manifestaciones pacifistas contra la intervención inglesa en la I Guerra Mundial fue condenado en 1918 a seis meses de cárcel, que él aprovechó para escribir en su celda Introducción a la filosofía matemática, brillante exposición divulgadora de los resultados de sus investigaciones anteriores.

Insatisfecho de la educación autoritaria de las escuelas de su tiempo, Russell se interesó vivamente por la pedagogía, creando y dirigiendo él mismo una escuela de carácter avanzado, a la que asistían sus propios hijos. Preocupado por el riesgo de una nueva guerra mundial, Russell pasó gran parte de los años 50 organizando campañas a favor del desarme y en

especial contra el armamento atómico y las pruebas de bombas nucleares. Crítico implacable de todas las opresiones, lo mismo denunció desde el principio la total supresión de las libertades en la Unión Soviética que criticó severamente la intervención norteamericana en la guerra del Vietnam.

En su larga vida -vivió 98 años—Russell vio triunfar muchas de las ideas y causas que había defendido, recibió innumerables honores -desde la Orden del Mérito hasta el premio Nobel de literatura- y fue ampliamente admirado. Su vida, tanto pública como privada, fue rica y variada. Sin embargo, su aguda sensibilidad le hizo sufrir mucho y compadecerse intensamente por las desdichas que azotaron a la humanidad y que él ser tía como propias. Pero nunca perdió la esperanza, ni la razón, ni siquiera el sentido del humor.

Capítulo 1
Una infancia infeliz

La angustia con frecuencia agudiza la mente. Así, el agudo pensamiento y la diáfana exposición de Bertrand Russell, que pasan de un punto al siguiente a través de la intrincada maleza de las matemáticas, la filosofía y la moral, pueden deberse en gran medida a las frecuentes situaciones angustiosas de su vida, cuando los problemas intelectuales le parecían irresolubles, no encontraba respuesta a sus conflictos emocionales y el suicidio le atraía tentadoramente. En ocasiones sólo le mantenía el aristocrático deber de dirigir, en el que creía profundamente.

Su identificación con un pequeño grupo cuyas virtudes definía como «ausencia de miedo, independencia de juicio, emancipación de la multitud y cultura del ocio» le dio fuerza y confianza durante gran parte de su larga vida. En lady Ottoline Morrell, la más famosa de sus amantes, encontró «una especie de descanso y una sensación de regreso al hogar» cuando entró en contacto «con sus aristocráticos hábitos de pensamiento». Y cuando tenía noventa y dos años confesó que su época histórica ideal era la Francia de 1780.

> «Me gustaría haber sido un aristócrata francés poco antes de la toma de la Bastilla», *añadía.* «El racionalismo del siglo XVIII era encantador y humano. La opresión existía, pero no era lo suficientemente severa como para impedir la inspirada rebelión de los pensadores de entonces.»

Como dijo su hija: «Para él, como para la mayoría de los Russell, el privilegio significaba obligación, el deber de conseguir para los demás las ventajas de las que él disfrutaba.»

Además de esta obligación, su valoración de la capacidad humana le haría hoy ser acusado de elitista, el más grave de los pecados contemporáneos. Siendo joven escribió:

> «Seguramente un Darwin es más importante

que treinta millones de trabajadores.» *Y pocos años más tarde:* «¿Qué puede saber una asistenta sobre los espíritus de los grandes hombres, la historia de los imperios que cayeron o las obsesionantes visiones del arte y la razón? No nos engañemos a nosotros mismos con la esperanza de que lo mejor está al alcance de todos.»

Muchas de sus opiniones posteriores sobre la educación coincidían con las corrientes modernas, pero aun así escribió:

> «Los niños inteligentes se verían libres de muchos dolores y roces innecesarios si no estuvieran obligados a relacionarse estrechamente con sus estúpidos compañeros.»

Y siendo ya de edad avanzada, su controvertido pero en ocasiones perspicaz secretario Ralph Schoenman afirmaba sobre las graves dudas intelectuales que impedían a Russell entregarse incondicionalmente a los movimientos de masas con fines revolucionarios: «Para él, la excelencia cultural y los grandes logros eran el producto de circunstancias privilegiadas.»



Los padres de Russell, lord y lady Amberley, en el estudio de su casa en Ravenscroft, Trelleck, en octubre de 1871.

La creencia en el deber de dirigir, independientemente de las consecuencias, había supuesto para su padre, lord Amberley, hijo del primer conde Russell, riesgos y también compensaciones.



La casa natal de Russell, en Ravenscroft, según una acuarela de la época que el filósofo tenía en su casa de Penrhyndeudraeth.

Pocos años después de casarse con Kate, hija del segundo lord Stanley de Alderley, el apoyo de Amberley al control de la natalidad había arruinado sus posibilidades de éxito en las elecciones generales de 1868 y acabado con su breve incursión en la vida pública. Desilusionado, se retiró a la tranquilidad del campo y dedicó el resto de su breve vida al *Análisis de la creencia religiosa* desde un punto de vista filosófico.

El hogar de los Amberley, Ravenscroft, era una casa baja y alargada, construida en el siglo XVIII, que dominaba el valle de Wye en el sur de Gales. En ella nació Bertrand Arthur William Russell el 18 de mayo de 1872, tercer hijo del matrimonio que ya tenía un niño de ocho años, John Francis Stanley, a quien siempre llamaron Frank, y una niña, Rachel.

La reina, a quien Russell tendría ocasión de conocer personalmente durante una de sus visitas a casa de sus abuelos, había pasado no hacía mucho el ecuador de su reinado. El Imperio Alemán había sido restablecido hacía un año al finalizar la guerra franco-prusiana.



Dibujo de Russell realizado por su madre, lady Amberley. En uno de sus lados escribió: «Bertrand en su postura preferida para el estudio, con el libro apoyado en los pies.»

En Ginebra un tribunal de arbitraje estaba a punto de condenar a Gran Bretaña como responsable del pillaje del *Alabama* y de otros cruceros de la Confederación durante la guerra civil americana. Ya se habían publicado la *Psicología fisiológica* de Wilhelm Wundt y el *Tratado sobre electricidad y magnetismo* de James Clerk Maxwell, obras que producirían sus propias revoluciones en el mundo del pensamiento, y todavía continuaba siendo objeto de acalorados debates *El origen del hombre* de Darwin, publicado un año antes. Sin embargo, a pesar de estos acontecimientos ligeramente preocupantes, resultaba difícil pensar que la época victoriana no duraría siempre, que sus ideas imperialistas, respaldadas en caso necesario por el nuevo e ingenioso cañón *Gatling,* no continuarían extendiéndose.



Los padres de Russell, con su hermano Frank y su hermana Rachel, delante de la puerta principal de Ravenscroft.

Aun cuando las nuevas creencias habían debilitado a la familia por el obligado abandono de Amberley de la vida pública, parecía que su hijo menor, como el resto de los Russell, estaba destinado a ocupar un puesto seguro en un mundo seguro.

La desgracia, que iba a seguir con tanta frecuencia los pasos de Russell, llegó pronto. En mayo de 1874, Frank contrajo la difteria. Russell y su hermana Rachel fueron enviados a Pembroke Lodge, la casa de sus abuelos en Richmond Park a las afueras de Londres. Frank se recuperó gracias a los intensos cuidados de su madre. Poco se sabía por entonces sobre el periodo de contagio de la difteria, y los otros niños regresaron al hogar demasiado pronto. Rachel contrajo la enfermedad y lady Amberley, todavía exhausta por el esfuerzo realizado en la curación de Frank, se sintió obligada a prestar los mismos cuidados a su hija; víctima de la infección, la madre murió tres días después y sólo cinco días más tarde, falleció la niña. Lord Amberley, quien manifestó que sus «dos tesoros más grandes en este mundo me han sido arrebatados casi de un

solo golpe», comenzó a debilitarse progresivamente a causa del dolor. Murió a principios de 1876, médicamente víctima de bronquitis, pero, en realidad, porque no tenía voluntad de vivir.

La repentina pérdida del padre, la madre y una hermana habría supuesto un fuerte trauma para cualquier niño de corta edad, pero además los acontecimientos se iban a complicar rápidamente. Los padres de Russell, librepensadores, habían dispuesto que, en caso de fallecimiento, dos ateos serían los tutores de sus hijos. Uno era Thomas James Cobden-Sanderson, encuadernador, impresor y fundador de la Doves Press; el segundo era D. A. Spalding, un joven científico que había sido anteriormente tutor de Frank.



Russell en 1876, año en el que murió su padre. Su madre había fallecido dos años antes, por lo que fue enviado a vivir con sus

abuelos, lord y *lady Russell, en Pembroke Lodge.*

La perspectiva de que los pequeños Russell fueran educados por dos ateos podría haber sido tolerada por sus abuelos; pero los papeles de Amberley revelaron, en palabras de Bertrand Russell, que su esposa

> «había permitido al tuberculoso Spalding vivir con ella, aunque no tengo pruebas de que obtuviera placer por ello».

Los dos tutores, debidamente asesorados en el sentido de que dadas las circunstancias tenían pocas posibilidades de defender sus derechos en el juzgado, capitularon silenciosamente.

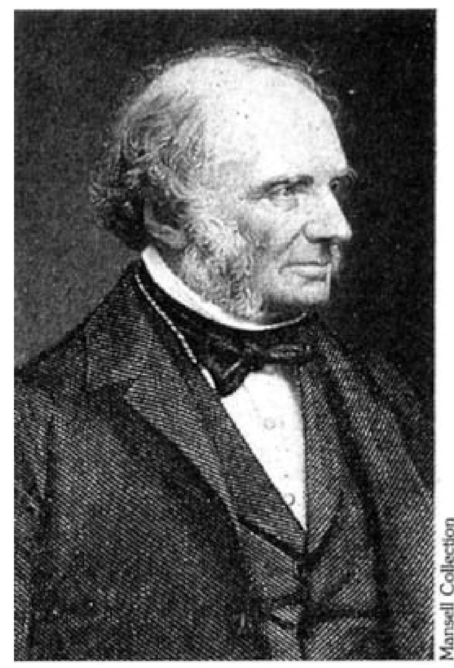


La residencia de Pembroke Lodge fue visitada por la reina Victoria cuando Russell tenía dos años. Su tía Agatha comentó: «Bertie hizo una graciosa reverencia... y no trató a Su Majestad con la falta de respeto que yo temía.»

En febrero de 1876 Russell fue trasladado a Pembroke Lodge, Richmond Park, residencia de sus abuelos paternos y de dos de sus hijos supervivientes, Agatha y Rollo.

El niño, que había perdido el ambiente liberal de Ravenscroft, tuvo que adaptarse a una atmósfera rígida que le endureció física e intelectualmente, le descuidó afectivamente y, más que ningún otro factor, modeló al hombre que sería más tarde. Los alrededores de Pembroke Lodge, que estaba situado frente al parque Richmond y que disfrutaba por la parte de atrás de una vista panorámica del Támesis y de las colinas de Surrey, ofrecían al niño casi tantas posibilidades de aventuras como la finca de Ravenscroft. Pero la vida en el nuevo hogar estaba morbosamente anclada en el pasado. La abuela materna de Russell había tomado el té regularmente en Florencia con la viuda de Bonnie Prince Charlie, el joven pretendiente. Y lord John, que tenía ochenta y cuatro años cuando Russell fue puesto bajo su tutela, había visitado a Napoleón en Elba y había asistido al Congreso de Viena que estableció las fronteras de la Europa del siglo XIX. «Vivía totalmente en el pasado», escribió Russell sobre sus años de Pembroke Lodge. «[Lady Russell] me llamaba, por equivocación, por el nombre de personas que ya habían muerto.» Había otros efectos secundarios que se derivaban de vivir en una casa cuyo dueño, a quien llevaban a pasear en silla de ruedas, había sido dos veces primer ministro de la reina Victoria y ocupado numerosos cargos oficiales. Mientras que otros hombres se referían al gobierno como «ellos», Bertrand Russell con frecuencia decía «nosotros».

El régimen espartano de Pembroke Lodge, que durante todo el año comenzaba con un baño de agua fría y media hora de práctica de piano antes de las oraciones familiares de las ocho, suponía un buen entrenamiento para los rigores del mundo exterior.





Lord y lady Russell, abuelos paternos de Bertrand. Lord John fue uno de los primeros ministros más importantes de la era Victoriano. Murió en 1878, dos años después de que Russell fuera llevado a Pembroke Lodge.

Lo que le faltaba al pequeño Bertrand era la compañía, el ambiente y el bullicio de otros niños que un colegio habría proporcionado. Pero cuando llegó el momento, lady Russell no deseaba repetir con él las experiencias que había tenido con su hermano Frank, quien atraía los problemas como un imán atrae las limaduras de hierro.



Bertrand fotografiado con su tía Agatha, que vivió en Pembroke Lodge al mismo tiempo que él.

Frank había sido enviado a Winchester, con los resultados que se pueden deducir del comentario de George Santayana:

> «Bertie debe continuar siendo al menos religioso, puro y cariñoso; debe ser preparado para ocupar el puesto de su abuelo como primer ministro y continuar la sagrada tarea de la Reforma.»

Así que Bertie, después de una temporada en un jardín de infancia de la localidad, fue confiado a sucesivos tutores e institutrices.

En Pembroke Lodge, donde murió lord John en 1878, la

soledad y la introspección, como el mismo Russell decía, fueron sus compañeras. Algunas notas de su agenda y un diario privado escrito en caracteres griegos y disimulado como cuaderno de ejercicios de esta lengua, reflejan su infelicidad durante aquella época. En el transcurso de su vida, Russell miraba a veces hacia el pasado con benevolencia, y así en su autobiografía escribió:

> «Mi niñez fue, en general, feliz y despreocupada, y sentía afecto por la mayoría de los adultos que estaban a mi alrededor.»

Pero, en notas biográficas escritas sin intención de ser publicadas, admitió:

> «Desde la adolescencia me atenazaba una desesperada infelicidad causada por la soledad, para la que yo sabía que el amor sería la única cura.»

Junto a la soledad había también un deseo igualmente desesperado de certeza, de seguridad intelectual, que puede considerarse fácilmente en términos freudianos como reacción a la sustitución de su madre por su abuela y al cambio de un ambiente familiar feliz a una vida en la que el deber, más que el amor, era exigencia diaria. Así, la severa tradición de lady Russell pudo haber conseguido más de lo que ella habría esperado. Porque fue el deseo de seguridad insatisfecho siendo niño lo que iba a guiar su futuro.

El primer indicio apareció cuando su hermano Frank le estaba enseñando los elementos de Euclides. Russell escribió más tarde:

> «Este fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida, tan deslumbrante como el primer amor. No podía imaginar que hubiera algo tan delicioso en el mundo... Me habían dicho que Euclides demostraba, pero me sentí decepcionado al enterarme de que partía de axiomas. Al principio

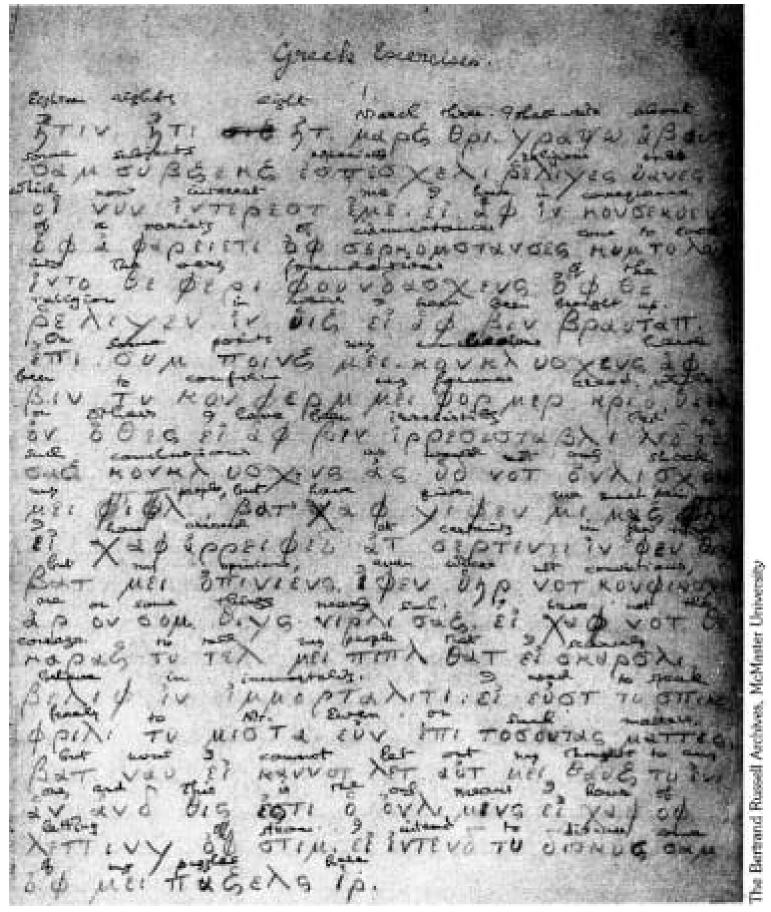
me negué a aceptarlos, a menos que mi hermano pudiera darme razones para ello, pero él dijo: “Si no los aceptas, no podemos seguir adelante”, y como yo quería continuar, los admití de mala gana. La duda que sentí en aquel momento sobre las premisas de las matemáticas permaneció en mí y determinó la trayectoria de mi trabajo posterior.»

El amor, ya que no la certeza, iba a llegar con el tiempo, y siendo aún muy joven. En 1883 el reverendísimo Rollo Russell contrajo matrimonio, dejó la residencia familiar de Pembroke Lodge y fundó su hogar en una casa en las laderas de Hindhead, estribación de colinas arenosas situada a cuarenta kilómetros al oeste de Londres.



Grupo familiar de los Russell, fotografiado en 1863. De izquierda a derecha: el Dr. Wagner, William Russell, lady Russell, Rollo Russell, Georgy, hija de Lord John y de su primera mujer, lord Amberley, lord Russell y Agatha Russell.

En las inmediaciones vivía John Tyndall, científico y montañero, que propició el deseo de Russell de ser físico, deseo que abandonaría al darse cuenta de que «los laboratorios, los experimentos y los mecanismos [le confundían] completamente». También cerca vivían los Pearsall Smith, una familia de ricos cuáqueros procedente de Filadelfia que se había instalado en la finca Friday s Hill.



Página del diario íntimo de Russell, escrito con caracteres griegos y disimulado como cuaderno de ejercicios de esta lengua. Las anotaciones del 3 de marzo de 1888 comienzan: «Escribiré sobre algunos temas, especialmente religiosos, que me interesan en estos momentos. Debido a una serie de circunstancias, he estado examinando los fundamentos de la religión en la que he sido educado.»

Los Pearsall Smith eran unos típicos americanos. El padre, Robert, era el director de una floreciente empresa de soplado de vidrio y un popular predicador, hasta que la indiscreción o la mala suerte le hizo menos aceptable ante el selecto grupo de solteronas que eran sus más fervientes seguidoras.



Alys Pearsall Smith, primera esposa de Russell, en 1897. En cierta ocasión dijo a su hermana Mary: «Puedes seguir confiando en tus encantos, pero yo tengo que ser buena.»

Su esposa Hannah, movida igualmente por el fervor religioso y por un latente sadismo, había escrito *El secreto de la vida feliz del cristiano,* obra de la que se habían vendido más de un cuarto de millón de ejemplares.



Bertrand Russell en 1891, durante su época de estudiante en el Trinity College.

Su hijo, Logan, llegaría a ser un destacado literato. La hija mayor, Mary, sería, en su segundo matrimonio, la esposa de Bernard Berenson; Alys, la pequeña, se convertiría en 1894 en Alys Russell. El tío Rollo, con ocasión de un paseo, decidió presentar a su sobrino a los americanos. Los Pearsall Smith se enamoraron de Russell; Russell se enamoró de Alys.

El tenía solamente diecisiete años y durante algún tiempo su abuela continuó preocupándose más por su educación que por cualquier desafortunada consecuencia del contacto con los cuáqueros americanos. Las matemáticas parecían ser la asignatura por la que mostraba más entusiasmo y para la que tenía mejores cualidades, y en diciembre de 1889 se presentó

como aspirante a una beca de matemáticas en el Trinity College de Cambridge.

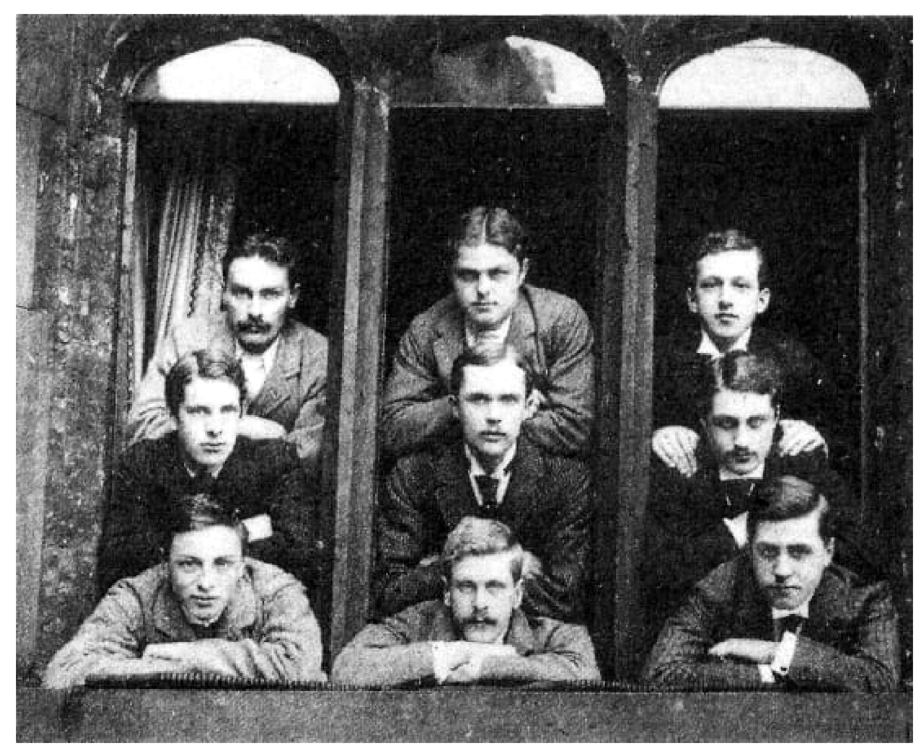


G. E. Moore, compañero de universidad y amigo de Russell, en 1925, cuando era profesor agregado de filosofía en Cambridge.

Esta materia le había atraído por dos razones: una era la cualidad casi mística que para él tenían las matemáticas; la segunda era que se trataba de algo no humano y que no tenía «nada concreto que ver con este planeta ni con todo el universo occidental, porque, como el dios de Spinoza, no nos devuelve el amor».

Examinado por Alfred North Whitehead, que sería después colaborador y amigo suyo, Russell ganó la beca y en octubre de 1890 comenzó su vida de estudiante, que le puso en contacto

con una sociedad más amplia que la ofrecida por Pembroke Lodge.



Grupo de amigos de Russell en el Trinity. Entre ellos están Charles Trevelyan (derecha de la fila central), Crompton Llewelyn Davies (izquierda de la fila de arriba) y *Theodore Llewelyn Davies (centro de la fila de arriba).*

Fue elegido socio de «los Apóstoles», asociación que contaba entre sus miembros con los estudiantes más prometedores.

Entabló amistad con G. E. Moore y con los tres sobrinos-nietos de Macaulay: Charles, Robert y George Trevelyan. Una gran parte de las seriedad que había respirado bajo la tutela de su abuela se disipó en la feliz vida universitaria.

Al cabo de tres años, le fue concedida la máxima calificación en el examen de licenciatura de matemáticas. Pero de la misma manera que las dudas religiosas estaban resquebrajando el reconfortante cristianismo de lady Russell, el trabajo realizado para la licenciatura hizo surgir en Bertrand algunas dudas

sobre el fundamento de las matemáticas. «El intento de adquirir una técnica adecuada para el examen me había llevado a considerar las matemáticas como un conjunto de trucos ingeniosos, de sutiles estratagemas y, en su conjunto, como algo demasiado parecido a un crucigrama», escribió Russell. Lo que él necesitaba para recuperar su fe en las matemáticas era «alguna razón para suponer que son verdaderas». Su interés se dirigió a la filosofía.

Capítulo 2
El laberinto idealista y la encrucijada emocional

En la década de 1890, la filosofía estaba en Cambridge dominada todavía por los idealistas absolutos, que aceptaban la idea de Hegel de que la realidad última reside en la mente, o en el espíritu, más que en la materia. Russell se había sentido inclinado a aceptar esto durante sus tres primeros años en el Trinity, pero fue durante su cuarto año cuando se decidió por las tesis idealistas sin reservas. A este respecto escribió posteriormente:

> «Había un extraño placer en convencerse a uno mismo de que el tiempo y el espacio son irreales, de que la materia es una ilusión y de que el mundo no consta de nada más que de espíritu.»

En el verano de 1894, manteniendo estas teorías, se presentó al examen de grado superior de filosofía, y consiguió el título con la calificación de sobresaliente, feliz acontecimiento que lady Russell consideró preludio de una carrera política o académica, cuyos primeros años transcurrirían, naturalmente, bajo su brazo protector. Russell tenía otras ideas.

Al llegar a la mayoría de edad, en 1893, tuvo acceso a un legado de veinte mil libras esterlinas procedente de los bienes de lord Amberley, y puesto que ya había superado el examen de grado superior, pidió la mano de Alys. El compromiso fue aceptado con reservas en Friday s Hill por una familia que no estaba muy segura del papel que haría el honorable Bertrand Arthur Russell como marido. En Pembroke Lodge, la noticia fue recibida con escándalo, puesto que la introducción en la familia de una cuáquera cinco años mayor que Russell, hija de un industrial americano, parecía el fin del mundo.

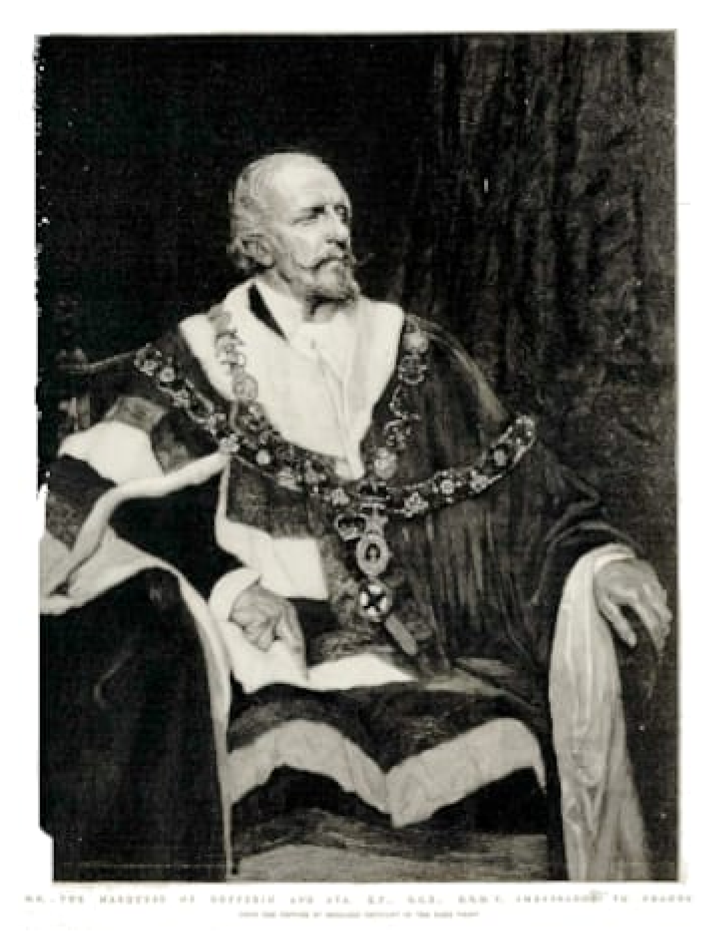


Hannah Pearsall Smith y su marido Robert, padres de la primera mujer de Russell, Alys, jugando a las cartas en el jardín de su casa, en 1894.

Lady Russell pasó inmediatamente a la ofensiva. En primer lugar, por medio del médico de cabecera, le hizo saber a Bertrand que el tío Willy, de quien se decía eufemísticamente que estaba enfermo, estaba en realidad loco, y que la tía Agatha había tenido que romper su compromiso debido a sus alucinaciones. Había otros ejemplos de lunáticos en la familia y Russell comenzó a considerar la casa en la que había crecido como «un panteón familiar habitado por fantasmas de maníacos».

Sin embargo, para combatir el miedo de que él y Alys pudieran aumentar la lista familiar de los que tenían que ser

llevados al manicomio, había una respuesta: no tendrían hijos.



El marqués de Dufferin y Ava, embajador británico en París, según un retrato de B. Constant, realizado en 1893. Colección privada.

La sugerencia escandalizó aún más a lady Russell, que comenzó a utilizar su salud como argumento, lamentándose del dolor que le causaría el proyectado matrimonio de su nieto, y consiguió de él la promesa de que no vería a su amada durante tres meses.

Para reforzar su posición, pidió ayuda a lord Dufferin y Ava, agregado del difunto lord John casi medio siglo antes. Por entonces era embajador británico en París, y le convenció para que nombrara a Russell como su agregado temporal en aquella

ciudad. A lady Russell debía de parecerle imposible que la sofisticada fascinación de París no hiciera olvidar los remilgados atractivos de una cuáquera americana.

Sumisamente, Russell pasó tres meses en París y mantuvo su promesa de no ver a Alys; incluso en un largo fin de semana que volvió a cruzar el canal para dar una conferencia a «los Apóstoles» en Cambridge, solamente le envió una carta. En su viaje de vuelta a París, tuvo como compañera a Mary Costelloe, hermana de Alys, que abandonaba a su marido y se dirigía a reunirse con Bernard Berenson, con quien finalmente se casaría. Ella y Russell se alojaron en habitaciones contiguas en el hotel Vouillemont, fueron juntos a la ópera, intercambiaron besos y, en palabras de Russell, hablaron «sobre moral sexual, y mis razones para preferir la castidad al vicio». En edad avanzada, confesó a algunos amigos íntimos que había mantenido relaciones con Mary, y cualquier lector de las cartas que envió a Alys al regresar a Inglaterra, incluyendo una confesión que tituló «Una explicación psicológica», podría deducir que se refería a relaciones sexuales. Sin embargo, esto parece poco probable, aunque desde su primera juventud Russell resultaba atractivo a las mujeres por algo que no es fácil de explicar. Su altura de 1,73 podía considerarse normal, era de constitución delgada y su pelo se volvió pronto gris. Sus ojos castaños, como su inteligencia, miraban las cosas con escepticismo y en términos puramente físicos; solamente en su edad avanzada, cuando su indignación por la injusticia sacó a relucir su cólera, presentaba un aspecto enérgico. Las dos cualidades que le transformaron fueron la energía y la seguridad en sí mismo.



Retratos de Mary (izquierda) y Alys Pearsall Smith. La fotografía de esta última, primera esposa de Russell, fue hallada en el billetero que éste utilizaba durante su época de estudiante.

Si genéticamente había sido afortunado, el austero régimen de Pembroke Lodge contribuyó a desarrollar sus cualidades, de manera que después de un largo día de debates o clases, de montar en bicicleta o de haber caminado mucho, el cansancio no hacía mella en su brillantez; respecto a la seguridad en sí mismo, era algo aceptado que los Russell nacían para enseñar al mundo cómo debía moverse.



Alys Pearsall Smith vestida con su traje de novia cuáquero, el día 13 de diciembre del año 1894.

Russell regresó de París con su amor por Alys incólume, y contrajeron matrimonio el 13 de diciembre de 1894 según el ceremonial cuáquero.

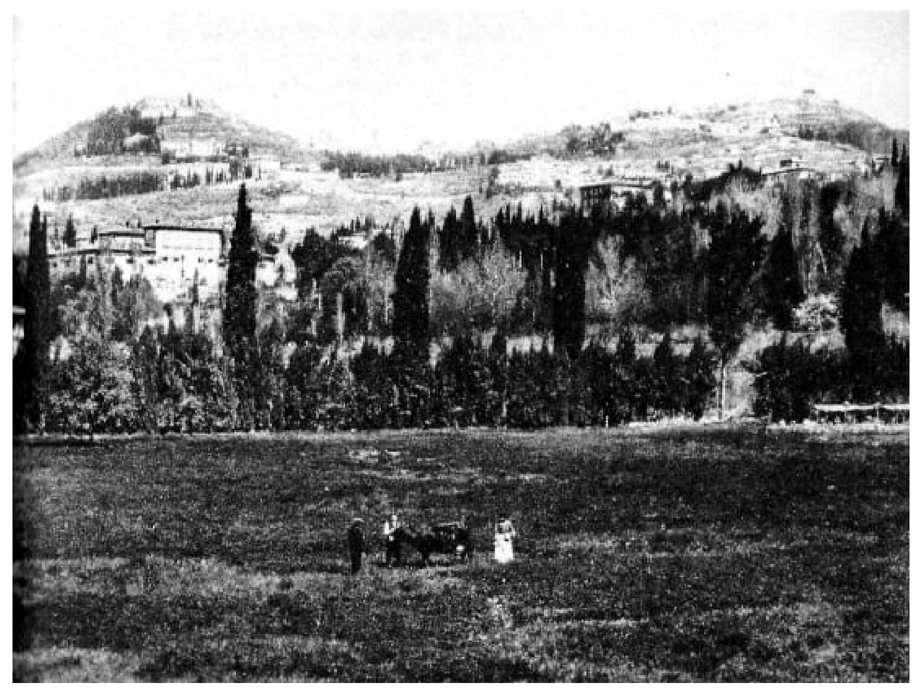
Esto supuso una ruptura para él, si no con el hogar, en lo que éste pudiera tener de acogedor, sí al menos con un entorno en el que había vivido durante casi dos décadas. Medio siglo más tarde, cuando la Administración se había hecho cargo de Pembroke Lodge, escribió:

> «Casi todas las noches antes de dormirme veo el jardín en que pasé mi niñez, que ha sido destruido; siento su destrucción tanto cómala muerte de las personas que he amado.»

Pero ya en 1894 tuvo que renunciar a él.

A comienzos de 1895, Russell y su esposa iniciaron un viaje por la Europa continental.

Pasaron tres meses en Berlín, cruzaron los Alpes para llegar a Fiésole, donde se había instalado Mary Costelloe en una villa cerca de donde vivía Bernard Berenson, continuaron viajando a lo largo de la costa adriática desde Ravena hasta Ancora, y a principios de verano regresaron a Inglaterra. Se instalaron en una pequeña casa en Fernhurst, a dos kilómetros de la residencia de los Pearsall Smith.



Vista de Fiésole, donde se instalaron Bernard Berenson y la cuñada de Russell. Entre los olivos y cipreses que cubren las colinas de los alrededores, Russell escribió el ensayo «Culto del hombre libre».

En aquellos parajes casi idílicos, Russell comenzó a plantearse lo que haría en el futuro. Por supuesto no tenía necesidad de hacer nada. Sin contar con la seguridad financiera que suponía la familia Pearsall Smith, su propia renta era

suficiente, si no para vivir lujosamente, sí al menos para el tipo de vida contemplativa que le atraía. En Berlín había pensado dedicarse a dos tipos opuestos de trabajo. Pensó en escribir

> «una serie de libros sobre la filosofía de las ciencias, considerando progresivamente temas más concretos al pasar de las matemáticas a la biología»*; así como* «escribir una serie de libros sobre temas sociales y políticos que serían cada vez más abstractos».

Iba a llevar a cabo esta decisión con más rigor del que podría haber previsto entonces. Durante los tres cuartos de siglo siguientes, sus escritos, tanto académicos como de divulgación, se alternaban regularmente de un campo al otro. El resultado fue que ningún otro inglés del siglo XX iba a alcanzar tanto prestigio en el mundo académico y en el no académico.

Esta dicotomía de intereses se manifestó por primera vez durante la segunda mitad de 1895. En Fernhurst, Russell comenzó un «Ensayo sobre los fundamentos de la geometría», su tesis para una beca honorífica del Trinity, concedida anualmente entre los miembros que escribían sobre un tema de su elección. En octubre se enteró de que le habían otorgado la beca, y pocas semanas más tarde viajó de nuevo a Berlín en compañía de Alys con la intención de estudiar los logros y la posible influencia del partido socialdemócrata alemán.

El ensayo de Russell, en el que daba su propia respuesta a la pregunta: «¿Cómo es posible la geometría?», se basaba en la tesis de que todo el espacio tenía una medida de curvatura constante; esta idea, como él admitió después, fue refutada por Albert Einstein en 1916.

> «La geometría en su teoría general de la relatividad, reconoció Russell, es la geometría que yo había considerado imposible. La teoría sobre los tensores, sobre la que se basaba Einstein, me habría sido útil, pero no la conocí hasta después de que él la utilizara.»

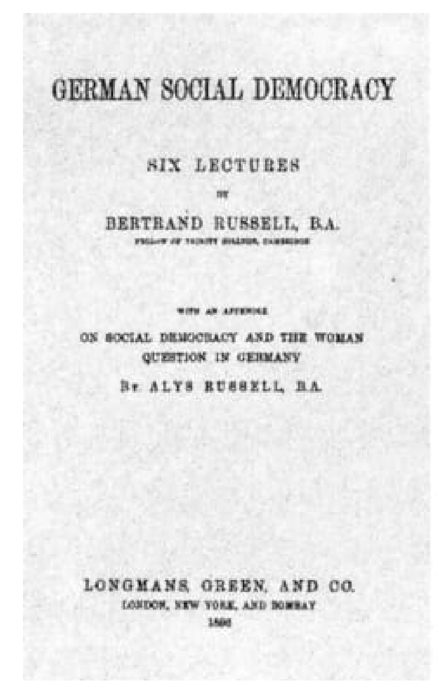
Sin embargo, su beca de seis años le dio un prestigio que aumentó cuando, al regresar de su segunda visita a Berlín, pronunció seis conferencias sobre la socialdemocracia alemana en la recién creada facultad de Economía de Londres, y habló sobre el mismo tema en la Asociación Fabiana.



Alys Russell sentada en la puerta de Millhanger, en Fernhurst, una casa del siglo XVI en la que Russell se instaló para estudiar matemáticas.

Recogido el texto de las conferencias en un libro, fue objeto de elogiosas críticas en el diario *The Times,* que destacaba «sus conocimientos y brillantez», «lo inspirado de su espíritu» y «su intuición y buen juicio».

El tema de la socialdemocracia alemana fue el primer ejemplo de la habilidad de Russell para investigar un asunto con rapidez y plasmar el resultado de su estudio en una prosa fluida que cualquier persona culta podía entender.



GERMAN SOCIAL DEMOCRACY

SIX LECTURES

BY

BERTRAND RUSSELL, B.A.

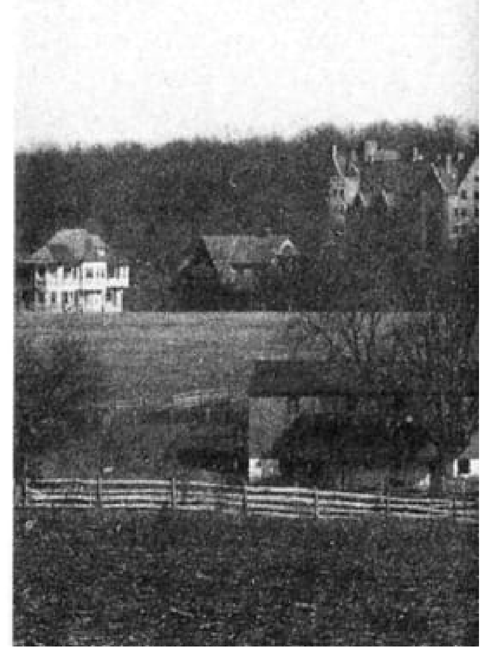
WITH AN APPENDIX

ON SOCIAL DEMOCRACY AND THE WOMAN QUESTION IN GERMANY

BY ALYS RUSSELL, B.A.

LONGMANS, GREEN, AND CO.

LONDON, NEW YORK, AND BOMBAY



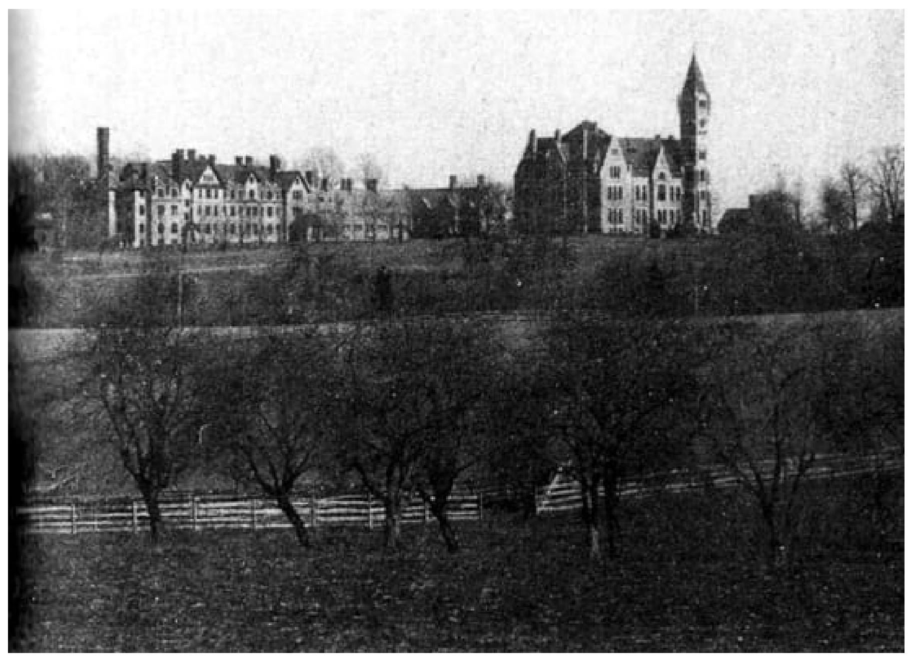
Portada del libro de Russell Socialdemocracia alemana, al que se añadió un apéndice sobre «La socialdemocracia y la mujer en Alemania»*, escrito por Alys.*

Aquella habilidad, que en gran parte fue la causa de la enorme influencia que ejerció durante casi tres cuartos de siglo, se haría manifiesta en libros, folletos, publicaciones especializadas y artículos de divulgación que trataban sobre una gran variedad de temas, aparte de la filosofía, las matemáticas y la política. Los derechos de la mujer, el futuro de la tecnología, los problemas de la educación y la moral de guerra eran algunos de los temas serios que estudió. Pero igualmente escribió con sus dotes de persuasión sobre «El amor y el dinero», «La agresividad de los vegetarianos» y «¿Deben los socialistas fumar buenos puros?»

En otoño de 1896, los Russell visitaron Estados Unidos. Bertrand disertó sobre los fundamentos de la geometría en el colegio mayor femenino Bryn Mawr, donde había estudiado Alys -y cuyo director, Carey Thomas, era primo suyo—, y en la Universidad John Hopkins de Baltimore.

Después de una visita de cortesía a Harvard, regresaron a Inglaterra y se instalaron en Millhanger, en una nueva casa a las afueras de Fernhurst. Allí, Russell comenzó a trabajar seriamente en la tarea principal que se había propuesto: la construcción de una nueva estructura de las matemáticas que permitiera desarrollar las leyes más simples de la lógica y los más abstrusos teoremas de las matemáticas avanzadas a partir de un pequeño número de ideas rudimentarias; si se pudiera conseguir esto, no sería necesario suponer ninguno de los axiomas y conceptos aceptados, y la lógica y las matemáticas formarían un sistema único de verdades.

Durante este periodo, Russell comenzó a dudar de sus creencias idealistas.



El Bryn Mawr College, Pennsylvania, colegio mayor femenino en el que Russell dio un ciclo de conferencias sobre los fundamentos de la geometría.

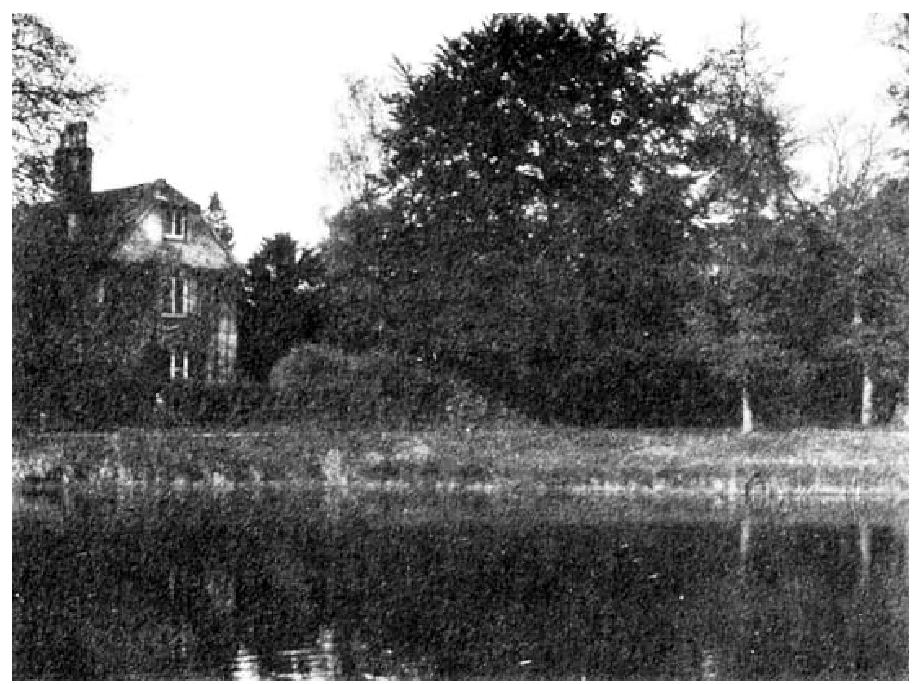
Era algo inevitable para que pudiera convencerse de la verdad objetiva de las matemáticas, puesto que los idealistas creían que todo se quedaba en la mente del observador,

mientras que el objetivo de Russell era probar que las matemáticas eran independientes de los matemáticos.

«Moore llevaba la iniciativa -escribió años más tarde, pero yo seguía sus pasos de cerca.» El ritmo de su trabajo se vio acelerado por la preparación de una serie de conferencias sobre Leibniz en 1899, que fueron publicadas bajo el título *Exposición crítica de la filosofía de Leibniz.* Esto le convenció de que debía liberarse de lo que ya consideraba laberinto idealista. Finalmente se completó el proceso:

> «Sentí, de hecho, como una gran liberación, como si hubiera escapado de un invernadero a un promontorio azotado por el viento. Odiaba la cerrazón de espíritu que implicaba suponer que el espacio y el tiempo estaban sólo en el espíritu. Me gustaba más el cielo lleno de estrellas que la ley moral, y no podía soportar la opinión de Kant en el sentido de que lo que a mi más me gustaba era sólo una quimera subjetiva. En la primera euforia de mi liberación, me convertí en un inocente realista y me sentí reconfortado con la idea de que la hierba es realmente verde, a pesar de la opinión contraria de todos los filósofos, desde Locke en adelante.»

La construcción del nuevo fundamento lógico para las matemáticas fue llevada a cabo por Russell entre los últimos años del siglo XIX y 1909. Primero aparecieron *Los principios de las matemáticas,* obra publicada en 1903, y después los *Principia Mathematica,* escritos en colaboración con Whitehead, y que aparecieron en tres volúmenes entre 1910 y 1913.



La casa de Alfred North Whitehead, Mili House, en la época en que él y Russell escribieron en colaboración los Principia Mathematica.

Este trabajo intelectual, el logro más considerable de Russell, fue realizado en medio de un caos emocional, y sería ilusorio creer que uno no influyó en el otro, aun cuando los personajes implicados en el drama intelectual y en el drama moral no fueran los mismos.

A comienzos de 1901, el sufrimiento de Mrs. Whitehead iba a suponer para Russell una experiencia traumática; un año después se dio cuenta de que ya no estaba enamorado de Alys. Las pruebas de que los dos acontecimientos estaban relacionados y de que Russell se había enamorado de Mrs. Whitehead son circunstanciales pero considerables, incluyendo un diario íntimo que Russell escribía por entonces y numerosas cartas posteriores dirigidas a lady Ottoline Morrell, que fue su amante durante varios años. «Después del amor que te tengo -escribía a Ottoline- mi mayor afecto es para Mrs. Whitehead.»



Vista de I Tatti, la villa de Bernard y *Mary Berenson, en la primera década del siglo XX.*

No se sabe hasta qué punto Evelyne Whitehead conocía los sentimientos de Russell hacia ella, ya que, siguiendo sus instrucciones, todas las cartas que Bertrand le había enviado fueron quemadas después de su muerte.

En su autobiografía, Russell narra cómo en febrero de 1901 Alys y él regresaron a la casa de los Whitehead, en Cambridge, donde se alojaban. Mrs. Whitehead tenía fuertes dolores, al parecer debido a un ataque al corazón, y Russell se dio cuenta de pronto, con desesperación, de cuáles eran sus sentimientos. Definió aquella experiencia como una «conversión»; vio con claridad lo que es la condición humana, se sintió atraído por el pacifismo, y poco después «traté por todos los medios de aliviar los problemas de Mrs. Whitehead aparentemente sin saberlo». Parte de los problemas se debía a la falta de previsión de su marido y durante algunos años Russell hizo llegar subrepticiamente dinero al hogar de Whitehead a través de Evelyne.

Aproximadamente un año después de su «conversión», cuando se encontraba pronunciando unas conferencias durante dos trimestres una vez acabada su beca honorífica, se dio cuenta de que ya no amaba a Alys. De modo significativo, se

encontraban entonces alojados en Mili House, Grantchester, el nuevo hogar de los Whitehead a unos kilómetros de Cambridge. La revelación se produjo, según Russell, una tarde mientras paseaba en bicicleta. «No había tenido idea hasta ese momento ni siquiera de que mi amor por ella se hubiera ido debilitando», afirmó más tarde. «El problema que me planteó este descubrimiento fue grave.» Fue incapaz de ocultar a Alys el hecho de que ya no la quería, y desde 1902 hasta que se separaron en 1911 soportaron una vida de infelicidad mutua; pero al menos ello hizo que Russell se concentrara aún más desesperadamente en las matemáticas.

La dolorosa experiencia iba a inspirar uno de sus más famosos ensayos: *Culto del hombre libre,* gran parte de él escrito en la casa de Bernard Berenson, I Tatti, donde los Russell pasaron las navidades de 1902. Mary Costelloe había contraído matrimonio con Berenson después de la muerte de Frank Costelloe, y la pareja irradiaba felicidad. Russell, tan afectado como Alys por el hecho de que el amor había desaparecido, daba largos paseos por las colinas cubiertas de cipreses que rodeaban la casa, y sublimó su infelicidad en un breve ensayo «resultado de tanto sufrimiento», como él lo describió. Como un grito de desesperación, fue expresado en una prosa lírica cuyos atractivos duraron hasta mucho después de que el autor hubiera comenzado a modificar lo que había escrito.

Capítulo 3
En las profundidades matemáticas

Por aquellas fechas ya había progresado en su convicción sobre la verdad de las matemáticas. A finales del siglo XIX existían dos corrientes opuestas sobre la naturaleza de las proposiciones matemáticas. Mili y sus seguidores las consideraban como generalizaciones empíricas, basadas en lo que parecía ser un número casi infinito de ejemplos; en opinión kantiana, se trataba de verdades sintéticas apriorísticas. Ninguno de los dos análisis satisfacía a Russell, quien desde sus últimos días en Cambridge había esperado mostrar que las proposiciones matemáticas podían derivarse de las proposiciones de la lógica formal.

Antes de que esto fuera posible, era necesario salvar dos obstáculos. En primer lugar, los conceptos fundamentales de las matemáticas tenían que ser definidos en términos lógicos; en segundo lugar, había que desarrollar un sistema lógico que fuera lo suficientemente extenso como para permitir que todas las proposiciones matemáticas se dedujeran de él. En la Europa continental el primer problema había sido tratado por Gottlob Frege y por Giuseppe Peano, pero su trabajo era relativamente poco conocido en Inglaterra y sólo después de haberse reunido con Peano en París, se sintió Russell lo suficientemente seguro como para comenzar a completar lo que él llamó «el gran libro».

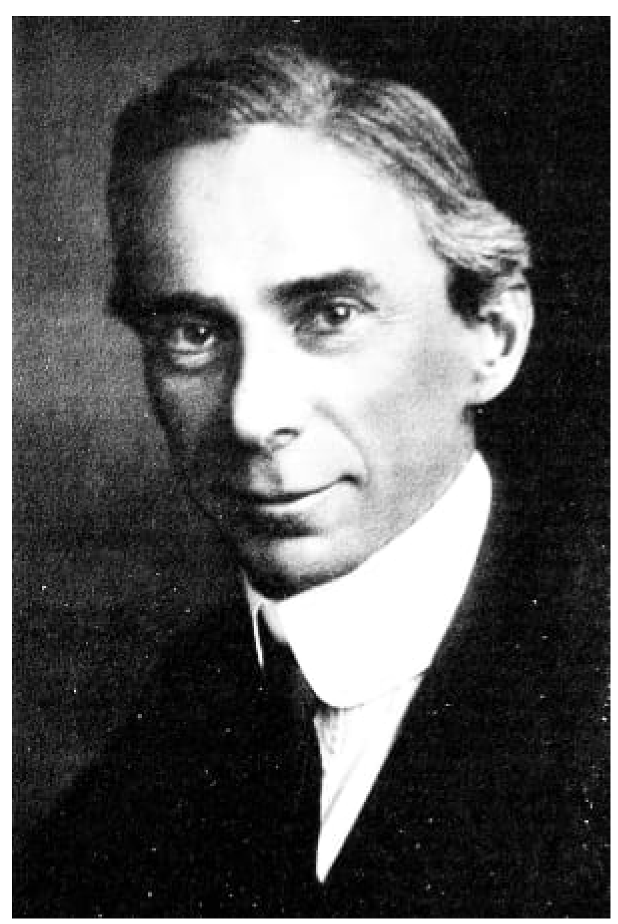
Visitó París en compañía de Alys y de los Whitehead para asistir al Congreso Internacional de Filosofía, Lógica e Historia de la Ciencia. Russell escribió al respecto:

> «En los debates del congreso, observé que Peano era siempre más preciso que los demás, y que invariablemente aprovechaba al máximo los argumentos que esgrimía. En el transcurso de los días, decidí que el motivo de esto estaba en su lógica matemática.»

Se decidió a hablar con Peano, quien le facilitó la serie

completa de sus publicaciones, y Russell regresó a Inglaterra encantado.

Russell pasó dos meses estudiando y ampliando el sistema de Peano; redactó un nuevo borrador de lo que él había escrito y continuó con el libro. Gran parte de este trabajo lo realizó en Millhanger, y parte de él en Mill House, donde Whitehead estaba escribiendo el segundo volumen de su *Algebra universal.*



En 1901, Russell descubrió en la teoría de conjuntos la paradoja que lleva su nombre y *que conmovió los fundamentos lógicos de la matemática.*

Su carácter se nos muestra en un informe enviado a Rollo, su tío:

«Fueron los días de trabajo más intenso de mi

> vida: siete horas de trabajo real, y dos corrigiendo pruebas de Peano. Tenía que escribir el capítulo más difícil del libro y estaba ansioso por acabarlo aquel mismo día, mientras mi mente estaba absorta en el tema. Lo conseguí, aunque tuve que escribir treinta páginas, pero una o dos veces me encontré con que mi mente estaba en blanco como me había ocurrido en el examen de licenciatura. He estado tanto tiempo sin auténtico trabajo, que he vuelto a él con una especie de fiebre; todo lo demás me parece irreal y oscuro en este momento, y trabajo como si estuviera poseído. Si puedo mantener este ritmo haré una gran cantidad de trabajo.»

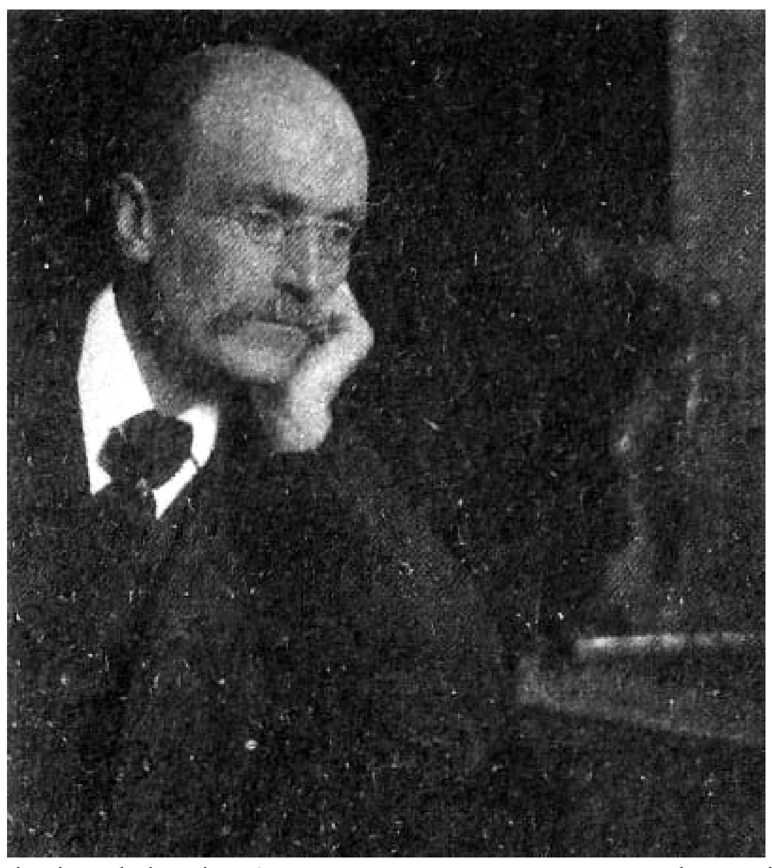
Finalmente acabó el borrador de doscientas mil palabras. Los seis meses siguientes los dedicó a su revisión y después, de manera imprevista, surgió el descubrimiento de lo que se ha dado en llamar la paradoja Russell. Había habido ejemplos de paradoja —afirmación que es verdadera si, y solamente si, es también falsa— antes de Russell, pero las más conocidas estaban tipificadas por los problemas no matemáticos de Epiménides el Cretense, quien afirmó que todos los cretenses eran mentirosos. Como Russell afirmó, nadie tomó tales paradojas seriamente hasta que, a finales del siglo XIX, se pensó que estaban estrechamente relacionadas con importantes problemas matemáticos.

Entonces se produjo su inquietante descubrimiento:

> «Cantor tenía una prueba de que no existe el número más grande, y a mí me parecía que el número de todas las cosas del mundo debería ser el más grande posible. Consiguientemente examiné su prueba con detalle, y me propuse aplicarlo a la categoría de todas las cosas que existen. Esto me llevó a considerar aquellas categorías que no son miembros de sí mismas, y a preguntarme si la

categoría de tales categorías es o no miembro de sí misma. Encontré que cualquier respuesta implica la contraria.»

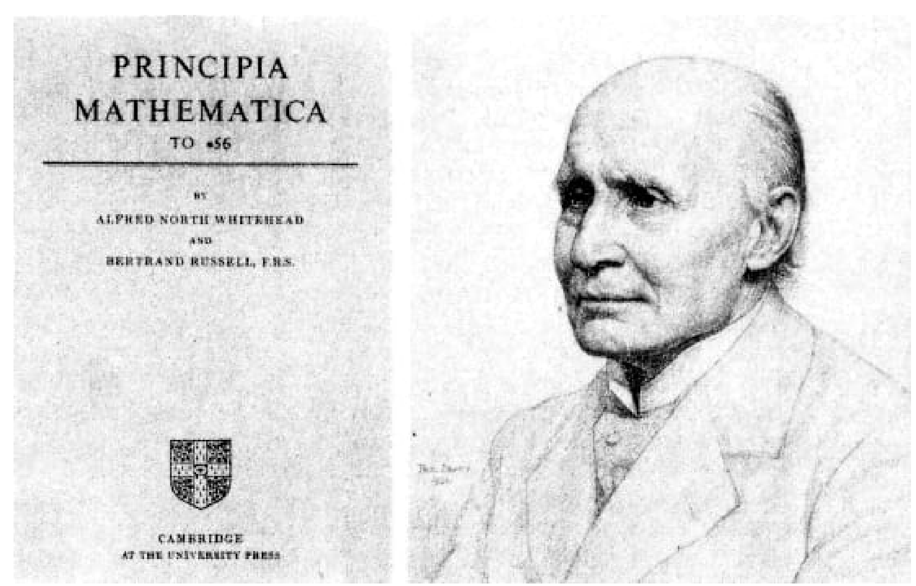
Por más que estudiaba la cuestión, no podía encontrar una salida fácil al problema. Whitehead comentó al escuchar la noticia: «Se acabaron las mañanas alegres y seguras.» Finalmente, Russell hizo algunas consideraciones circunstanciales y rudimentarias y entregó el manuscrito a los editores.



El helenista británico G. Murray mantuvo una estrecha amistad con Russell e incluso contrajo matrimonio con una prima suya, lady Mary Howard. La amistad de los dos hombres se rompió debido a sus discrepancias sobre la I Guerra Mundial.

Pero aquél fue el comienzo más que el final del problema de

las paradojas. Russell se dio cuenta de que Frege había utilizado como axioma para construir sus categorías, o clases, precisamente el método que conducía a la paradoja. Cuando informaron a Frege de la situación, se mostró consternado.



Alfred North Whitehead fue el miembro del tribunal examinador que recomendó a Russell para una beca de matemáticas en 1889.
Durante años fue amigo y colaborador de Russell, con quien escribió los Principia Mathematica, pero después también se distanciaron debido a sus posturas sobre la I Guerra Mundial.

Russell entonces proporcionó explicaciones adicionales sobre «la contradicción» y, cuando comenzaron a llegar las pruebas de su libro, suprimió páginas enteras. Finalmente, añadió dos apéndices. Uno describía las opiniones de Frege y el otro describía un método elemental y rudimentario para hacer frente a la paradoja. No todos se mostraron satisfechos. Henri Poincaré, que tenía pocas simpatías por la nueva lógica, comentó: «La lógica formal no es estéril, produce contradicciones.»

La inmersión de Russell en las profundidades matemáticas es patente en una carta dirigida a Gilbert Murray. Russell

comentaba en relación a *Los principios de las matemáticas:* «En mi creación buscaba lo perfecto con la pasión de un artista, un tratamiento nuevo de la lógica simbólica, y para satisfacción mía, Whitehead considera que tiene toda la belleza y perfección que yo esperaba.»

Mucho antes de que *Los principios de las matemáticas* hubieran asegurado a Russell un lugar en la jerarquía académica, Whitehead y él habían decidido unir sus fuerzas para preparar «una completa investigación sobre los fundamentos de todas las ramas del pensamiento matemático». Russell estaba a punto de comenzar el segundo volumen de Los *principios,* que demostraría que todas las matemáticas se derivaban de los principios lógicos de su primer volumen; Whitehead ya trabajaba en el segundo tomo de su *Algebra universal,* en el que trataba de descubrir los principios lógicos de las diferentes álgebras que se encuentran en la lógica y en las matemáticas. «Nos dimos cuenta de que los volúmenes que proyectábamos realizar trataban prácticamente de los mismos temas —escribió Whitehead, así que nos unimos para hacer una tarea conjunta. Esperábamos terminar el trabajo en el breve periodo de un año, pero nuestro horizonte se fue ampliando y necesitamos ocho o nueve para dar por concluidos los Principia Mathematica.

> La empresa, «uno de los mayores monumentos intelectuales»*, fue realizada con heroica determinación y con pasión casi mística.* «Querido Bertie, escribió Whitehead en la parte superior de una página de ecuaciones, lo siguiente me parece absolutamente hermoso.» *Para Russell, el trabajo resultaba vital y fructífero debido a* «la desenfrenada pasión absoluta y titánica que he puesto en él. Es la pasión la que ha hecho a mi intelecto ver con claridad, la que no me ha dejado parar para preguntarme si el trabajo merecía la pena, y la que me ha hecho desentenderme de si

alguna vez algún ser humano leería tan siquiera una palabra de él».

El aspecto filosófico fue en gran medida tratado por Russell, el matemático, por Whitehead; pero todas las secciones, una vez escritas, fueron revisadas y corregidas por el otro colaborador, releídas y, en caso necesario, corregidas una vez más por su escritor original. Casi ninguna de las dos mil páginas, afirmó Russell más tarde, podía ser atribuida enteramente a uno de los dos.

Antes de que el proyecto se pusiera definitivamente en marcha, Russell *se* había trasladado de Millhanger. Su ruptura sentimental con Alys había sido el comienzo de un periodo durante el que ambos querían tener tan pocos recuerdos como fuera posible de la casa en la que habían vivido después de su boda. Alquilaron casas en Londres y Surrey, pero encontraron imposible instalarse en ninguna de ellas. Después de dos años, Russell decidió comenzar de nuevo y encargó a un antiguo amigo del Trinity que diseñara una casa que sería construida en Bagley Wood, al sur de Oxford. El lugar fue sin duda elegido en consideración a Alys, ya que su hermano Logan había comprado años antes Courtplace, una hermosa casa a orillas del Támesis y también al sur de Oxford, a donde se trasladó su madre después de quedarse viuda. La nueva casa estaba solamente a unos kilómetros de distancia.

Allí comenzó Russell a adentrarse en las oscuridades de la contradicción. Y también comenzó a ver la posible solución de otro problema que dificultaba el gran objetivo que se había propuesto. Este último problema le llevó al descubrimiento de su teoría de las descripciones, a la que él se refería con frecuencia como su contribución clave a la filosofía.

Fue primero dada a conocer en *Sobre la significación,* y posteriormente fue descrita por Russell con más claridad. Después de señalar que las afirmaciones, por ejemplo, sobre «la montaña dorada», podrían equivocadamente atribuirle algún tipo de existencia, él advirtió que según esta teoría cuando una

afirmación que contiene una frase del tipo «cualquiera» es analizada adecuadamente, entonces esa frase desaparecía. Y continuó:

> «Por ejemplo, tomemos la afirmación: Scott fue el autor de Waverley. La teoría interpreta que esta afirmación quiere decir: "Un hombre y sólo uno, escribió Wauerley, y ese hombre fue Scott." O de manera más completa: "Hay una entidad C de tal manera que la afirmación X escribió Wauerley es verdadera si X es C, y falsa en caso contrario; además, C es Scott. "
>
> »*La primera parte de esto, antes de la palabra "además", se define porque quiere decir: "El autor de Wauerley existe (o existió o existirá)." Así pues: "La montaña dorada no existe" significa: "No hay entidad C tal que X es dorada y montañosa es verdadero cuando X es C, pero no de otra manera.*
>
> *»Así -concluye— el enigma sobre lo que quiere decir la afirmación: "La montaña dorada no existe", desaparece.»*

La teoría de las descripciones fue publicada primeramente en *Mind;* su respuesta al problema de la contradicción apareció en el *American Journal of Mathematics,* bajo el título «Lógica matemática, basada en la teoría de los tipos. La teoría de los tipos estipula un nivel inferior que consta de individuos, un nivel inmediato superior que consta de categorías de individuos, un nivel inmediato superior que consta de categorías de categorías de individuos, y así sucesivamente.

La teoría también especifica que solamente un miembro de un nivel inmediatamente inferior puede ser miembro de una categoría en un nivel dado.

*8·343. $\vdash :. (\exists x) . \phi x . \supset . q : \supset : \{(\exists x) . \chi x\} \mid \{q . \supset . \{(\exists x) . \phi x\} \mid \{(\exists x) . \chi x\}\}$

Prefix to matrix is $(y, z, u, w, y', z', u', w') : (\exists a, x, x')$.

Call the matrix $f(a, x, x')$.

It is true if $\sim\chi z . \sim\chi w . \sim\chi z' . \sim\chi w'$ (1)

Also $\chi z . q . \supset . f(a, z, z) . \supset . (\exists a, x, x') . f(a, x, x')$ (2)

Similarly if we have $\chi w . q$ or $\chi z' . q$ or $\chi w' . q$ (3)

From (1) . (2) . (3), by *8·28, $q . \supset . (\exists a, x, x') . f(a, x, x')$ (4)

Now $\phi a . \sim q . \supset . f(a, x, x')$. Hence

$\phi y . \sim q . \supset . f(y, x, x') . \supset . (\exists a, x, x') . f(a, x, x')$

Similarly for $\phi z . \sim q$, $\phi y' . \sim q$, $\phi z' . \sim q$. Hence

$\phi y \vee \phi z \vee \phi y' \vee \phi z' . \sim q . \supset . (\exists a, x, x') . f(a, x, x')$ (5)

But $\sim\phi y . \sim\phi z . \sim\phi y' . \sim\phi z' . \supset . f(a, x, x')$ (6)

By (5) and (6), $\sim q . \supset . (\exists a, x, x') . f(a, x, x')$ (7)

$\vdash . (4) . (7) . $ *8·28 $. \supset \vdash .$ Prop

In the next four propositions, q and r are replaced by propositions containing apparent variables, while p remains elementary.

*8·35. $\vdash :. p . \supset . (x) . \psi x : \supset : \{(x) . \chi x\} \mid \{\{(x) . \psi x\} . \supset . p \mid \{(x) . \chi x\}\}$

Putting $q . = . (x) . \psi x$, $s . = . (x) . \chi x$, the proposition is

$(p \mid \sim q) \mid \sim\{(s \mid q) \mid \sim(p \mid s)\}$.

We have by the definitions

$\sim q . = . (\exists b, c) . \psi b \mid \psi c$,

$p \mid \sim q . = . (b, c) . p \mid (\psi b \mid \psi c)$,

$s \mid q . = . (\exists x, y) . \chi y \mid \psi x$,

$p \mid s . = . (\exists z) . p \mid \chi z$,

$\sim(p \mid s) . = . (z, w) . (p \mid \chi z) \mid (p \mid \chi w)$,

$(s \mid q) \mid \sim(p \mid s) . = : (x, y) : (\exists z, w) . (\chi y \mid \psi x) \mid \{(p \mid \chi z) \mid (p \mid \chi w)\}$.

Put $f(x, y, z, w) . = . (\chi y \mid \psi x) \mid \{(p \mid \chi z) \mid (p \mid \chi w)\}$.

Then $\sim\{(s \mid q) \mid \sim(p \mid s)\} . = : (\exists x, y, x', y') : (z, w, z', w') . f(x, y, z, w) \mid f(x', y', z', w')$,

$(p \mid \sim q) \mid \sim\{(s \mid q) \mid \sim(p \mid s)\} . = : (x, y, x', y') : (\exists b, c, z, w, z', w') .$

$\{p \mid (\psi b \mid \psi c)\} \mid \{f(x, y, z, w) \mid f(x', y', z', w')\}$.

Writing $\theta\beta$ for $\sim\chi\beta$, the matrix is equivalent to

$p . \supset . \psi b . \psi c : \supset :. \psi x \supset \theta y . \supset : p . \supset . \theta z . \theta w :. \psi x' \supset \theta y' . \supset : p . \supset . \theta z' . \theta w'$.

This is satisfied by putting $b = x . c = x' . z = w = y . z' = w' = y'$. Hence Prop.

The same matrix appears in the next three propositions; only the prefix changes.

*8·351. $\vdash :. p . \supset . (x) . \psi x : \supset : \{(\exists x) . \chi x\} \mid \{(x) . \psi x\} . \supset . p \mid \{(\exists x) . \chi x\}$

Same matrix as in *8·35, but prefix $(x, z, w, x', z', w') : (\exists b, c, y, y')$.

Matrix is true if $\theta z . \theta w . \theta z' . \theta w'$.

Assume $\sim\theta z$, and put $y = y' = z . b = x . c = x'$.

Página de Principia Mathematica, obra publicada entre 1910 y 1913. Russell escribió: «Me gustan las matemáticas porque no son algo humano, ni tienen nada que ver con este planeta ni con el mundo occidental...»

Ello hace imposible que una categoría se incluya a sí misma como miembro y, así pues, resuelve la contradicción. Esta era, de forma refinada, la solución que Russell había incluido como apéndice en Los *principios de las matemáticas.*



Manifestantes en Hyde Park, el 21 de junio de 1908, solicitando el derecho femenino al voto. Russell era partidario de la Unión de Sociedades Sufragistas de Mujeres, y *se presentó como candidato de este partido a las elecciones complementarias de Wimbledon, en 1907.*

A los problemas físicos que se plantean en *Principia Mathematica* hay que añadir el hecho de que incluso en su presentación final los miles de páginas tuvieron que ser escritos en escritura normal; la lógica simbólica incluía símbolos convencionales tales como «U» en lugar de «implica», una «C» invertida en lugar de «no», un signo de tres barras horizontales iguales en lugar de «es equivalente a», y otros recursos que no aparecen en ninguna máquina de escribir. Antes de que la tarea estuviera concluida, Russell fue elegido para la Royal Society, como reconocimiento a «sus investigaciones sobre los principios de las matemáticas y el tratamiento matemático de la lógica de las relaciones». La propuesta, al parecer, tuvo que ver, según Russell, «con la posible ayuda de alguna persona influyente», y en su caso la persona influyente era Whitehead, que había sido elegido miembro de la corporación de un colegio universitario *(fellow)* cinco años antes. A mediados de mayo de 1908 se

trasladó a Londres desde Bagley Wood para su admisión. Fue un día completo. Primero trabajó durante hora y media en los *Principia.* Más tarde, en el tren leyó las pruebas de la edición francesa de su libro sobre Leibniz, y después asistió a un mitin del Comité para el Sufragio de las Mujeres. Tras asistir al acto de la Royal Society, llegó a casa a las ocho de la tarde, escribió un artículo, varias cartas sobre el sufragio de las mujeres, y comentarios críticos sobre un manuscrito que había estado leyendo, probablemente de la obra de Graham Wallas *La naturaleza humana en la política.* Todavía trabajaba duro en los *Principia,* de los que le quedaban, según sus cálculos, entre cuatro y seis mil páginas manuscritas. «No tengo tiempo -concluía— para pensar en nada, lo cual es muy agradable, y es reconfortante tener entre manos un gran trabajo.»

No fue hasta el verano siguiente, al anunciar que iba a ver a los editores de la Cambridge University Press, cuando Whitehead pudo escribir: «Por fin, tierra a la vista», y el manuscrito completo fue entregado en octubre de 1909. Pero en el periodo final del trabajo había surgido una decepción. Los editores estaban dispuestos a sufragar los gastos de impresión por un total de trescientas libras. Habían contado con que la Royal Society facilitaría las trescientas libras restantes que los editores calculaban como pérdida de la publicación. Pero la sociedad participó solamente con doscientas libras y los autores pagaron el resto de su propio bolsillo. «Nosotros ganábamos así “menos” cincuenta libras cada uno por diez años de trabajo -afirmó Russell, lo que supera el récord de El paraíso perdido.»

Capítulo 4
Política y pasión

Según Russell, se puede considerar que durante más de una década los problemas de las matemáticas y de la lógica llenaron incluso los escondrijos y las grietas de su mente. Pero no fue así. Mientras estuvo en Cambridge, había dado por supuesto que participaría en la política, idea que abandonó cuando el atractivo de las matemáticas fue demasiado fuerte. Pero sus intereses políticos habían permanecido. Fue miembro fundador de los «Coeficientes» de Sidney Webb, cuyo fin era debatir los problemas del Imperio, y se dio de baja cuando las opiniones se escoraron demasiado a la derecha. Habló ocasionalmente en defensa del libre comercio y participó en el comité de la Unión Nacional de Sociedades Sufragistas de Mujeres. Pero en 1903 escribió que el segundo volumen de *Los principios de las matemáticas* le había absorbido totalmente. Según él, cuando acabó este libro era demasiado viejo y poco flexible para adquirir los hábitos de una vida práctica. «Por ello la política tenía que ser olvidada.» Los *Principia* sin duda confirmaron esta opinión.

A pesar de ello, en 1907 decidió presentarse, o fue persuadido para que se presentara, a las elecciones parlamentarias por la Unión Nacional de Sociedades Sufragistas de Mujeres. Había sido un entusiasta defensor de los derechos de la mujer, incluso antes de estar bajo la influencia de Alys; desde luego, su creencia en que «cualquier mejora en la condición de la gran mayoría de las mujeres es posible solamente a través del socialismo fue -dijo en una ocasión— el descubrimiento que me hizo socialista».



THE NORTH AMERICAN

THE NORTH AMERICAN CO.

FRIDAY, MAY 3.

MRS. BERTRAND RUSSELL.

ENGLISH SUFFRAGISTS FIGHT FOE'S ELECTION

Women Enter Campaign for Bertrand Russell, Philadelphia's Husband.

CHAPLIN GETS SURPRISE

LONDON, May 2.

El diario The North American, en su número del día 3 de mayo de 1907. informa del apopo de Alys Russell a la campaña política de su marido en las elecciones complementarias de Wimbledon.

En 1907 el escaño de Wimbledon, en el sudoeste de Londres, había quedado vacante por la dimisión del diputado conservador. Su lugar lo ocupó Henry Chaplin, magnífico parlamentario que había ocupado un escaño en Lincolnshire durante cerca de cuarenta años, antes de ser barrido por la arrolladora victoria liberal de 1906.



Panfleto electoral de Russell para la campaña electoral de 1907. «Cuando años después hice campaña contra la I Guerra Mundial -manifestó, la oposición popular que encontré no era comparable a la que tuvieron que hacer frente los sufragistas en 1907.»

Los liberales no presentaron candidato para ocupar el escaño, pero menos de un mes antes del día de las elecciones, la Unión Nacional decidió nombrar un candidato. «Consideran conveniente presentar a alguien como medio de hacer propaganda y, aunque me disgusta, no veo razón de peso para negarme, dado que no pueden conseguir a otra persona en tan breve espacio de tiempo», explicó Russell a un conocido en una de sus cartas.

«Por supuesto debería además expresar todas

> mis opiniones habituales. No lo haría si hubiera posibilidades de ganar, ya que estoy decidido a no dedicarme a la política... Es una gran broma que me divierte casi tanto como me molesta...»

Casi tres cuartos de siglo después, resulta difícil entender el significado de «gran broma». Pero en el ambiente de 1907 resultaba casi cómico que un candidato tuviera como punto principal de su programa la demanda del derecho al voto de las mujeres. El tema, como Russell comentó más tarde, fue tratado con «hilaridad». Era el lado cómico de la elección que, según el *Daily News,* atraía al electorado, y aunque la campaña de Chaplin *se* centraba en la reforma arancelaria y en la prioridad colonial, no pudo dejar de hacer un comentario sobre «ese pequeño grupo de mujeres masculinas y hombres femeninos» que se le enfrentaban.

Alys apoyó hábilmente a Russell en la campaña, para la que muchos suponían una elección de resultado imprevisible. Durante su primer mitin público soltaron ratas y Alys fue alcanzada en la cara con un huevo, incidente por el que se disculpó Chaplin. Había pocos indicios de que una parte considerable del electorado se dejase arrastrar seriamente por una idea que podría incluso llevar a lo impensable: «Mujeres en el Parlamento.» Frente a los 10.263 votos de Chaplin, Russell obtuvo 3.299, unos 4.000 menos que los liberales en las elecciones del año anterior.

Las elecciones de Wimbledon pusieron a Russell en contacto con el bullicio del mercado, un útil fogueo para el futuro. También le proporcionaron la posibilidad de escapar a la vida infeliz de Bagley Wood, que había reanudado por entonces y que se hizo más depresiva al poner fin a la gran tarea de los *Principia.*



Retrato de lady Ottoline Morrell realizado por Augustus John. Las relaciones de Russell con ella, que comenzaron en 1911, transformaron su vida. Su amistad duró hasta la muerte de Ottoline, en 1938.

Durante los dos años siguientes esa vida de insatisfacciones, en la que las tendencias suicidas de Russell fueron dominadas solamente por su aversión a separarse de sus amadas matemáticas, iba a sufrir una transformación. Aunque él públicamente citó la fecha de 1911 como la de su transformación, hay claros indicios en su correspondencia privada de que ésta comenzó en septiembre de 1909, después de una reunión con Philip Morrell, diputado de South Oxfordshire y su esposa lady Ottoline, hermanastra del sexto duque de Portland.

Siendo estudiante, Russell había conocido casualmente a Ottoline Morrell, y ella le recordaba como «la pequeña maravilla matemática». La relación fue reanudada cuando el hermano de Alys, Logan, hizo campaña para Philip Morrell en las elecciones de 1906, que supusieron un estruendoso fracaso para los conservadores. Morrell fue uno de los 377 liberales que consiguieron una mayoría de 84 escaños más que todos los demás partidos. En septiembre de 1909, Logan, que vivía en las proximidades con la viuda de Pearsall Smith, llevó a los Morrell por los caminos de Oxfordshire a visitar a su hermana y a su cuñado.

Russell describió a Ottoline como «muy alta, con la cara estrecha y alargada, parecida a la de un caballo, y un pelo precioso de un color especial, más o menos como el de la mermelada de naranja, pero bastante más oscuro». Por su parte, Ottoline escribió en su diario la noche de su reencuentro: «Bertrand Russell es realmente fascinante. No creo haber conocido a nadie más atractivo, aunque algo alarmante, de una agilidad mental y una clarividencia admirables, y soberbiamente intelectual, separando lo falso de lo auténtico. Alguien le llamó "el día del juicio".» Posteriormente, Russell admitió que también a él le había afectado profundamente el encuentro.

Unas semanas después, entregó por fin el manuscrito de *Principia Mathematica* y se encontró sin saber qué hacer. Al principio sus pensamientos se dirigieron a la política, debido principalmente a su interés en la batalla que se estaba librando entre la Cámara de los Lores y la de los Comunes; solicitó al partido liberal una circunscripción y le fue encomendada la de Bedford. Sin embargo, el admitir que era agnóstico puso en peligro su candidatura y propició una «feliz huida», como él la llamó, puesto que mientras los liberales de Bedford tomaban una decisión, recibió una invitación del Trinity. Whitehead había decidido dimitir de su puesto de profesor de matemáticas para trasladarse a Londres, pero propuso que el colegio creara

una cátedra de lógica y principios de las matemáticas, de manera que las ideas presentadas en *Principia Mathematica* continuaran siendo enseñadas allí. Russell, candidato obvio, aceptó el nombramiento por un periodo de cinco años, lo que no le habría sido posible si hubiera tenido éxito como candidato liberal.

Su trabajo en el Trinity no comenzaría hasta octubre de 1910. Russell continuó en Bagley Wood durante las elecciones generales de enero e intervino en el debate sobre el poder de los lores, a favor del lema liberal «Los lores contra el pueblo». «Decidí que debía ayudar a los liberales tanto como me fuera posible, escribió Russell, pero no quería ayudar al candidato de la circunscripción en la que yo vivía, ya que había incumplido algunos compromisos que yo consideraba importantes. Así pues, decidí ayudar al candidato de la circunscripción vecina del otro lado del río.» El candidato era Philip Morrell.

Durante la campaña, que tendría resultados negativos para Morrell, Russell vio con frecuencia al candidato y a su esposa, pero fue un año más tarde cuando tomó una decisión que cambió su vida. En marzo de 1911 iba a pronunciar una conferencia en la Sorbona. De camino a París, pasó la noche en el hogar de los Morrell, en Bedford Square; allí, después de que se hubieran marchado los demás invitados, surgió de pronto la verdad. Ottoline escribió más tarde: «No me encontraba preparada para el torrente de pasión que él mostró por mí. Mi imaginación se vio desbordada, pero no mi corazón, a pesar de que me sentí emocionada y trastornada. Toda la elocuencia de Bertie iba dirigida a mí, pidiéndome como si fuera un deber que abandonara todo y que me fuera con él para empezar una nueva vida.» El relato de Russell sobre este acontecimiento fue muy parecido: «Yo había vivido una vida célibe durante nueve años, en los cuales todas mis energías habían sido absorbidas por los Principia Mathematica. De pronto, el largo autodominio cedió como una presa que se rompe. Me descubrí a mí mismo abrumadora y apasionadamente enamorado.»

Las relaciones de Russell con lady Ottoline no solamente iban a afectar a su vida personal e íntima, sino también a su carrera y a su capacidad para hablar sobre temas esotéricos con términos que la gente corriente pudiera entender. El habría sido capaz de hacer esto en cualquier caso, pero la ayuda de Ottoline, casi podríamos decir su enseñanza, le hizo genial en este aspecto. También se produjeron otros importantes resultados.



Russell en Garsington hacia 1916 con un grupo de amigos. De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Augustine Birrell, un desconocido, el hijo de A. Birrell, Aldous Huxley, Lytton Strachey, J. Tresidder Sheppard, Dorothy Brett, Russell y Julián Morrell. hija de lady Ottoline, con su perro «Sócrates».

La relación fue haciéndose cada vez más profunda, y Russell entró en contacto con los círculos artísticos y literarios frecuentados por Ottoline y con el grupo político disidente que en 1914 defendió que los intereses de Gran Bretaña exigían mantenerse al margen de la guerra.

Su nuevo amor le motivó además para escribir unas dos mil cartas entre 1911 y 1938, con frecuencia a un promedio de tres al día.

Muchas, escritas con su letra pequeña y cuidadosa, eran cartas de amor; pero la mayoría eran cartas en las que plasmaba sus ideas sobre los más variados temas, hacía comentarios sobre su vida diana en Cambridge, y narraba con viveza sus encuentros con los hombres brillantes de la época: Conrad, D. H. Lawrence, T. S. Eliot y, quizá el más importantes para Russell, Ludwig Wittgenstein. Su correspondencia era, pues, reflejo de la evolución que se iba produciendo en él, sin revisiones posteriores.

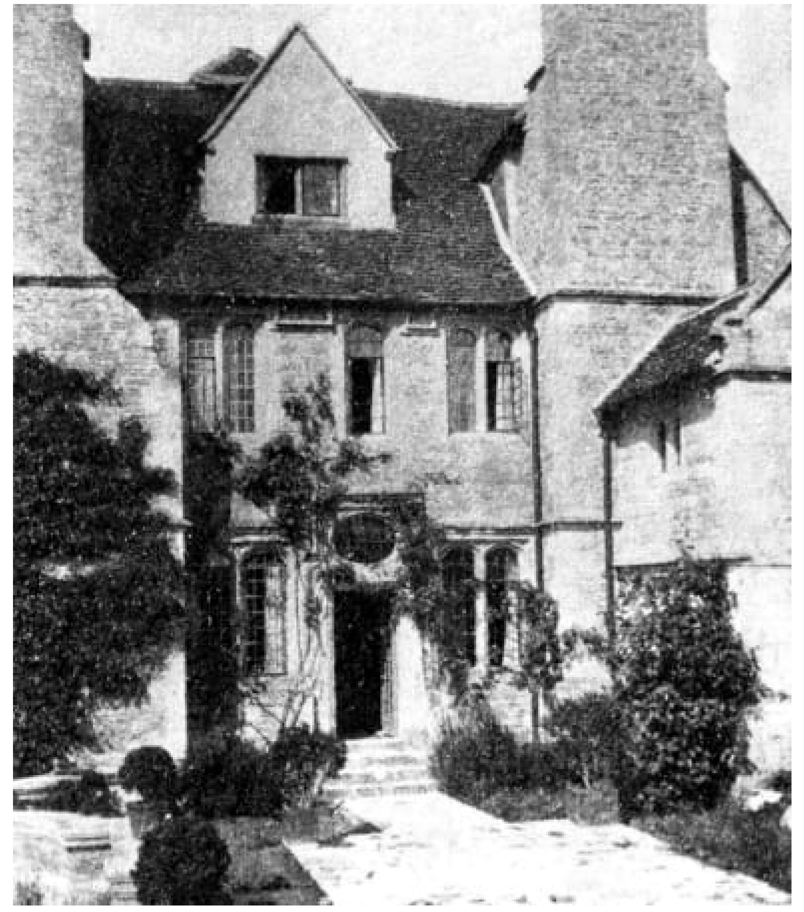
Aunque sentía atracción por Russell, Ottoline no se convirtió en su amante hasta pasadas algunas semanas y, a pesar de las constantes peticiones de él, nunca dio la más pequeña muestra de querer romper su matrimonio ni de renunciar a la posición social que ocupaba y disfrutaba. La situación que se produjo en el verano de 1911 tuvo algo de teatral. Russell se lo contó a Alys y abandonó su domicilio conyugal para trasladarse a Cambridge, donde las habitaciones del Trinity iban a constituir su residencia durante los cinco años siguientes. Ottoline se lo contó a Philip, que aceptó la situación. Pero había que guardar las apariencias y, hasta que Russell consiguió un apartamento cerca del Museo Británico y del domicilio de los Morrell en Bedford Square, sus encuentros tenían que ser circunspectos.



Lytton Strachey, Bertrand Russell y Philip Morrell fotografiados en el jardín de Garsington Manor, durante la I Guerra Mundial. Esta fotografía, así como la de la página anterior, fue tomada por lady Ottoline.

Se citaban con preferencia en parques y jardines como Putney Heath, Richmond Park, Wimbledon Common y Hampstead Heath. El verano fue espléndido y Russell anotó: «La Providencia ha sido benévola con nosotros y, evidentemente, está a nuestro favor.»

Sólo algunos amigos íntimos conocían sus relaciones, aunque el número aumentó al adquirir los Morrell la casa residencial Garsington Manor, a las afueras de Oxford, y ampliarse el círculo de artistas y de escritores que se relacionaba con Ottoline.



Garsington Manor, casa de estilo isabelino a las afueras de Oxford que Philip Morrell compró en marzo de 1913, cuando estaba abandonada.

Russell, mientras tanto, continuaba su vida académica en el Trinity en calidad de profesor, presidió una sección del Congreso Internacional de Matemáticos y colaboró con el *Monist* y *The Proceedings of the Aristotelian Society,* comportándose como cabía esperar del autor de *Principia Mathematica.*

Al mismo tiempo se estaba produciendo en él un cambio, ya que la influencia de Ottoline iba aumentando o despertando en él una sensibilidad estética que anteriormente, o no existía, o estaba aletargada.



Lady Ottoline diría de Russell: «No creo haber conocido a nadie tan atractivo, aunque algo alarmante, de una agilidad mental y una clarividencia admirables…»

En una ocasión había confesado a Berenson: «El arte no me llega al corazón. Creo en él con la inteligencia, pero en mis sentimientos soy un filisteo británico.» Ahora, en cambio, podía escribir sobre la fruición con que había escuchado *La Pasión* de Bach en la catedral de Ely y sobre el placer que proporciona un bello paisaje. En Italia, maravillado ante la estatua de la Victoria, en Brescia, comentó a Ottoline que siempre tenía «la sensación de haber sido abandonado a las puertas del paraíso cuando veo cosas como ésta». Durante una temporada, sus inclinaciones religiosas alejaron del pesimismo agnóstico de *A Free Man's Worship,* y escribió el borrador de *Prisons,* perdido

en la actualidad, obra que, según se desprende de su correspondencia, debió de incluir una gran variedad de temas, entre ellos la manera en que una nueva religión podría permitir a los hombres escapar de la prisión de la vida humana.

También por influencia de Ottoline, escribió una novela: *Las perplejidades de John Forstice.* La idea surgió al leer ella una autobiografía de Russell en la que éste relataba los tormentos de su educación, el sufrimiento durante su matrimonio con Alys y los diversos pasos dados en su desarrollo intelectual. Ottoline le sugirió que la escribiera en forma de diálogos entre un joven y un hombre de edad. Cuarenta años más tarde, Russell afirmó que la novela había tomado como modelo la obra de Mallock *La nueva república.* El libro, escrito con la participación de Ottoline en alguno de los capítulos, fue revisado varias veces y presentado a los Whitehead y a otros amigos para que dieran su opinión, y, finalmente, decidieron que no fuera publicado antes de la muerte de Russell.

Más importante fue lo que él calificó de «novelucha»: Los *problemas de la filosofía,* escrito para la Home University Library. Gran parte de este libro fue leído en voz alta a Ottoline cuando Russell se encontraba de visita en la casa de campo que los Morrell tenían en Chilterns; la claridad que impregna la obra y que la convierte en una de las mejores introducciones a la filosofía, fue consecuencia en gran medida de las preguntas hechas por Ottoline a cuestiones que ella no veía del todo claras.

La «novelucha» comenzaba con la pregunta «¿Hay algo que conozcamos de manera tan cierta que ningún hombre razonable pueda dudar de ello?» La respuesta, trató de demostrar Russell, era más complicada de lo que parecía, pero él defendió una solución al problema que da por supuesta la existencia de objetos que son independientes de la percepción que tenemos de ellos. En filosofía esto se llama «realismo», y Russell revelaba así que su ruptura con sus profesores idealistas era absoluta.

Capítulo 5
El encuentro con Wittgenstein

Incluso después del éxito de su «novelucha», Russell continuaba siendo un desconocido fuera del relativamente pequeño círculo de filósofos y matemáticos. Dentro de él, ocupaba por entonces un puesto importante; su trabajo era objeto de estudio en todo el mundo, y su fama atrajo a Cambridge al estudiante que iba a influirle más que ningún otro hombre durante los años centrales de su vida: el austríaco Ludwig Wittgenstein. Era éste técnico titulado por la Universidad de Berlín-Charlottenburg, y trabajaba como estudiante-investigador en aeronáutica en la Universidad de Manchester, donde, motivado por los problemas que planteaba el diseño de una hélice de propulsión por reacción, dirigió su interés hacia los fundamentos filosóficos de las matemáticas. En octubre de 1911, Wittgenstein llegó al Trinity para estudiar bajo la tutela de Russell.

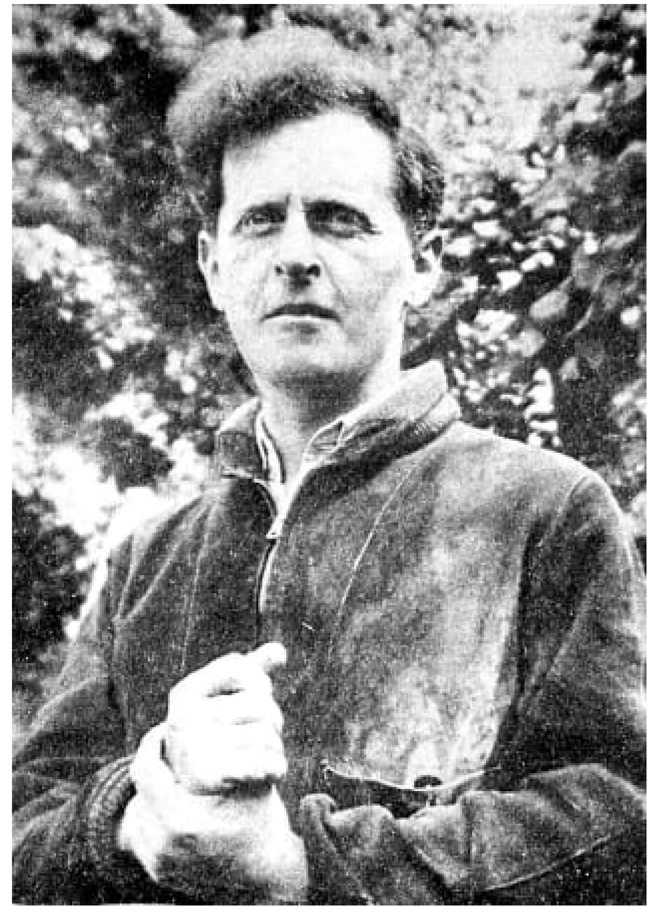
Desde el primer momento, Russell quedó fascinado por Wittgenstein, «quizás el ejemplo más perfecto que he conocido del genio como se concibe tradicionalmente: apasionado, profundo, emotivo y dominante». El estudiante no sólo escuchaba atentamente al profesor, sino que además, cuando terminaban las explicaciones, le asediaba con preguntas. «Mi amigo alemán [sic] amenaza con ser un suplicio», se lamentó Russell en una ocasión a Ottoline, calificando al alumno de «fatigoso y siempre dispuesto a llevar la contraria» y «como con una coraza contra los ataques de la razón».

Cuando Russell fue consciente de la inteligencia que yacía oculta tras la implacable seguridad en sí mismo de aquel alumno, cambió de actitud. «Empieza a caerme bien -comentó a Ottoline, es amante de la literatura y de la música, sabe comportarse y creo que es realmente inteligente.» Todas las dudas sobre su valía se disiparon cuando Wittgenstein confesó que vacilaba entre la filosofía y la aviación, pidió consejo a Russell y le entregó un breve ensayo que mostraba su temple.

Russell afirmó: «Muy bien, mucho mejor que mis alumnos ingleses. Ciertamente le animaré. Quizá llegue a hacer grandes cosas.»

Desde el mes de enero de 1912 hasta finales de verano de 1913, fecha en la que Wittgenstein abandonó Cambridge para instalarse en Noruega, Russell y él se reunieron, trabajaron y hablaron de filosofía cada vez más en un plano de igualdad. Wittgenstein era, afirmó Russell durante la primavera de 1912, el único hombre que había conocido con «un auténtico interés por el escepticismo filosófico»*;* ya en mayo estaba orgulloso por los logros de su discípulo, y escribía a Ottoline*:* «El piensa que mi ensayo sobre la materia es lo mejor que he escrito, y sólo ha leído el principio y el final.»

La admiración de Russell creció, y estaba seguro de que Wittgenstein viviría para continuar su obra.



Ludwig Wittgenstein, en el jardín de G. E. Moore, en Cambridge. «Tiene la pasión teórica: es una pasión rara y me alegro de encontrarla»*, escribió Russell cuando Wittgenstein se convirtió en su alumno en 1911.*

Era un hombre para el futuro, el primero en quien Russell había puesto sus esperanzas, aunque éstas se disiparían pronto.

La decepción se produjo en el verano de 1913, cuando Russell trabajaba en un tema clave de la teoría del conocimiento. Había comenzado a principios de mayo con el objetivo de escribir diez páginas al día, y antes de transcurrido un mes había escrito ya trescientas cincuenta.



Fotografía de estudio de Bertrand Russell realizada por Hugh Cecil. probablemente hacia el año 1913.

Al principio todo iba bien, se sentía feliz «viviendo la vida de un poseso», y estaba convencido de que en el trabajo era «sorprendentemente sincero. No hay absolutamente nada ingenioso en ninguna parte, excepto quizá algunas palabras en la primera página, y algún día las cambiaré», dijo a Ottoline.

Todo cambió a finales de mayo. Wittgenstein visitó a Russell. Este le enseñó una parte importante de su manuscrito y el estudiante dijo al profesor que «todo estaba equivocado», que él había seguido ese camino y sabía que no daba resultado.



La Universidad de Harvard en 1914, año en que Russell pronunció allí un ciclo de conferencias. Russell fue tratado como una celebridad debido, entre otras razones, a que el «nuevo realismo», *movimiento que se oponía al idealismo característico de principios de siglo, era entonces muy popular en la filosofía americana.*

Sería demasiado afirmar que Russell quedó destrozado, pero al cabo de un mes escribió:

> «Todo lo que me ocurre tiene su origen en la crítica de Wittgenstein a mi trabajo. Acabo de darme cuenta. Era difícil reconocerlo, ya que esto hace imposible una gran parte del libro que quería escribir… es la primera vez en mi vida que no he sido honesto con mi trabajo.» *Y tres años más tarde describió la crítica de Wittgenstein como* «un acontecimiento de capital importancia en mi vida que afectó todo lo que he hecho desde entonces. Vi que él tenía razón, y comprendí que no podía esperar hacer ya nunca un trabajo fundamental en

> filosofía. Mi impulso quedó hecho pedazos, como una ola que rompe contra un dique. Me sentí invadido por la desesperación».

Russell abandonó el libro, aunque seis artículos posteriores publicados en el *Monist* eran, casi con toda seguridad, parte de él. No se sabe con certeza cuál fue esencialmente la crítica hecha por Wittgenstein. Parece ser que la sofisticada teoría del juicio había omitido un factor que Wittgenstein consideraba esencial. «Vio -ha afirmado alguien— que Russell había omitido el factor, el elemento que combinaría los componentes dispares en un todo significativo, y esto haría imposible que el resultado de la fórmula pudiera ser algo absurdo, como por ejemplo: la mesa hace de portaplumas del libro.» A juzgar por el posterior *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein, las objeciones podrían haber tenido una base más general, pero, en cualquier caso, sumieron a Russell en una de sus más profundas depresiones. Comenzó a recuperarse en un viaje por el norte de Italia, pero recayó al pensar que Ottoline y él tendrían que separarse, y regresó a Cambridge en septiembre tan descentrado como antes.

Sin embargo, tenía una importante tarea a la que dedicarse.



El joven T. S. Eliot, a quien Russell conoció en Harvard en 1914. Según Russell, Eliot era un «estudioso de Platón y conocedor de la literatura francesa, desde Villon hasta Vildrach, capaz de una cierta exquisitez en sus apreciaciones, pero carente de la pasión cruda y dureza necesarias para conseguir algo. Sin embargo, es el único alumno de este tipo que tengo: los demás son unos bárbaros vigorosos e inteligentes».

No sólo en Gran Bretaña había aumentado su reputación de filósofo con la publicación de *Principia Mathematica.* En Estados Unidos, *Los principios de las matemáticas* habían sido muy leídos por los partidarios del «nuevo realismo», oposición norteamericana al idealismo, y Russell fue invitado a pronunciar las conferencias Lowell en Cambridge, Massachusetts, y a impartir un curso en Harvard. Dudó

durante largo tiempo antes de aceptar; le desagradaba la idea de estar separado de Ottoline durante tres meses. Finalmente, llegó a un acuerdo para el mes de marzo de 1914, y en el otoño de 1913 comenzó a preparar las conferencias. El tema que pensó desarrollar era «El lugar del bien y del mal en el universo», pero le pidieron que fuera algo menos religioso. Sin inmutarse, comentó a Ottoline que podría «darles el mismo material como “El alcance y los límites del método científico”; quizá la necesidad de alguna restricción lo mejorará». Una vez completado el trabajó en veinticinco días, lo revisó y aumentó, y después cambió el orden de las conferencias agrupándolas en torno a los problemas del mundo exterior.

Pasó las navidades en Roma, regresó al Trinity y se enfrascó en un plan intenso de escritura que era durísimo incluso para Russell. Esto último se debía en parte a que no quería pensar en que pronto tendría que separarse de Ottoline durante tres meses. El resultado de esa explosión de trabajo fue un ensayo de doce mil palabras sobre «La relación de los datos sensoriales con la física» que iba a leer ante la Sociedad Filosófica de Nueva York; «Misticismo y lógica»; un prólogo a la obra de Poincaré *Ciencia* y *método*, y las conferencias que iba a pronunciar en Harvard.

Cruzó el Atlántico la segunda semana de marzo. El viaje resultó agradable por la compañía de sir Francis Younghusband, el explorador, ya que cada uno de ellos encontraba admirables las muy diferentes cualidades del otro. En Harvard, sus anfitriones trataron con respeto al matemático y filósofo y con reverencia al heredero del título de conde. Fue agasajado desde el primer momento, y se esperaba que entre las conferencias en el Lowell Institute y las seis conferencias de Harvard, tendría mucho tiempo para actividades sociales. Fue invitado a comer por Roscoe Pound, que pronto sería decano de la facultad de Derecho de Harvard. Tuvo oportunidad de oír a Alfred Noyes recitar sus propias poesías, que Russell consideró banales. Se reunió con John Dewey, ya famoso por sus trabajos

filosóficos y su teoría educativa, y uno de los alumnos de Harvard que se dirigió a él para pedirle consejo era un desconocido llamado T. S. Eliot.

Russell admitió que le gustaba la adulación -aunque «me proporciona menos placer de lo que esperaba,» pero criticaba a la mayoría de los americanos.

En Harvard no conoció a nadie que le pareciera interesante, mientras que su descripción de los bostonianos fue: «Ricos, glotones, egoístas y débiles.» Su crítica demoledora de aquellos que cuando menos estaban haciendo lo mejor que sabían era quizá debida al hecho de que le mantenían alejado de Ottoline. Pero parece que su irritación era más profunda a juzgar por su descripción de una cena en la que conoció «al tipo de gente que se siente tremendamente orgullosa de su antiguo linaje, que se remonta a 1776», fecha nada lejana para alguien cuya abuela materna había tratado con absoluta familiaridad a la viuda del joven pretendiente.

En abril, pasó unos días en Nueva York y después regresó a Harvard, donde, con gran alivio, encontró tres cartas de Ottoline.

«Afortunadamente, ya ha transcurrido más de la mitad de mi estancia aquí», se apresuró a responder. Poco después se trasladó a Bryn Mawr, a donde había sido invitado a pesar de la oposición de Carey Thomas; a la Universidad de John Hopkins; a Princeton y al colegio mayor Smith en Northampton. En este último lugar dio lectura a «Misticismo y lógica», un ensayo que surgió de sus discusiones con Ottoline sobre religión y en el que admitía que «los grandes hombres que han sido filósofos han sentido la necesidad tanto de la ciencia como del misticismo». La gira aumentó el prestigio de Russell en los círculos académicos y esto iba a tener importancia en años posteriores, cuando buscó apoyo en Estados Unidos a su actitud sobre la guerra.

Capítulo 6
Bajo la bandera del pacifismo activo

Russell pasó algunas semanas más en Harvard, y después regresó a Inglaterra; sin embargo, en el camino de vuelta dio una conferencia en Ann Arbor, y pasó por Chicago, donde se alojó en casa de un eminente ginecólogo: el Dr. Dudley. Helen Dudley, una de las cuatro hijas del médico, había estudiado en Oxford años antes bajo la dirección de Gilbert Murray. Ella había visto a Russell en varias ocasiones y al enterarse de que iba a visitar Ann Arbor, a unos doscientos kilómetros de distancia de su lugar de residencia, lo que es considerado como «cerca» en Estados Unidos, le invitó a alojarse en casa de sus padres. «Fue a esperarme a la estación -escribió Russell- e inmediatamente me sentí más a gusto con ella que con ninguna otra persona de las que había conocido en América. Descubrí que escribía excelentes poesías y que su sensibilidad literaria era excepcional. Pasé dos noches bajo su mismo techo, y la segunda la pasé con ella. Sus tres hermanas montaron guardia para prevenirnos si su padre o su madre se acercaba.»

Comentó el hecho a Ottoline sin darle importancia, añadiendo que «esto no va a suponer la más pequeña diferencia en mis sentimientos hacia ti, no me supuso más que aliviar la tensión del instinto insatisfecho». Y tuvo que confesar que Helen Dudley viajaría a Inglaterra en cuanto le fuera posible.

Russell regresó a Inglaterra en el verano de 1914 con un problema personal: cómo hablar de Helen Dudley a Ottoline, quien, aunque complaciente, podría preguntarse dónde estaba su verdadero afecto. En su autobiografía, Russell escribió sobre Helen: «La conmoción de la guerra puso fin a mi pasión por ella. Si la guerra no se hubiera interpuesto, el plan que hicimos en Chicago podría habernos proporcionado una gran felicidad a los dos. Todavía me duele esa tragedia.»

5

Yes I will come up tomorrow, arriving 3.40 at King's Cross. If you would like me to come to Bedford Square you might send a note to my flat. H. D. arrives Sunday or Monday, unless captured by Germans. She cannot possibly arrive before Sunday

I wrote to Mrs von Hattingberg (whom I should have been seeing soon) - just a word to say I thought it all a ghastly mistake. She has been constantly in my mind all this time. I think of last Xmas & the innocent wholesome intelligent young men at her party - "food for powder." And we are asked to hate them.

Goodbye my dear dear Ottoline.

Your B

Página manuscrita de Russell dirigida a lady Ottoline Morrell, con un comentario sobre la joven americana Helen Dudley.

Sus cartas a Ottoline reflejan algo diferente. Ya el 23 de junio, seis semanas antes de que estallara la guerra y cinco días antes del magnicidio de Sarajevo, intentaba explicar: «Mis sentimientos hacia H. D. no son tan fuertes como he tratado de persuadirme a mí mismo; su afecto por mí me ha obligado a hacer lo imposible por corresponder.»



Lucy Donnelly, del Bryn Mawr College, compañera y amiga de la primera esposa de Russell. Alys, mantuvo con él una amistad que duró medio siglo.

A mediados de julio la explicación se hace más explícita: «Si ella llegara a sentirse inclinada hacia cualquier otro que pareciera capaz de ayudarla, me alegraría.» El problema se agravó cuando se enteró de que Helen Dudley iba a seguirle al otro lado del Atlántico como habían planeado en Chicago y que llegaría a Gran Bretaña el 8 de agosto, «a menos que —añadió dirigiéndose a Ottoline- sea capturada por los alemanes».

Helen Dudley llegó a Inglaterra con su padre, que regresó a América al cabo de unas semanas. Ella no sabía nada de la auténtica relación de Russell con Ottoline y se alojó con los Morrell durante una temporada en Bedford Square. Russell se

desentendió de ella con algunas dificultades, pero con buenos resultados.

La facilidad con la que fue capaz de deshacerse de aquella mujer —«no importa si está herida en sus sentimientos», comentó a Ottoline después de que ella hubiera encontrado trabajo para Helen en Londres— era un ejemplo de la que ha sido llamada «su crueldad peculiar de niño pequeño, capaz de sentir afecto y pasión, pero no un verdadero interés por los demás». Fue también una muestra de la facilidad con la que su apetito sexual podía llevarle a aventuras que escapaban a su control.

Nada de esto, sin embargo, ocultaba su preocupación por la guerra, que comenzó el 4 de agosto, aunque sus primeras reacciones fueron más ambivalentes de lo que se ha afirmado. En una carta a Lucy Donnelly, vieja amiga del Bryn Mawr, le comentaba que, puesto que había comenzado, «no hay otra posibilidad que continuarla». Y él daba por supuesto, escribió a Ottoline, que Philip «no ejercerá oposición al gobierno mientras dure la guerra, y reconoce la necesidad de continuarla con toda energía ahora que hemos entrado en ella».

Otra muestra de que la postura de Russell, a pesar de los ataques de que fue objeto, no era pro alemana, aparece en una carta escrita a un americano en noviembre de 1914, en la que justificaba una carta anterior escrita al periódico *Nation:* «Escribí como defensor de la paz, no como defensor del gobierno alemán, al que considero mucho [Russell escribió en primer lugar “infinitamente”] más culpable que al gobierno de Inglaterra; escribí como defensor de la humanidad, no como defensor de la violación de la neutralidad belga ni de la devastación de ciudades y pueblos belgas, que considero un crimen incalificable; escribí como defensor de la justicia y de la verdad, no como amigo de la histeria alemana al lado de la cual nuestra histeria inglesa parece casi un acercamiento a la cordura... Puesto que hay guerra, considero la victoria de los aliados de gran importancia para la humanidad. La derrota de

la democracia y el triunfo de la tradición birsmarckiana creo que retrasarían durante mucho tiempo el progreso político de nuestra civilización.»

A pesar de estos sentimientos, Russell mantenía, y lo mantendría durante el resto de su vida, que Gran Bretaña podía y debía haber permanecido neutral, sentimiento mucho más extendido en el país en agosto de 1914 de lo que hoy se piensa. Fue una opinión que le alejaría de muchos de sus antiguos amigos: de Gilbert Murray, condenado por «blando y baboso» por su apoyo a Grey, ministro de Asuntos Exteriores; y de Alfred y Evelyn Whitehead. «Siento como si mis relaciones con toda la familia no pudieran nunca volver a ser las mismas», dijo a Ottoline.

Antes de finalizar 1914, Russell se hizo miembro de la Unión de Control Democrático (UDC), organización que iba a sobrevivir a la I y la II Guerras Mundiales; proyectó una gira de conferencias a Estados Unidos durante la cual pensaba contrarrestar la propaganda oficial británica, y mantuvo conversaciones sobre una serie de artículos que serían publicados por la influyente revista *Atlantic Monthly.*

Page One. Permit Book

Issued at [illegible] Nº 90961

Date 1.12.16.

Issued to :—Style or Title Mr

SURNAME (in capitals) RUSSELL

Christian Names Bertrand

Postal Address 57 Gordon Square London W.C.

Signature of Holder Bertrand Russell

PERSONAL DESCRIPTION.

Height 5 ft. 9 ins.

Sex male

Build thin

Hair, colour grey

Eyes, colour hazel

Distinctive Marks nil

Entered by

Una página del «pase» expedido a Bertrand Russell después de que le hubiera sido prohibido viajar a ciertas zonas de Gran Bretaña durante la I Guerra Mundial.

«La guerra: el vástago del miedo», escrito para la UDC, fue quemado en Cambridge, donde uno de los presentes dijo que debía haber sido quemado por el verdugo público.



D. H. Lawrence fue presentado a Russell por lady Ottoline y ambos planearon colaborar en una serie de conferencias políticas, finalmente escritas por Russell bajo el título Principios de reconstrucción social.

Durante los primeros meses de 1915, Russell decidió dedicarse enteramente a hacer propaganda contra la guerra. El resultado fue que cuando su contrato como profesor finalizó y el Trinity decidió elegirle para una beca de investigación, no pudo aceptar; en lugar de esto, se le renovó el contrato.



Caxton Hall, en Westminster, lugar donde, a principios de 1916, pronunció Russell el ciclo de conferencias sobre los «Principios de reconstrucción social».

Antes de terminar el año rompió con los liberales, abandonó la UDC y comenzó a trabajar con la más numerosa y más activista Asociación Antirreclutamiento (AA). En ese momento fue objeto de investigación por parte del gobierno, y con razón. El movimiento antibelicista durante la I Guerra Mundial fue apoyado por muchos hombres y mujeres de buena fe y animados de un gran coraje. Lo que solía faltarle eran personas como Russell, que tuvieran inteligencia y voluntad suficiente para causar problemas a la autoridad, que pudieran juzgar con toda precisión cuándo podría ponerse en ridículo a los que ocupaban el poder. El gobierno sabía esto y desde el primer

momento consideró a Russell como un enemigo que había que tratar con cuidado. En una ocasión, el subsecretario del Ministerio del Interior, desaconsejando el procesamiento de Russell, admitió: «Escribe y habla con una inteligencia excepcional, pero equivocada... Sería capaz de hacer una defensa inteligente y publicarla como panfleto.»

Si la capacidad de Russell para influir en los círculos intelectuales que se movían alrededor del gobierno impulsó a los hombres y mujeres del movimiento antirreclutamiento, también ayudó a la causa pacifista de otra manera, por medio de sus contactos sociales y familiares con lo que hoy llamaríamos el *establishment.* Pocos miembros del movimiento tenían acceso a las personas que tomaban decisiones. Russell, por el contrario, se movía en círculos en los que el primer ministro podría presentarse sin causar sorpresa; su hermano era miembro de la Cámara de los Lores y aunque era un miembro de escasa relevancia, dedicado a sus compromisos sociales, podía al menos oír a los demás.

A través de Ottoline, en cuya mansión de Garrington iba a encontrarse con el primer ministro y sus amigos —«una curiosa mezcla» como lo calificó Maynard Keynes—, Russell también conoció a D. H. Lawrence. Esta confrontación de personalidades iba a producir al menos un resultado importante: la publicación del primer intento de Russell de crear una filosofía política. El había hablado con Lawrence sobre la posibilidad de alquilar algún local en Londres donde cada uno de ellos podría pronunciar conferencias sobre política, ética y religión, y envió a éste un borrador de los temas sobre los que en su opinión deberían tratar las conferencias. Fue devuelto sin tardanza, con algún «No» sobre párrafos enteros y un «Debe» subrayado más de quince veces. Durante algunos meses Russell abandonó la idea. Más adelante, en el otoño de 1915, volvió a considerarla.

«Escribí [los textos de las conferencias] como un ser humano que sufría por la situación del mundo», afirmó más tarde. «Yo deseaba encontrar algún medio para mejorarla, y quería hablar

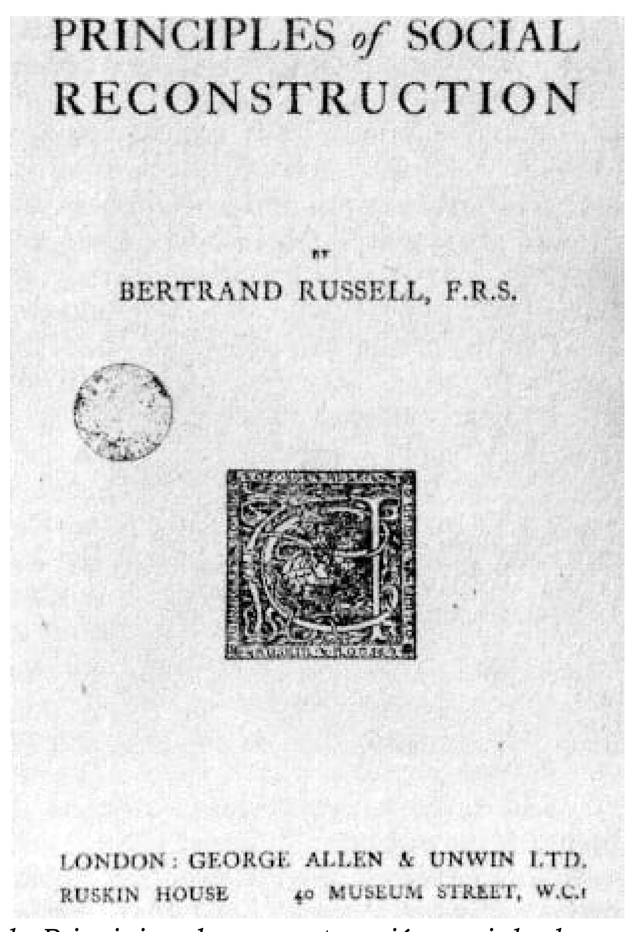
claramente con otros que tuvieran sentimientos semejantes.» Su tesis era que los impulsos en los que él creía, influían más en la vida de los hombres que las decisiones conscientes, ya fueran posesivas o creativas; el Estado, la guerra y la propiedad son ejemplos de lo primero, mientras que la educación, el matrimonio y la religión, ejemplifican lo segundo. La liberación de la creatividad debería ser el objetivo, y llegó a sugerir cómo podría conseguirse esto una vez finalizada la guerra.

Pronunció las conferencias en Caxton Hall, Westminster, y la audiencia aumentó de manera regular durante los ocho días que duraron. Publicadas como *Principios de reconstrucción social,* causaron un considerable impacto en Estados Unidos, donde aparecieron bajo el título de *Por qué luchan los hombres: método para abolir el duelo internacional,* que fue el origen de la propuesta para que Russell disertara sobre el tema en Harvard. Se lo impidió el gobierno británico, lo que fue tanto como admitir que había alcanzado una situación casi única en la demonología oficial.

Desde finales de 1915, Russell prestó un apoyo constante y, en opinión de Whitehall, preocupante a la Asociación Antirreclutamiento. Habló en sus mítines, dirigió su periódico *The Tribunal* y con frecuencia escribió en él editoriales agresivos. Hizo una gira de propaganda por el sur de Gales. A las confusas buenas intenciones de hombres honrados, añadió una lógica implacable que las autoridades detestaban y temían. Como la lucha continuaba y la lista de bajas mostraba que una guerra limitada a Europa se había convertido en un derramamiento de sangre nacional, Russell se convirtió en uno de los hombres más odiados en Gran Bretaña.

Hubo dos momentos culminantes, el primero en 1916, el segundo en 1918. En la primavera de 1916 Russell escribió un panfleto sobre el encarcelamiento de un joven objetar de conciencia, Ernest Everett. Cuando seis hombres fueron llevados a prisión por distribuirlo, escribió una carta que fue publicada por el diario *The Times* y que acababa con estas

palabras: «Si alguien debe ser procesado, yo soy el principal responsable.» El gobierno se vio obligado a procesarle; «exactamente lo que yo quería», admitió Russell en una carta a Ottoline.


PRINCIPLES *of* SOCIAL RECONSTRUCTION

BY

BERTRAND RUSSELL, F.R.S.

LONDON: GEORGE ALLEN & UNWIN LTD.
RUSKIN HOUSE 40 MUSEUM STREET, W.C.1

Portada de Principios de reconstrucción social, obra que recoge las conferencias de Russell sobre el tema. A propósito de ellas, dijo Lytton Strachey: «Es magnífico ver cómo no respeta nada: gobiernos, religiones, leyes, la propiedad e incluso las buenas costumbres, todo cae por tierra como los bolos. Es un espectáculo encantador.»

No era jactancia; algo que lamentaba era el hecho de que por su edad no podía ser llamado a filas, con todas las oportunidades que esto habría supuesto para poner en

dificultades al gobierno; «lamento no estar en edad de ser llamado a filas», afirmó.

Aunque el juzgado que vio la causa Everett impuso una multa de cien libras o sesenta y un días de prisión, el esperado martirio de Russell no llegó a producirse. El decidió no pagar, pero sus amigos, inesperadamente, compraron sus libros por valor de cien libras cuando se firmó la orden de embargo por impago. De esta manera se evitó que fuera a la cárcel y los libros le fueron devueltos inmediatamente por sus amigos. Posteriormente, aunque tanto el gobierno como Russell habían fracasado en su intento de que fuera ingresado en prisión —«no tengo gran interés en ser exculpado», había comentado a Ottoline, el Trinity iba a dar gran publicidad al tema, ya que expulsó a Russell de su puesto de profesor.

Muchos profesores del Trinity protestaron, incluso algunos que estaban en el frente. Hilton Young, que después sería lord Kennet, escribió desde el barco de guerra *Centauro,* argumentando que Inglaterra debía seguir siendo «un lugar en el que los Russell que el destino nos regala de vez en cuando tengan libertad para estimularnos y molestarnos sin ser perseguidos». Otros señalaron que aunque el gobierno alemán había tratado por todos los medios de expulsar de la Universidad de Münich al profesor pacifista Forster, la universidad se había negado a ello. El gobierno no había dado a los alemanes una victoria propagandística encarcelando a Russell, pero el Trinity lo consiguió de otra manera.

El caso iba a tener más repercusiones. La Universidad de Harvard había ofrecido a Russell un contrato de profesor para impartir un curso de filosofía y otro basado en los *Principios de reconstrucción social.* Aunque le aterraba la idea de separarse una vez más de Ottoline, podía, como él mismo le comentó, ganar unas cuatrocientas libras limpias en la visita, lo que le permitiría «adquirir una hermosa casa solariega en Chilterns, cerca de Prince s Risborough, y pagarte el viaje en coche si quieres ir a visitarme».

Russell aceptó la oferta. Pero antes incluso de que se iniciara «la causa Everett», el embajador británico en Washington, sir Cecil Spring Rice, sugirió al Ministerio de Asuntos Exteriores que «se advirtiera a Russell que los alemanes darán publicidad a cualquier crítica antibritánica que él haga aquí». Las autoridades, que necesitaban alguna buena razón para denegar el pasaporte a Russell, vieron desaparecer las dificultades debido a su procesamiento. El Ministerio de Asuntos Exteriores envió un telegrama a Washington con el siguiente texto: «El señor Russell ha sido declarado culpable en conformidad con la Ley para la Defensa del Reino por escribir un panfleto indeseable y no se le expedirá pasaporte para su traslado a Estados Unidos.»

En los documentos oficiales disponibles queda constancia de que la lucha de Russell con las autoridades dio a éstas considerables motivos de preocupación. Respecto a muchos disidentes modernos, él contaba con la ventaja de que estaba en un país en el que la violencia estatal estaba excluida y donde le resultó fácil confundir a una lenta burocracia. Ejemplo de esto fue su carta abierta a Woodrow Wilson, quien había sido reelegido para la presidencia de Estados Unidos con el lema electoral: «Por él no entramos en la guerra.» Russell no tuvo problemas para escribir un elocuente llamamiento de mil doscientas palabras, pidiéndole que hiciera todo lo que estuviera en sus manos para negociar la paz. Lo difícil era conseguir que la carta llegase a América, ya que Russell sospechaba fundadamente que sus cartas eran abiertas y leídas.



Clifford Allen, que después sería lord Allen de Hurtwood, presidente de la Asociación Antirreclutamiento, fue ingresado en prisión en varias ocasiones durante la I Guerra Mundial. «Con grandes dotes de líder y organizador —escribió Russell después de oírle hablar poco atractivo, pero capaz de convertirse en alguien fuerte y seguro de estar siempre del lado de la razón.»

Sin embargo, una hermana de Helen Dudley, Katherine, que vivía en Londres, iba a regresar a América. Era altamente improbable que ningún americano, y menos aún una mujer americana, fuera registrado al salir de Gran Bretaña. Katherine Dudley llegó a Nueva York el 20 de diciembre con la carta escondida entre sus ropas.

Tres días más tarde, el diario *The New Times* publicó el texto íntegro de la carta de Russell en primera página bajo los

titulares: «Joven misteriosa trae el llamamiento a la paz de Russell; el famoso filósofo y matemático inglés pide a Wilson que detenga la guerra antes de que Europa perezca.» La carta fue presentada al presidente por Walter Lippmann, su jefe de prensa oficioso y hasta hacía poco estudiante de filosofía en Harvard. Spring Rice escribió un telegrama al Ministerio de Asuntos Exteriores británico en el que manifestaba su preocupación, dado que «la carta parece haber sido objeto de consideración por parte del presidente».

El apoyo de Russell a la Asociación Antirreclutamiento iba a tener un resultado totalmente diferente al de su juicio y su expulsión del Trinity. El 31 de julio de 1916 se presentó en la comisaría de policía de Lavender Hill en el sur de Londres, donde Clifford Allen (que sería después lord Allen de Hurtwood), uno de los fundadores de la asociación, iba a ser acusado de acuerdo con la Ley del Servicio Militar.

En la sala de espera había una chica de veintiún años, de pelo castaño, también amiga de Allen. Su camino y el de Russell se cruzarían y entrecruzarían durante los cincuenta años siguientes; más de una vez sus sentimientos por ella estuvieron a punto de cambiar el curso de su vida.

Lady Constance Malleson, que esperaba como Russell para dar ánimos a Alien, era la hija menor del quinto conde de Annesley.



Lady Constance Malleson, más conocida por su nombre artístico de Colette O Niel, se convirtió en amante de Russell en 1916.

Había comenzado su carrera como actriz con el nombre artístico de Colette O Niel, y en 1915 se había casado con Miles Malleson, antiguo estudiante de la Real Academia de Arte Dramático. Malleson se había alistado en 1914, pero fue licenciado por invalidez, y entonces decidió oponerse a la guerra. En 1916, tanto él como Colette, como era de dominio público, trabajaban para la AA.

El 31 de julio sólo se produjo un breve encuentro entre Russell y Colette. Seis semanas más tarde coincidieron de nuevo en una cena en la que un pequeño grupo de gente de izquierdas hablaba sobre la guerra. Diez días después, ambos asistieron a la convención anual de la AA. Después de esto,

Russell y Colette cenaron juntos y fueron caminando hasta el apartamento de ella, donde se hicieron amantes. «Al principio —escribió Russell—, tenía dificultades para excluir a Ottoline de mis sentimientos, pero al cabo de unos meses, Colette me absorbió completamente, y durante una temporada fui totalmente feliz con ella.»

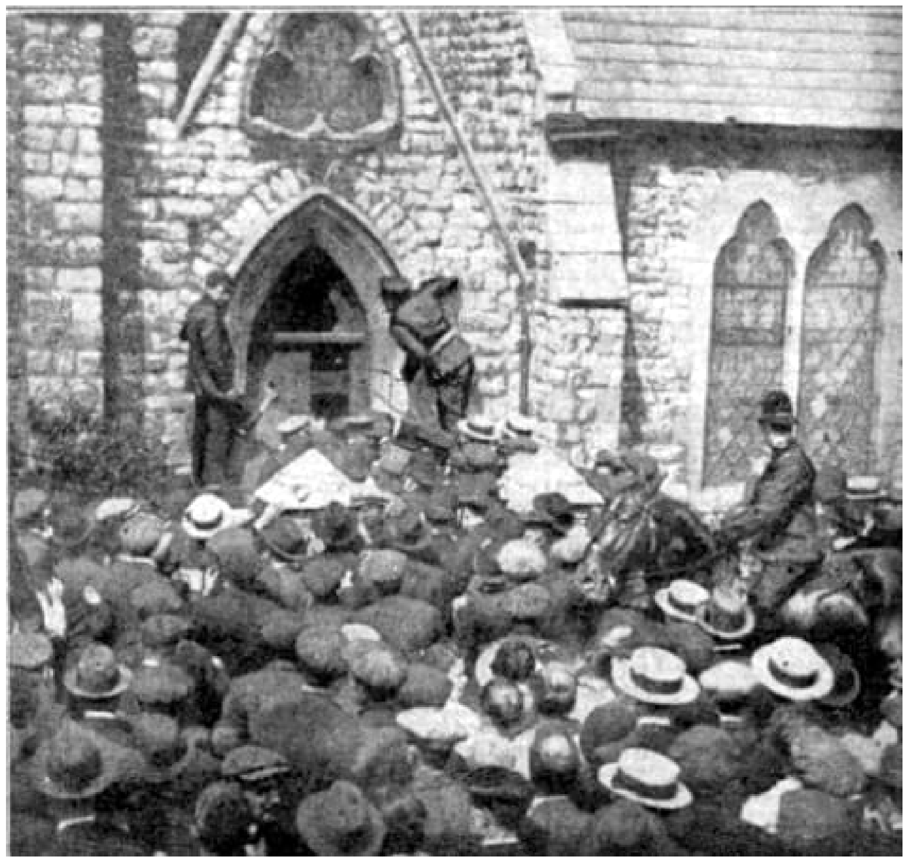
La felicidad duró poco, principalmente debido a la promiscuidad de Colette. Rompieron sus relaciones, las reanudaron, y las rompieron de nuevo. En su autobiografía, Russell da la impresión de que sus relaciones terminaron cuando, después de cinco años, él la abandonó definitivamente y ella «se despertó una hermosa mañana de 1921, y se encontró con que la vida había acabado». La verdad fue muy distinta, y al menos hasta 1948 la vida de Russell iba a verse intermitentemente afectada por la reanudación de sus relaciones con ella. Según escribió Russell: «No debíamos habernos separado nunca.»

En 1917, la reputación de Russell como pacifista activo había superado en la mente del púbico en general su renombre como prestidigitador con los abstrusos símbolos matemáticos que solamente unos pocos podían entender. Incluso en Cambridge persistía el incómodo sentimiento de que un hombre de una actividad intelectual impecable no debía realmente adoptar una postura provocadora, cuando, seguramente, había que llevar la guerra hasta el fin. Russell permanecía impasible, con el convencimiento de que «había oído la voz de Dios. Sabía que mi obligación era protestar, por fútil que fuese la protesta».

En otoño de 1917 se dio de baja en la AA, aunque continuó oponiéndose a la guerra y al llamamiento obligatorio a filas. Dada

su gran importancia dentro del movimiento, la acción parece en principio una retirada, pero de hecho fue el resultado del razonamiento lógico que Russell siempre había creído que podía

y debía ser utilizado por el resto de la humanidad al encontrarse ante la evidencia. El había dado la bienvenida a la revolución de Kerenski a pesar del derramamiento de sangre, asistió a la reunión que tuvo lugar en el Royal Albert Hall para celebrarlo, y viajó a Leeds para hablar en un mitin convocado con el fin de planear la coordinación del trabajo británico con los rusos.



Multitud interrumpiendo una reunión celebrada el 28 de julio de 1917 en la iglesia Brotherhood en Southgate Road, para festejar la revolución rusa. «La multitud irrumpió en la nave antes de que comenzara la reunión, dijo Russell a lady Ottoline, Me di cuenta de lo odioso que es el espíritu de la violencia y cómo lo rechazaba con todas mis fuerzas, esté al lado de quien esté. La multitud es algo terrible cuando quiere sangre.»

Para Russell, esto era incompatible con la pertenencia a una

organización a cuya idea base era que la vida humana es algo sagrado, y por ello escribió al comité de la AA diciendo: «Si afirmar que la vida humana es sagrada significa que la fuerza no debe utilizarse nunca para derrocar malos sistemas de gobierno, para poner fin a las guerras y al despotismo, y para liberar a los oprimidos, entonces no puedo honradamente defender ese principio.»

Hubo, es cierto, otras razones que influyeron en la dimisión de Russell y que no sería correcto ocultar. El se consideraba a sí mismo poco apto para el trabajo organizativo. Consideraba demasiado bajo el nivel de los miembros de la ejecutiva de la Asociación y, además, quería volver a la filosofía, y si le quedaba tiempo libre, dedicarlo a los problemas políticos de la paz. Todos estos factores influyeron, pero lo más importante de todo es que él no era hombre para navegar bajo bandera falsa. Dedicar todas sus energías a un organismo que creía en lo sagrado de la vida humana y apoyar al mismo tiempo la revolución rusa era demasiado.

Capítulo 7
«...Pero yo seguí sintiéndome tan solo como antes»

Una vez libre de compromisos con la AA, Russell se dedicó a la preparación de una serie de ocho conferencias que iba a pronunciar en Londres a principios de 1918, y que iban a ser publicadas bajo el título de *La filosofía del atomismo lógico.*

Se trataba, como escribió en la nota introductoria, de «explicar algunas ideas que aprendí de mi amigo y antiguo alumno Ludwig Wittgenstein». En esencia, el atomismo lógico le vino impuesto «en el curso del pensamiento sobre la filosofía de las matemáticas». Opinaba que este proceso que él había desarrollado con símbolos podía ser utilizado con semejantes buenos resultados al tratar la filosofía no-matemática; el resultado mostraría que sus problemas eran producto de la descuidada utilización del lenguaje y que podrían encontrarse soluciones si se siguieran los métodos más formales del atomismo.

Russell acabó de esbozar sus conferencias sobre la filosofía del atomismo lógico, mientras pasaba las navidades de 1917 en Garsington. Allí, en compañía de los sofisticados amigos de Ottoline, hizo una de sus típicamente maliciosas sugerencias: si las tropas americanas que se estaban concentrando en el sur de Inglaterra no eran suficientes contra los alemanes, probablemente podrían intimidar a los huelguistas en Gran Bretaña.

El comentario, hecho en un lugar en el que nadie lo tomó en serio, iba a tener repercusiones inesperadas. Cuando Russell se dio de baja en la Asociación Antirreclutamiento, insistió en dejar clara su intención de ayudar en caso de emergencia.



Bertrand Russell en Garsington Manor, el año 1918.

Poco después de las navidades se produjo una difícil situación. Su compromiso de escribir un artículo semanal para *The Tribunal* había acabado, pero fue imposible encontrar sustituto para los primeros números de 1918 y él aceptó llenar el hueco imprevisto. En uno de estos artículos, al hacer un comentario sobre las tropas americanas, recordó lo que había dicho en Garsington y escribió inconscientemente: «Prueben o no su eficiencia contra los alemanes, serán capaces sin duda de intimidar a los huelguistas, ocupación a la que está habituado el ejército americano en su país.»



Russell en Garsington Manor. Fue allí, en las navidades de 1917, cuando sugirió maliciosamente que las tropas de Estados Unidos podrían ser utilizadas para intimidar a los huelguistas de Gran Bretaña. Publicada en The Tribunal, esta afirmación le supuso una condena de seis meses de cárcel.

Poco después, Russell fue acusado en Bow Street de haber hecho afirmaciones «probablemente perjudiciales para las relaciones de su Majestad con los Estados Unidos de América». De manera significativa, el embajador norteamericano en Londres, Walter Page, respaldó a su agregado militar, quien se negó a prestar declaración ante el gobierno británico. Sin embargo, el pacifista que había desconcertado en cierto modo al país durante más de tres años, fue condenado a seis meses de prisión por unas palabras imprudentes.



Russell en 1918 delante del juzgado de Bow Street, donde había sido condenado por «haber hecho ciertas declaraciones a la prensa que podrían perjudicar las relaciones de Su Majestad con Estados Unidos».

Russell decidió acabar su trabajo antes de cumplir su condena; se trataba del libro *Caminos hacia la libertad: socialismo, anarquismo* y *sindicalismo,* que le había sido encargado por un editor americano y que Russell había aceptado, según confesó a Leonard Woolf, «únicamente por el asqueroso dinero».



Cubierta del libro de Philip Jourdain The Philosophy of Mr. Bertrand Russell, obra de carácter humorístico que constaba de cuarenta y tres capítulos, cada uno de los cuales trataba una broma filosófica.

Esta parece haber sido una de las afirmaciones equívocas de Russell, ya que el texto muestra en todos sus detalles haber sido escrito con la entusiasta convicción de que el socialismo gremial ofrecía una perspectiva de progreso en la paz que se adivinaba cercana.

El libro fue publicado poco después del armisticio, en noviembre de 1918; se agotaron tres ediciones en catorce meses y se reimprimió dos veces en el transcurso de los tres años siguientes.



La cárcel de Brixton. Allí comenzó Russell a cumplir su condena de seis meses a principios de mayo de 1918. Llegó en taxi, lamentándose de que las autoridades no le hubieran facilitado un coche celular.

Consiguió mitigar la necesidad que había en la posguerra de conocer remedios para lo que un articulista llamó «la infelicidad del mundo», y fue extraordinario el hecho de que la obra fuera elogiada no sólo por *The Times*, sino también por *The Christian World* y *Christian Commonwealth.*

No se sabe si se le habría permitido a Russell acabar el libro en prisión. Sin embargo, su difícil situación en la cárcel se iba a ver aliviada. Al convencer a las autoridades de que tenía un importante trabajo filosófico que realizar, fue autorizado para cumplir la condena en la primera división. Esto le permitió

disponer de los libros y del material que necesitaba, recibir tres visitas a la semana, alimentarse con comida que le era enviada del exterior de la prisión y, por seis peniques a la semana, conseguir los servicios de otro recluso que le liberaba de tener que «realizar tareas a las que no estaba acostumbrado».

El recluso 2917, número que le correspondió, aprovechó al máximo su estancia en la prisión de Brixton. «No tenía compromisos ni difíciles decisiones que tomar, tampoco miedo a las visitas, ni sufría interrupciones en mi trabajo», escribió más tarde. No tardando mucho informó a su hermano de que ya casi había terminado de escribir la *Introducción* a *la filosofía matemática*, obra de setenta mil palabras en la que presentaba al público en general, con términos sencillos, el resultado de Los *principios de las matemáticas* y de *Principia Mathematica.*

Acabada esta tarea, su pensamiento se dirigió, como escribió posteriormente, «a la teoría del conocimiento y a aquellas partes de la psicología y de la lingüística que parecían relevantes para el tema. Fue este cambio permanente en mis intereses filosóficos». El primer resultado fue *El análisis de la mente* (1921)., obra en la que Russell trató de describir la mente en términos que se ajustaran a los modernos descubrimientos de la psicología.



El día del armisticio. 11 de noviembre de 1918. Russell, que se encontraba en Londres, comentó: «La multitud exultaba de alegría, y yo también. Pero seguí sintiéndome tan solo como antes.»

En la cárcel, Russell tuvo tiempo y tranquilidad para desarrollar su tarea profesional. Su única preocupación fue Colette, y tras su puesta en libertad en la segunda quincena de septiembre de 1918, surgieron discusiones en las que él la acusó de infidelidad, con posteriores reconciliaciones y rupturas. Pasó algunos días en Garsington, y algunos más en Londres con su hermano, sin saber qué hacer o adonde dirigirse. El 11 de noviembre, cuando el estallido de cohetes festejaba la paz, se encontraba en Londres. «La multitud exultaba de alegría, y yo también -escribió-. Pero seguí sintiéndome tan solo como antes.»

¿Qué había conseguido? El creía que era muy poco. «Vi que todo lo que había hecho —escribió— era inútil excepto para mí mismo. Yo no había salvado ninguna vida ni había conseguido acortar la guerra siquiera en un minuto.

Tampoco había conseguido hacer nada para disminuir la

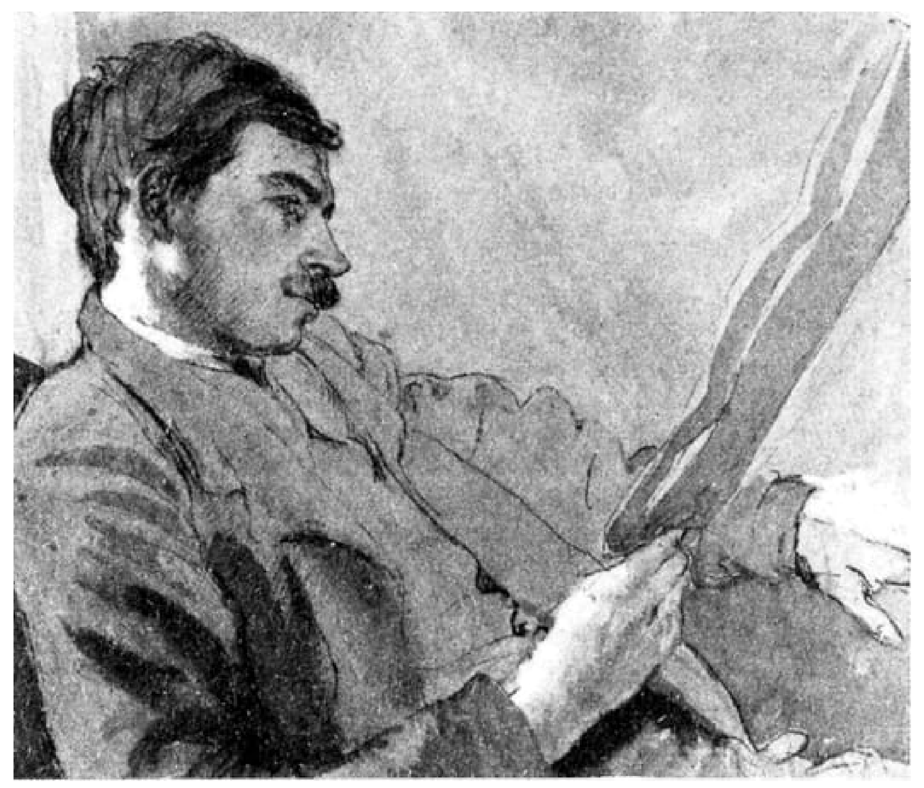
amargura que causó el Tratado de Versalles.» Sin embargo, aunque todo esto fuera cierto, había infundido confianza a muchos objetares de conciencia temerosos de lo que iba a ocurrirles, y les ayudó a cumplir con el que ellos consideraban su deber, animándoles con su apoyo y con sus influencias.

Además, con su postura y, sobre todo, con sus escritos, consiguió que los objetares de conciencia de la II Guerra Mundial fueran tratados menos violentamente que los de la primera.



Dora Black, segunda esposa de Russell, en Garsington Manor. Se conocieron cuando acababa la I Guerra Mundial, y volvieron a encontrarse en Dorset, donde Dora se alojó con Russell y un grupo de amigos.

El armisticio dejó a Russell solitario y desorientado. Había cumplido con su misión tratando por todos los medios de ser ingresado en prisión, pero esto había impresionado a pocos; en cualquier caso, la «causa» había terminado con los cohetes de noviembre.



John Maynard Keynes, principal representante del Ministerio de Hacienda británico en la Conferencia de Paz de París en 1919. A él se dirigieron Russell y Wittgenstein, entonces prisionero de guerra en Italia. Retrato por Gwen Raverat. National Portrait Gallery, Londres.

Pronto finalizó *El análisis de la mente,* que había empezado en prisión, y dedicó gran parte de su tiempo a escribir artículos periodísticos que poco tenían que ver con la filosofía. Durante dieciocho meses, hasta que sus visitas a Rusia y China le ayudaron a marcarse un rumbo, permaneció irresoluto e indeciso.

Si su vida profesional parecía ir a la deriva, su vida privada

se encontraba en una situación de caos. Sentía por Ottoline un gran afecto que iba a durar toda su vida. Por Colette sentía una pasión rota para siempre debido a que la actriz no le era fiel. «La capacidad de Colette para estar enamorada de varias personas al mismo tiempo era asombrosa —escribió más tarde —. Yo recibía largas cartas de ella que parecían caitas de amor y que en la última frase me confiaban que estaba apasionadamente enamorada de otro. En teoría yo no tenía nada que objetar, pero la práctica no seguía a la teoría. Yo amaba a Colette apasionadamente, pero su promiscuidad me torturaba. » Durante el primer verano de la paz, conoció a Dora Black, una mujer joven, y rápidamente el amor surgió de nuevo.

En junio de 1919, Russell y un colega matemático de Cambridge, John Littlewood, comenzaron unas vacaciones de tres meses en Lulworth, en la costa de Dorset.

Alquilaron una granja entre «las grandes, sencillas y eternas cosas de la vida, el sonido del mar al arrastrar los guijarros, el grito de las gaviotas, la luz de la luna reflejada en las olas, el sol que se pone sobre los acantilados», como la describió a Ottoline, a la que acudían numerosos visitantes.

Uno de ellos fue Dorothy Wrinch, antigua alumna de Russell que se había convertido en una matemática de prestigio, y a la que acompañaba su amiga Dora Black.



Dorothy Wrinch participó con un pequeño grupo en la discusión celebrada en las habitaciones de Russell. el año 1916, sobre lógica simbólica, las perspectivas de la causa pacifista y el final de la guerra.

Russell comentó a Ottoline que Dora era una mujer agradable, pero que consideraba improbable que su amistad con ella llegara a profundizar. Sin embargo, poco después cambió de parecer. «Por entonces mi deseo de tener hijos era acuciante —escribió más tarde— y casi había comenzado a pensar que el destino me iba a impedir verlo cumplido. Dora me dijo que estaba dispuesta a tener hijos, y me convertí en su amante.»

En Lulworth, Russell hizo algo más que considerar las perspectivas de felicidad que ofrecía su matrimonio con Dora.

También comenzó a organizar lo que acabaría siendo publicado como obra de Wittgenstein bajo el título *Tractatus Logico-Philosophicus,* libro aforístico que trataba de mostrar la manera en que debía utilizarse el lenguaje de *Principia Mathematica* para resolver algunos problemas filosóficos. Meses antes se había enterado de que su antiguo alumno era prisionero de guerra en Italia y había solicitado ayuda a John Maynard Keynes, viejo amigo y por entonces principal representante del Ministerio de Hacienda británico en la Conferencia de Paz de París. El resultado fue la llegada del manuscrito de Wittgenstein. Russell y Dorothy Wrinch lo leyeron y después enviaron al autor una serie de preguntas. Sin embargo, antes de que éstas llegaran al campamento de prisioneros de guerra, Wittgenstein había recibido un ejemplar de la *Introducción a la filosofía matemática* de Russell. La reacción fue típica de Wittgenstein. Escribió a Russell diciendo: «Nunca hubiera podido creer que lo que dicté a Moore en Noruega hace seis años te iba a pasar tan inadvertido. En pocas palabras, me temo que sería muy difícil para mí llegar a un entendimiento contigo.»

No obstante, Wittgenstein tenía enormes deseos de ver a Russell y los dos hombres se reunieron más adelante en La Haya. Russell hizo todo lo posible para encontrar un editor que publicara el manuscrito y llegó incluso a escribir una introducción. Al no conseguirlo, encargó la tarea a Dorothy Wrinch, que, después de muchos esfuerzos, convenció a Wilhelm Ostwald para que lo publicara en su revista *Annalen der Naturphilosophie.*

En diciembre de 1920 los problemas profesionales de Russell parecieron quedar resueltos. Una carta firmada por dieciocho profesores y dirigida al Consejo del Trinity solicitó su readmisión y, como consecuencia de ello, el Consejo le ofreció un contrato de cinco años para la enseñanza de lógica y de los principios de las matemáticas. Aceptó. El curso comenzaría en el mes de octubre. De nuevo se le presentaba un puesto

relevante en su carrera, pero los acontecimientos iban a trastocarlo todo una vez más.

Durante los primeros meses de 1920, Russell se debatía entre los atractivos de Colette, a la que había hecho comentarios sobre sus discusiones con Dora, y sus proyectos con esta última, con quien, según había comentado a Ottoline, pensaba «comenzar una vida en común». No estaba del todo claro si ello significaba que pensaba en el matrimonio, y Russell sabía que si no se casaba, dados los convencionalismos de la época, se vería obligado a abandonar las clases del Trinity.

Estos problemas quedaron a un lado cuando en primavera le invitaron a acompañar a una delegación laborista que iba a visitar la Unión Soviética. Aceptó encantado la ocasión que se le brindaba de ver por sí mismo lo que sucedía en los albores de la revolución que él había defendido tan vehementemente. Regresó en junio de 1920 totalmente desilusionado. Había sido recibido como invitado por Kamenov, presidente del soviet de Moscú, había sido objeto de numerosos privilegios negados a miembros menos destacados de la delegación, y se entrevistó durante una hora con Lenin.



La delegación de laboristas británicos que visitó la Unión Soviética en 1920, rodeada de soldados rusos. Russell acompañó a la delegación, aunque no como miembro de ella, y se entrevistó con Trotsky y Lenin. Emma Goldman, periodista americana en Rusia, comentó: «Prefiere ver las cosas por sí mismo.»

Durante la entrevista, Lenin se tomó a risa el hecho de que los campesinos se estuvieran dedicando a matar a sus antiguos patronos. «No me gustó eso —dijo Russell años más tarde—. El bolchevismo es una burocracia sofocante y tiránica con un sistema-espía más elaborado y terrible que el del zar, y una aristocracia insolente e insensible formada por judíos americanizados.»

Esta crítica al bolchevismo iba a influir en el destino de

Russell en más de una ocasión durante los años siguientes.

Página del diario de Russell, correspondiente a mayo de 1920, en la que describe su entrevista con Lenin. «Nada en sus modales ni en su porte sugiere que sea un hombre poderoso. Mira fijamente a sus visitantes y entorna un ojo... Es tiránico, tranquilo, incapaz de sentir miedo, egoísta... Una teoría personificada.»

Según iba desapareciendo la amargura de los años de guerra, muchos de los que se habían opuesto a ella comenzaron a alcanzar puestos de poder o influencia. A Clifford Allen le fue concedida la dignidad de par y MacDonald llegó a ser primer ministro. Hubo otros muchos ejemplos de menor importancia. En general, dichos hombres veían con buenos ojos a la Unión

Soviética; sin embargo, Russell, incluido en la demonología conservadora por sus opiniones pacifistas, se convirtió en un indeseable para los partidarios de izquierdas por subrayar repetidas veces que bajo el bolchevismo «no quedan vestigios de libertad de pensamiento, expresión o acción». Dos décadas después, cuando los rusos se apoderaron de la Europa oriental, estas opiniones que habían motivado su exclusión como propagandista en la II Guerra Mundial, se encontraron en armonía con los juicios convencionales y contribuyeron a convertirle de nuevo en alguien respetado y líder en potencia de la causa antisoviética.

En el verano de 1920, Russell tuvo que enfrentarse a diversos problemas. Dora Black había ido valientemente a Rusia por su cuenta, pero ella y Russell no se habían encontrado allí por causas que escaparon a su control. Probablemente fue para bien. Russell escribió a Colette, que había ido a esperarle a su regreso, y le dijo que Dora «amaba a los bolcheviques tan fervientemente como Clifford Allen y que estaba pensando en romper con ella». La idea fue finalmente abandonada después de algunas semanas de cambios emocionales, durante las cuales Russell se decidió por fin a solicitar el divorcio de Alys. En el proceso consiguió las pruebas incriminatorias necesarias, primero con Colette, y después con Dora; fue, en cierto modo, como esas personas muy precavidas que llevan tirantes y cinturón al mismo tiempo.

El catalizador de este frenesí de actividad había sido una carta que Russell encontró a su regreso de Rusia. Procedía de la Asociación Universitaria China y en ella se le preguntaba si estaba dispuesto a dar clases durante un año en la Universidad de Pekín. En principio decidió ir, pero eso significaba separarse de Colette, que no estaba dispuesta a abandonar su carrera artística. El problema se resolvió para Russell cuando Dora afirmó estar dispuesta a acompañarle a China. Incluso entonces continuó confesando a Colette lo terrible que seria separarse y el gran amor que sentía por ella. Respecto al

Trinity, mantuvo abierta su opción al conseguir en julio un permiso para estar ausente durante un año.

En agosto, Russell y Dora Black iniciaron su viaje a China pasando primero por París y Marsella, donde embarcarían rumbo a Shanghay. En París, Russell acabó su libro *Teoría* y *práctica del bolchevismo.* «Pienso que va a ser criticado por todos, pero creo que eso no le perjudicará a largo plazo», había advertido a Stanley Unwin. Su profecía se cumplió en los dos aspectos: el libro fue elogiado por gente a la que él odiaba, como Winston Churchill y Lloyd George, pero fue criticado por muchos amigos para los que Russell se había convertido en un renegado.

Desde Pekín, Russell escribió una carta al director del Trinity, J. J. Thomson, en la que renunciaba a su puesto y le pedía disculpas. Dora y él empezaron una nueva vida que satisfacía a ambos. El daba clases «oficiales» de lógica matemática, análisis de la materia, análisis de la mente y temas similares, pero extraoficialmente trataba los temas de la relatividad y la gravitación, y encontraba tiempo para dirigir y ayudar a pequeños grupos de estudio.



Russell y Dora a su llegada a Pekín en 1920. «Tenemos estanterías chinas que se mueven mucho -escribió Russell a lady Ottoline-... Nuestros amigos chinos están sorprendidos por el hecho de que no queramos "porquerías europeas".»

Dora daba clases de política y temas sociales. Ambos estaban interesados en las costumbres chinas, en el futuro de un país que comenzaba a industrializarse y en la belleza de un paisaje que ninguno de los dos había visto antes.

La novedad pronto empezó a desvanecerse. Russell escribió a Ottoline a finales de febrero de 1921: «Somos felices, pero no puede uno quedarse aquí para siempre a menos que esté dispuesto a retirarse del mundo. No es aquí donde surgen las cosas importantes.» Nadie sabe si Russell habría decidido regresar antes de lo previsto por nostalgia de su país o por

aislamiento político, pero un hecho acaecido a finales de marzo decidió la cuestión. Dando clases en un colegio a unos cien kilómetros al sur de Pekín, Russell comenzó a resfriarse. El camino de regreso hasta su casa se prolongó debido a varios contratiempos, y además tuvo que esperar una hora para poder entrar en la ciudad porque no abrían las puertas. Al llegar tenía mucha fiebre y en el hospital alemán de la ciudad le diagnosticaron neumonía doble.

Durante unos días pareció tener pocas posibilidades de sobrevivir y en Japón, donde iba a pronunciar unas conferencias después de abandonar Pekín, se dijo que había muerto. Russell citó después a un misionero que dijo: «Puede perdonarse a los misioneros por exhalar un suspiro de alivio al conocer la muerte de Bertrand Russell.» Al oír en Londres la noticia de su fallecimiento, Frank Russell consideró improbable la muerte de su hermano. En una carta a Bertrand le explicaba su incredulidad: «Primero, porque tú no harías eso; segundo, porque no estabas en Japón; tercero, porque no me lo habías dicho, y cuarto, porque si la noticia venía de América había que suponer que era falsa.»

A finales de abril, Russell empezó a recuperarse. Unas semanas más tarde supo que Dora estaba embarazada, hecho que avivó en él el deseo de regresar a Inglaterra lo antes posible. Finalmente, emprendieron el viaje en julio y, vía Japón y Estados Unidos, llegaron a Londres el 27 de agosto. A Alys le había sido concedida una orden preliminar de divorcio y normalmente debían transcurrir seis meses para que la orden fuera definitiva, por lo que, dado que Dora salía de cuentas en noviembre, la legitimidad del futuro cuarto conde sería cuestión de días.



John Francis Stanley Russell, segundo conde Russell y hermano mayor de Bertrand, normalmente conocido por Frank.

Sin embargo, Alys solicitó que se acelerara el proceso, los documentos se recibieron el 21 de septiembre y Russell pudo casarse seis días después.

Por entonces Russell trataba de borrar a Alys no sólo de su vida presente, sino también, en la medida de lo posible, de su pasado. Todavía después de su recuperación dijo a Colette que la seguía queriendo, pero ya estaba decidido a romper sus relaciones y con una mezcla de pesar y de satisfacción le explicó la situación en un breve encuentro final. Una década después ella escribió: «En otoño de 1921 hubo una extensa epidemia de bodas. B.R. fue el primero en caer.»

Capítulo 8
La escuela progresista de Beacon Hill

Russell comenzó a ganarse la vida en Londres como escritor, educador y propagandista de las causas en las que creía. No era tarea fácil, dado que la notoriedad que había alcanzado durante la guerra no se había extinguido, y fue significativo que cuando intentó alquilar una casa en Chelsea, los propietarios no quisieron tenerle como inquilino. Finalmente se compró una casa allí y se presentó, sin éxito, como candidato laborista de aquella circunscripción a las elecciones de 1922 y 1923. Dora no tuvo mejor suerte en 1924.



Russell y *su esposa Dora (sentada) durante su campaña como candidato laborista por Chelsea a las elecciones parlamentarias de 1922. Russell no conseguiría desbancar al candidato conservador, sir Samuel Hoare.*

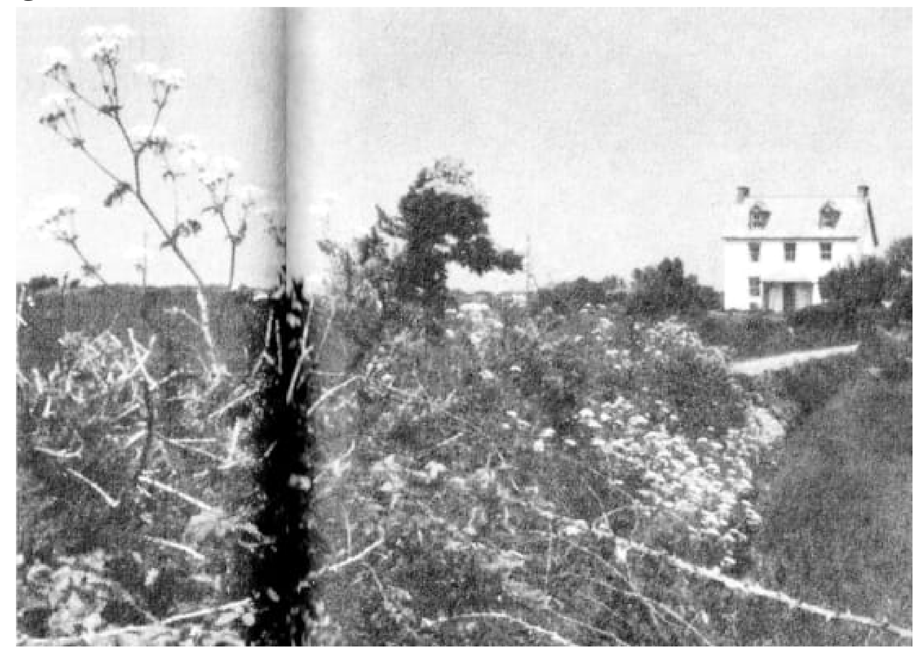
Con excepción de la invitación que le hizo el Trinity para dar las conferencias Turner en 1926, esta institución académica

prefirió ignorarle. Pudo mantenerse económicamente debido a su facilidad para escribir una prosa perfecta con gran rapidez sobre cualquier tema. Entre 1922 y 1927 escribió *El problema de China,* para el que había elegido el título de «El peligro blanco», *El abecé de los átomos, Icaro o el futuro de la ciencia, Lo que* yo *creo, El abecé de la relatividad, Sobre la educación y Apuntes filosóficos,* así como *El análisis de la materia.* En ocasiones estaba agobiado de trabajo, y en marzo de 1925 se quejaba de «tener que escribir cincuenta mil palabras antes del día 1 de mayo». En la Sociedad Secular Nacional pronunció una de sus más famosas conferencias, titulada «Por qué no soy cristiano». Escribía además para diferentes periódicos y revistas de Gran Bretaña y Estados Unidos sobre cualquier tema que le sugirieran.



Carn Voel, la casa de Russell en Comualles, y el filósofo bañándose con uno de sus hijos en Porthcumo.

Su supervivencia en un mundo competitivo y duro como autor de obras dirigidas a un público amplio se vio favorecida por los largos periodos que pasaba en Carn Voel, una casita aislada a unas millas del Land's End que había comprado poco después de instalarse en Londres. Russell sentía gran atracción por las montañas, pero su atracción por el mar era sólo ligeramente menor.



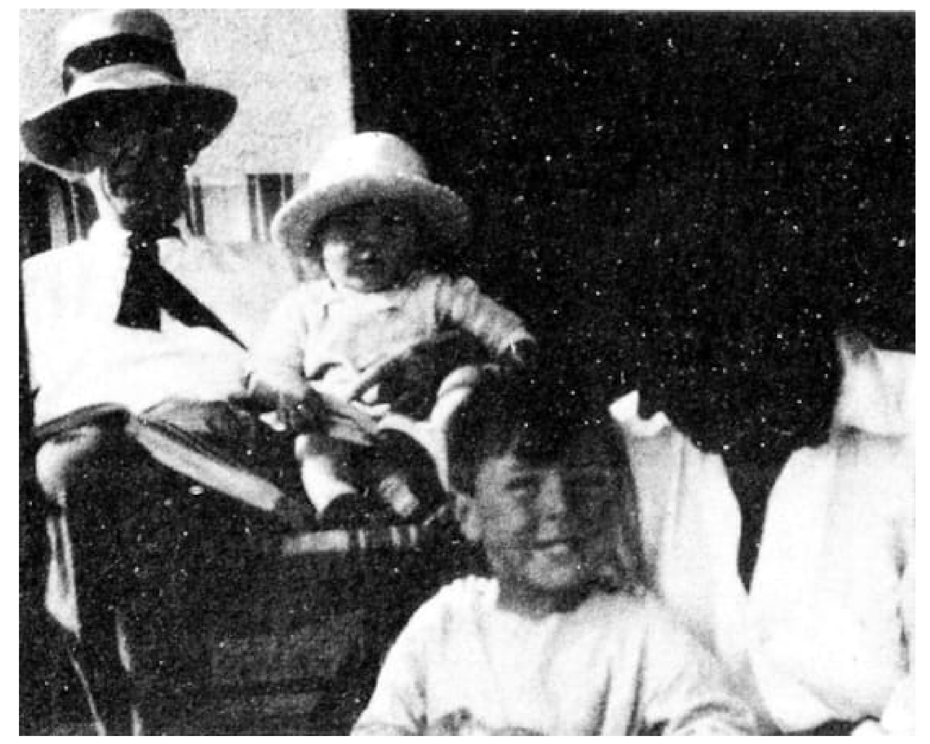
Refiriéndose al emplazamiento de la casa, Russell le dijo a Ottoline: «Se esta bien aquí. Se ven barcos navegando por la noche... Hay endrinas y espinos, campos verdes y campos de tojos, todo sin moverse de la casa.»

Carn Voel, con las rompientes del Canal de la Mancha por la parte delantera y los páramos de Pendeen por detrás, cumplía casi todos los requisitos. Allí fue donde su hijo John y su hija Kate, nacida dos años después que el mayor, disfrutaron de una existencia en algunos aspectos idílica.

Los meses que pasó en Carn Voel durante la década de los

años 20 fueron de los más felices de la vida de Russell. No había aún indicios de ruptura con Dora. Tenía dos preciosos hijos y los estaba criando en un ambiente que se adecuaba a sus gustos. Escribía con facilidad, y aunque su trabajo no le había proporcionado una fortuna, al menos le había permitido recuperarse de las estrecheces económicas de la guerra. Desde luego, su hija recuerda en su casa de Cornualles una cocinera, una criada, un jardinero, un chófer y una institutriz.





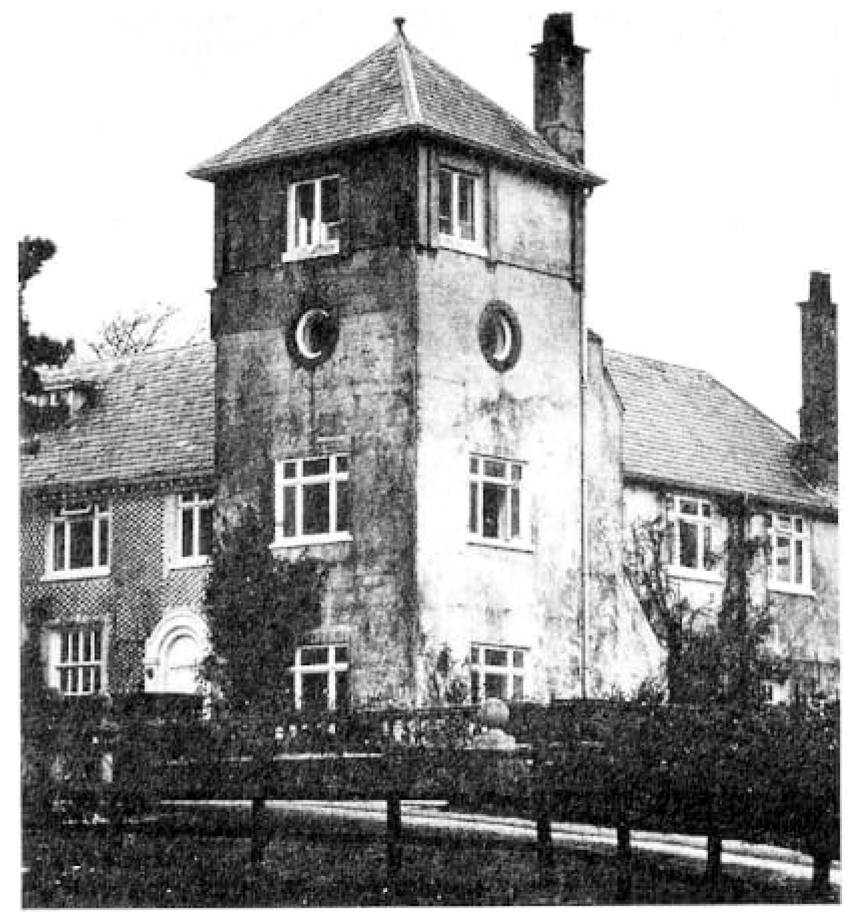
Bertrand y Dora Russell con sus hijos en la playa de Porthcumo, cercana a Carn Voel. «Allí, escribió Russell, John tenía la ventaja de jugar en la arena y disfrutaba del esplendor del mar, algo digno de figurar en los recuerdos de la niñez.»

«La belleza de la costa de Cornualles -escribió Russell- está inextricablemente unida en mis recuerdos con la felicidad de ver a dos niños sanos aprendiendo a disfrutar del mar, las rocas, el sol y la tormenta.» Pero no eran solamente sus hijos los que le fascinaban tanto como ellos se sentían fascinados por él. A Carn Voel no sólo llegaba un flujo continuo de visitantes adultos, sino también de amigos de John y Kate, algunos de los cuales pasaban allí todo el verano. Para todos ellos tenía siempre innumerables anécdotas que contar sobre aventuras que podían vivirse en las playas o en los páramos, y sobre excitantes revelaciones que sólo podían ser descubiertas con indicaciones sobre dónde buscarlas. Así, su querido reloj de oro -casi con toda seguridad de lord John- era utilizado en sus juegos. «A los bebés —dice su hija- se lo ponía delante

sujetándolo por la cadena y balanceándolo suavemente mientras entonaba un solemne “tic-tac, tic-tac” según movían sus ojos de un lado a otro. A los niños mayores les enseñaba la esfera y la cuerda, y a veces incluso quitaba la tapa para enseñarles la maquinaria. A los que eran cuidadosos les permitía abrirlo por ellos mismos presionando el pequeño dispositivo que hacía saltar la tapa dorada.»

En 1927, Russell adquirió nuevas responsabilidades al abrir la escuela Beacon Hill, una empresa valiente que pronto recibió más notoriedad de lo que merecía. Dora Russell ha señalado que la escuela fue abierta como empresa conjunta con su marido, y que cuando Russell decidió dejarla después de su divorcio, ella continuó dirigiéndola durante aproximadamente otra década.

Tanto el padre como la madre querían que sus hijos fuesen educados conforme a las teorías progresistas con las que ambos estaban de acuerdo. Ningún colegio parecía cumplir las condiciones requeridas y la solución evidente fue la creación de su propio colegio. El primer problema, conseguir un local adecuado, se solucionó a través de Frank Russell, que atravesaba problemas económicos y alquiló encantado Telegraph House, su casa de las colinas de Sussex. La escuela Beacon Hill, así llamada por el puesto cercano en el que se había recibido la noticia de Trafalgar y transmitido después por heliógrafo a la red Portsmouth-Londres, fue inaugurada el 27 de septiembre de 1927, contando con doce alumnos internos y cinco externos.



Telegraph House, la casa construida por Frank Russell en los altos de los Doums de Sussex, fue alquilada por Bertrand a su hermano para ser sede de la escuela Beacon Hill.

Algunas de sus características figuran en una carta escrita por Russell a alguien que solicitaba información: «Respecto a la religión, no hay enseñanza religiosa de ningún tipo, los niños aprenden hechos históricos sobre las diversas religiones del mundo, pero ninguna religión recibe un trato especial. Nos preocupamos de que la educación no esté inspirada en el patriotismo, especialmente en la enseñanza de historia y geografía, que son las materias que yo imparto. En cuanto a la hermandad entre los hombres, tengo las mismas objeciones que hacia una instrucción moral explícita, en el sentido de que tiende a producir hipocresía y rebelión. La moralidad debe

nacer, no puede ser implantada por precepto.»

Estas ideas no eran muy populares en la Gran Bretaña de hace cincuenta años. También se supo que, como dijo Dora Russell, se permitía a los niños quitarse toda la ropa en verano si lo deseaban, especialmente para bailar y hacer ejercicio al aire libre, otro aspecto que hizo a Beacon Hill objeto de la crítica popular.

Sin embargo, Beacon Hill, a juzgar por los documentos y por los recuerdos de los que trabajaron allí, no era la caricatura a veces descrita en la prensa. Tampoco fue del todo la aventura positiva que sus partidarios todavía mantienen. Una razón fue que los niños no formaban una sección representativa sobre la que se pudiera contrastar adecuadamente las ideas educativas de Russell.

En segundo lugar, no había dinero suficiente para la tarea, y Russell se vio obligado a preguntar a los padres si podrían ayudar «pagando unas cantidades más en proporción con los costes».



Bertrand y Dora Russell con algunos de los niños de la escuela Beacon Hill, en la que se llevaban a cabo juegos y ejercicios al aire libre con poca ropa, un aspecto que hizo a ¡a escuela objeto de la crítica popular.

Quizá más importantes fueron las limitaciones del mismo Russell. Un colegio, escribió posteriormente, «es una empresa administrativa y yo me encontré poco preparado como administrador». Desde luego, había ocasiones en las que se sentía totalmente desamparado, tal vez por la actitud heredada de los días de Pembroke Lodge, cuando el timbre de los criados solucionaba todos esos problemas.

La necesidad de financiar el colegio mantuvo a Russell trabajando a gran ritmo durante los primeros años de su funcionamiento. Su versatilidad literaria quedó demostrada en lo que parecía ser un torrente interminable de artículos para cualquiera que pagara adecuadamente: *The Daily Express,*

Harper s, Atlantic Monthly y el *Jewish Daily Forward,* todos recibieron sus artículos, muchos de ellos escritos en la única torre de Beacon Hill.

Se propuso trabajar solamente por las mañanas, pero no le satisfacía un trabajo de menos de tres mil palabras, normalmente dictadas a una secretaria tan rápidamente como ella pudiera escribirlas. Si no alcanzaba esa cifra por la mañana, continuaba trabajando después del almuerzo. «Todo lo planeaba mentalmente por anticipado, explicó a un visitante en 1930, y por eso antes de empezar ya estaba acabado. Yo solía tomar unas notas muy elaboradas, porque no podía retener en mi cabeza tanto como ahora. Cuando tengo que escribir un libro de sesenta mil palabras, comienzo veinte días antes de la fecha de entrega. Si puedo trabajar solamente dos días a la semana, cosa que ocurre cuando estoy en Londres, entonces necesito diez semanas.»

Escribía por dinero, y admitió con franqueza que no le importaba hacerlo, y en una ocasión añadió: «No tengo elevados sentimientos.» Ya no se creía capaz de hacer un trabajo creativo, y comentaba a veces a los visitantes que era demasiado viejo. Respecto a las matemáticas y a la filosofía, decía: «Ningún buen trabajo se hace después de los cuarenta, incluso me atrevería a decir después de los treinta y cinco. Creo que la experiencia de la vida y el conocimiento de los hombres son enemigos del intelecto. La experiencia humana lima la agudeza de la mente. Esta debería ser tan dura como un diamante, pero cuanto más la utilizas en la vida ordinaria, más roma se vuelve.»

El comentario de Russell sobre escribir por dinero no debe ser tomado muy al pie de la letra. Aunque gran parte de su trabajo durante los años de Beacon Hill puede considerarse «popular», también buena parte de él explicaba las ideas sociales y políticas en las que él creía. La misma combinación de extender sus creencias y conseguir dinero le animó en sus cuatro giras por América, realiza-

das en 1924, 1927, 1929 y 1931. Russell recuerda haber regresado de una gira de dos meses con un beneficio de diez mil dólares; las demás parecen haber tenido parecido resultado; sin embargo, sus conferencias no sólo sirvieron para mantener económicamente el colegio, sino que además hicieron partícipe a la audiencia americana de las teorías radicales sobre educación, política, matrimonio y divorcio que se estaban divulgando en Gran Bretaña.

En los viajes a América de 1896 y 1914 había hablado solamente sobre matemáticas y filosofía; aun cuando algunos habían advertido sus opiniones insólitas sobre otros temas, solamente se le había valorado como conferenciante sobre temas puramente académicos. Cuando durante la guerra escribió en los periódicos americanos sobre temas de actualidad, se había ocupado principalmente de la guerra con los poderes centrales, tema sobre el que muchos lectores durante mucho tiempo no tuvieron ideas definidas, y se había mantenido con un buen nivel de aceptación.

En 1924, y durante las tres giras siguientes, era consciente de que se dirigía a una audiencia que no iba a mostrarse favorable a lo que tenía que decir sobre política o cuestiones sociales. Sin embargo, no trató de disimular y dijo a los oyentes que si alguna vez llegara a hacerse realidad un gobierno mundial, sería a través del imperialismo americano. Sin duda, muchos estaban de acuerdo en eso, pero él añadió: «El imperio de la economía americana será cruel y antiliberal en grado máximo. Acabará con los sindicatos, controlará la educación, promoverá la competencia entre los trabajadores y la evitará entre los capitalistas. Hará que en todas partes la vida sea fea, uniforme, fatigosa y monótona.» Pero si con esto ofendió a la derecha, sus opiniones sobre Rusia, que proclamó tan vehementemente en obras como *Teoría* y *práctica del bolchevismo,* ofendieron a la izquierda.

Pero no fueron solamente las opiniones políticas de Russell las que crearon la atmósfera de sus infelices años de guerra en

América. En su segunda gira habló sobre el «matrimonio de compañeros», y antes de volver para su cuarta gira había escrito *Matrimonio* y *moral.* Aunque ninguno de los dos trabajos se alejaba excesivamente de lo convencional, incluso en los años 20, y aun cuando se mostraba claramente a favor del matrimonio, fueron suficientes para alarmar al obispo Manning de la Iglesia episcopal protestante y, a través de él a gran parte de la población católica americana. Al filósofo-matemático, que aunque sin llevar aureola se había mostrado al menos neutral sobre temas religiosos, ahora le habían brotado cuernos. El resultado fue que cuando Russell regresó a Gran Bretaña en diciembre de 1931, después de diversas giras que le habían llevado desde Nueva York hasta San Francisco, su reputación en Estados Unidos era similar a la que ya tenía en su país.



Dibujo cómico aparecido en una publicación americana que hace referencia a la obra de Russell Matrimonio y moral.

En su campo, era el Bertrand Russell de los *Principia Mathematica* y los demás trabajos que le habían colocado en un lugar preferente; fuera de él, se había convertido para muchos en el «agresivo propagandista contra la fe y la moralidad cristianas», el hombre al que pocos padres presentarían gustosos a sus hijas. En 1951, Russell había conseguido en América la misma reputación conseguida por Freud en Viena a principios de siglo.

Sin embargo, independientemente de lo que los americanos —o muchos de los británicos en este sentido— pudieran pensar de él, Russell todavía ocupaba una posición privilegiada en su propio campo, aunque no había ocupado un puesto académico durante más de una década. Cuando Wittgenstein regresó a Inglaterra en 1929 y se presentó para el doctorado en filosofía en Cambridge, basado en su *Tractatus,* fue Russell la persona a quien el Trinity pidió que le examinara. La situación tenía un cierto aire de pantomima. En primer lugar, Russell y Moore charlaron con Wittgenstein como viejos amigos. Ninguno de los dos parecía dispuesto a comenzar el examen, y finalmente Russell tuvo que decir a Moore: «Adelante, tienes que hacerle algunas preguntas, tú eres el profesor.» Hubo una breve discusión que no llegó a ninguna conclusión.

El examen acabó de pronto cuando Wittgenstein se levantó, dio unas palmadas en el hombro a los examinadores y les dijo: «No os preocupéis, sé que nunca lo entenderéis.»

En 1931 murió Frank, y Bertrand se convirtió en el tercer conde Russell, título que no le atraía especialmente. Aunque informó al jefe disciplinario laborista de la Cámara de los Lores que ocuparía su escaño y que votaría a los laboristas, no tenía intención de dejar de escribir, cosa que consideraba su auténtico trabajo.

Respecto al título, según dijo a su editor norteamericano, lo consideraba un fastidio y no pensaba utilizarlo.



Russell y G. E. Moore fotografiados por la esposa de éste hacia 1941 en Princeton. Algunos años antes, Russell y Moore habían examinado a Wittgenstein para el doctorado en filosofía en base a su Tractatus.

Esto supuso un gran alivio para algunos de sus conocidos de América; uno de ellos había preguntado a Whitehead, por entonces profesor en Harvard, cómo debería dirigirse a Russell, a lo que éste respondió: «Yo siempre le llamo Bertie.»

El nuevo conde no era sólo un personaje noticiable como típico «inglés». Era también un hombre al que el mundo literario podría reconocer sin dificultad en las obras de quienes le habían observado en Garsington Manor. Entre sus primeros retratos estaba sir Joshua Malleson, en la obra de D.H. Lawrence *Mujeres enamoradas:* «Un sociólogo de edad... un erudito baronet, enjuto, de unos cincuenta años, que estaba continuamente haciendo comentarios ingeniosos que festejaba con estruendosas carcajadas.» El personaje fue descrito de nuevo como Bertie Reid en la obra del mismo autor *El ciego*: «Un hombre pequeño y oscuro, de ancha frente, delgado, con el pelo a mechones y los ojos grandes y tristes»; Gilbert Cannan

introduce a Russell como Melian Stokes, el catedrático de sus novelas *Pugs and Peacocks, Sembal* y *La casa de ¡a profecía.* En *Memorias de un oficial de infantería* de Siegfried Sassoon, Russell es Thornton Tyrrell, quien, como en la vida real, animó a Sassoon a hacer su famosa declaración de desobediencia siendo oficial en la I Guerra Mundial. Y en la obra de Eliot, *Prufrock,* Mister Apollinax tiene esa especie de chispa satírica que Russell dejaba saltar a la menor oportunidad.

Constance Malleson retrata a Russell sin ningún tipo de disfraz, así como a lady Ottoline y a su marido, en *El regreso;* también apareció en obras de Clifford Alien, T. S. Eliot y Dr. Joad; sin embargo, el retrato que más molestó a Russell fue el Mr. Scogan de *Los escándalos de Crome,* de Huxley. Aunque Huxley describió a su Scogan/Russell «como uno de aquellos reptiles voladores de la era terciaria», también puso en boca de su personaje de ficción un resumen no demasiado inexacto de las opiniones de Russell:

> *«Si quieres hacer algo razonable en este mundo, tienes que contar con una clase de personas seguras, a salvo de la opinión pública, libres de la pobreza, que dispongan de tiempo libre y que no estén obligadas a dedicar su tiempo a las rutinas imbéciles que se conocen con el nombre de trabajo honrado. Tienes que contar con una clase cuyos miembros puedan pensar y, dentro de los límites obvios, hacer lo que les guste. Debes contar con una clase en la que la gente que tiene excentricidades pueda abandonarse a ellas, y en la que la excentricidad en general sea tolerada y comprendida. Eso es lo importante para una aristocracia.»*

El acceso de Russell al título de conde le convirtió en tema de actualidad una vez más, y fue inevitable que cuando su matrimonio con Dora se vino abajo en los años 30, la compleja causa del divorcio despertara una gran expectación. La primera

prueba para el matrimonio se presentó a su regreso de la gira americana de 1924, durante la cual Russell había tenido unas breves relaciones de las que habló a su esposa. Habían aceptado de común acuerdo que tales relaciones serían toleradas por uno y otro, y tal vez lo que ocurrió, como Russell escribió posteriormente, fue que «durante los años siguientes las cosas fueron de mal en peor».

Esta afirmación no es exagerada. Cuando en febrero de 1935 Dora Russell consiguió la orden preliminar de divorcio en Londres, el presidente del tribunal hizo notar que:

> *«La declaración de la demandante pone de manifiesto que los dos casos de adulterio por su parte, admitidos por ella misma, fueron precedidos al menos por dos casos de infidelidad por parte de su marido, y que él había sido culpable de numerosos actos de adulterio en circunstancias normalmente consideradas agravantes.*
>
> *Me estoy refiriendo al hecho de que ella habló de la infidelidad del demandado con personas que vivían bajo el mismo techo o relacionadas con personal del centro que ambos dirigían.»*



Patricia (Peter) Spence, la tercera esposa de Bertrand, desempeñó un papel importante en los acontecimientos que hicieron posible el regreso de Russell al Trinity College.



Russell y su hijo pequeño, Conrad Sebastian Robert, en 1938.

Al año siguiente, 1936, Russell contrajo matrimonio por tercera vez. Su esposa se llamaba Patricia Spence, a quien solían llamar Peter, y era mucho más joven que él. Había sido empleada por los Russell como institutriz cuando era estudiante en Oxford, había llegado a convertirse en la preferida de los niños y había colaborado con Russell en alguno de sus trabajos. Russell reconoció que en *Libertad* y *organización, 1814-1914,* Peter se había encargado «de la mitad del trabajo de investigación, de una gran parte de la planificación, y algunas partes fueron redactadas por ella, habiendo hecho además innumerables sugerencias de gran valor». También fue considerable su participación en el trabajo de investigación para *The Amberley Papers,* obra en la que ella y Russell hacían una crónica de la historia de éste, y participó en la preparación de la obra *El poder: un nuevo análisis social.*

Después del divorcio, Dora trasladó el colegio a otro local, y Russell y su nueva esposa se instalaron en Telegraph House. Pero se encontró una vez más necesitado de dinero, y antes de acabar

1937 se vio obligado a vender la finca que su hermano había comprado a finales de siglo. Fue invitado a dar una serie de conferencias en Oxford sobre «Palabras y hechos» y se trasladó a una casa en Kidlington, a unos kilómetros de la ciudad. En otoño de 1938 se trasladó a Estados Unidos.

Dos años antes, Russell había explicado a su editor americano, Warder Norton, que tenía razones para desear marcharse de Inglaterra. Tenía muchas ideas que consideraba importantes y quería desarrollarlas. Aunque no insistió a Norton sobre ello, Russell sabía que resultaría difícil sin ocupar algún puesto académico y le parecía improbable conseguirlo en Gran Bretaña. En cualquier caso, se enfrentó a lo que llamaba la probabilidad de una pobreza tal que le podía impedir dar una educación adecuada a Conrad, fruto de su matrimonio con Peter. Finalmente, no consideraba a Europa un lugar adecuado para los niños, dado que la guerra parecía inminente y resultaba muy probable que Inglaterra sufriera penalidades por este motivo.

Explicó a Moore, por entonces en Cambridge, que tenía que pagar por imposición legal entre ochocientas y novecientas libras al año a sus demandantes cuando sus ganancias previstas no iban a superar las trescientas libras. ¿Había posibilidad de conseguir un puesto en Cambridge? Parece ser que Moore no se mostró muy dispuesto a ayudarle, por lo que Russell escribió a Whitehead, que estaba a punto de jubilarse del puesto que ocupaba en Harvard desde 1924. Russell sugirió que él podía ser el sucesor adecuado. Pero Harvard no estaba interesada. Las perspectivas parecían más halagüeñas en el Instituto para Estudios Avanzados de Princeton, donde Einstein, Oscar Veblen y Hermann Weyl, consejeros del director en matemáticas y filosofía, eran favorables a la colaboración de

Russell. Pero el director era Abraham Flexner, cuyo hermano y hombre de confianza, Simón, estaba casado con Helen Thomas, prima de Alys y miembro de la comunidad cuáquera, a la que no había gustado que Russell abandonara a su primera esposa. Abraham Flexner vetó el nombramiento. Finalmente, la Universidad de Chicago invitó a Russell a dar una serie de conferencias durante el año académico 1938-39 como profesor invitado.

Capítulo 9
«¡La serpiente acecha...!»

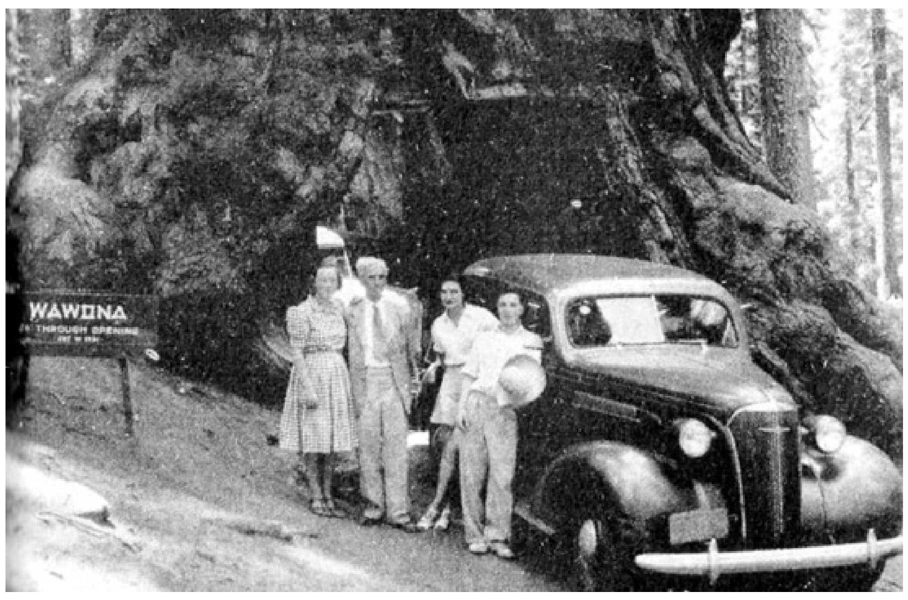
Russell embarcó con su familia rumbo a Estados Unidos cuando la crisis de Münich alcanzó lo que supuso para Gran Bretaña el punto culminante de la humillación. Regresó a Gran Bretaña en el verano de 1944. Los seis años transcurridos en Estados Unidos no se cuentan entre los más afortunados de su vida, si bien durante este tiempo escribió *Historia de la filosofía occidental,* que le proporcionaría cuantiosos beneficios en los años de posguerra.

Al principio todo le iba bien. No le gustaba Chicago, pero sí su universidad, y le habría hecho feliz renovar el contrato. Pero no hubo renovación. En la primavera de 1939 recibió una oferta para firmar un contrato de tres años con la Universidad de California. Russell aceptó inmediatamente y a finales de verano de 1939 se trasladó a Santa Bárbara con Peter y Conrad, a la espera de la llegada de Kate y John. Se había llegado al acuerdo de que visitarían a su padre durante las vacaciones y tácitamente se había decidido que si estallaba la guerra, no regresarían a Gran Bretaña hasta el fin de las hostilidades.

En teoría, esto era exactamente lo que Russell quería. Pero después del 3 de septiembre de 1939, según iba creciendo la amenaza a Gran Bretaña y los bombardeos alemanes empezaban a asolar las ciudades británicas, las opiniones de Russell sobre la guerra y sobre su situación -a tres mil kilómetros de distancia- comenzaron a cambiar.

En 1936 había publicado *¿Cuál es el camino para la paz?,* libro en el que había defendido que los horrores de los bombardeos serían mayores que los de la sumisión a los alemanes. Esta creencia sobrevivió al Pacto de Münich e incluso a la ocupación de Checoslovaquia en marzo de 1939.

Vista de la Universidad de Chicago, donde a finales de 1938 y principios de 1939, Russell impartió un curso sobre «Los problemas de la filosofía».



Russell, su tercera esposa, Peter, su hija Kate y su hijo John en

Yosemite, en el verano de 1939.

Pero una vez comenzada la guerra, su posición comenzó a cambiar, y cada vez era más contraria a su postura inicial a medida que las perspectivas de invasión se hacían más patentes. Su amor innato a Gran Bretaña pronto fue más fuerte que sus ideales pacifistas y en junio de 1940 se sintió obligado a hacérselo saber a Kingsley Martin con la esperanza de que éste trasladara su postura a las páginas de *The New Statesman.* Entonces, haciéndose eco de Einstein, que en 1939 había renunciado a su pacifismo y afirmado que si hubiera sido más joven habría luchado contra Hitler, Russell añadió: «Si fuera más joven, yo mismo lucharía, pero es más difícil persuadir a los demás.»

Esta retractación parece curiosa a primera vista, puesto que ya en 1936 Russell debió de darse cuenta de lo que significaría la ocupación alemana. Sin embargo, había, como era normal en él, una explicación lógica para este cambio en su manera de ver las cosas. Veinte años antes, en *La ética de la guerra,* había esbozado seriamente los diferentes factores que deberían ser tenidos en cuenta para decidir si una guerra en concreto tenía justificación o no. Y en junio de 1940 la situación se diferenciaba de la de 1936 en un factor importante. «La Rusia de Stalin se ha vuelto contra nosotros», dijo a Gilbert Murray. «No tengo ninguna duda de que el gobierno soviético es incluso peor que el de Hitler y será una desgracia que sobreviva.» En la I Guerra Mundial, H. G. Wells había sorprendido probablemente a Russell con su afirmación de que «todas las armas que combaten a Alemania son ahora armas para la paz». En 1940, el patriotismo de Russell se basaba en la idea de que todas las armas levantadas contra Alemania parecían dirigidas al mismo tiempo contra el sistema soviético.

Esta idea, surgida lógicamente de sus experiencias en 1920, iba a ser un obstáculo después de que la invasión alemana de Rusia, en el verano de 1941, convirtiera de la noche a la mañana a un enemigo en aliado. En más de una ocasión,

después de 1941, iba a encontrarse Russell buscando trabajo en América. En más de una ocasión hubo insinuaciones y consultas oficiales para averiguar si un conferenciante tan consumado podría ser utilizado en defensa de la causa británica en Estados Unidos. Pero el miedo a lo que Russell pudiera decir sobre unos aliados tan circunstanciales como lo eran Gran Bretaña y la Unión Soviética contribuyó a descartar esta posibilidad.

Más de un año antes de la transformación de la guerra a mediados de 1941, Russell había sido el centro de una causa judicial que alcanzó gran notoriedad. A él le gustaba más California que Chicago, pero el rector de la Universidad de California le desagradaba más que el de la Universidad de Chicago. Por ello, cuando recibió la oferta de una cátedra en una facultad de Nueva York en febrero de 1940, renunció al puesto que le habían ofrecido en California; sólo después se dio cuenta de que la oferta de Nueva York no era definitiva, y de que su precipitación podría dejarle sin trabajo una vez más. Sproul, rector de la Universidad de California, se apresuró a aceptar la renuncia para que no hubiera posibilidad de rectificación por parte de Russell. Por si fuera poco, se encontró a merced de una campaña de inspiración religiosa que mantenía que era la persona menos indicada para ayudar a orientar a los jóvenes americanos hacia la segunda mitad del siglo XX.

La causa que se siguió en su contra resulta cómica considerada desde una perspectiva actual, pero hace cuarenta años representó un serio ataque contra la libertad académica que, según *The New York Times,* «iba dirigido contra la independencia intelectual y la seguridad de todos los profesores en todas las universidades y colegios universitarios de Estados Unidos».

Russell había sido contratado para impartir clases de lógica, los problemas de los fundamentos de las matemáticas y la relación entre las ciencias puras y las ciencias aplicadas, pero

únicamente a estudiantes de sexo masculino. Habría resultado difícil a cualquiera encontrar alguna excitación sexual en esos temas, y el 18 de marzo la Junta de Enseñanza Superior confirmó su nombramiento por votación. Sin embargo, el autor de *Matrimonio* y *moral* no iba a tenerlo tan fácil; al día siguiente, una tal Mrs. Jean Kay solicitó ante el Tribunal Supremo del Estado una orden que obligara al colegio a revocar el nombramiento. Entre sus razones hacía constar su miedo a que su hija pudiera ser alumna suya, siendo al parecer irrelevante el hecho de que eso no era factible. El Tribunal Supremo decidió que el nombramiento fuera revocado.

Para entender lo que hoy nos parece un veredicto sorprendente, es necesario tener en cuenta la opinión que un alto porcentaje del pueblo americano tenía sobre Russell. En la actualidad, es muy posible que se le critique por su actitud respecto a la guerra de Vietnam, por su oposición a las armas nucleares a partir de 1954, o por defender anteriormente la utilización de esas mismas armas contra la Rusia de Stalin en caso necesario. En 1940, las críticas se basaban casi exclusivamente en su defensa de una moral sexual no convencional y en su ateísmo. Para *The Tablet* él era «el anarquista filosófico y nihilista moral de Gran Bretaña»; para el *American* de los jesuitas, era un «insensible, divorciado y decadente defensor de la promiscuidad sexual». Un telegrama dirigido al alcalde de Nueva York, La Guardia, después de advertir que «¡las arenas movedizas amenazan!, ¡la serpiente acecha!, ¡el gusano está en la mente!», imploraba al alcalde que protegiera a los estudiantes «de la funesta influencia de la pluma ponzoñosa; del mono con genio, ministro del diablo entre los hombres».



En 1940, el Tribunal Supremo de Nueva York ordenó a la Junta de Enseñanza Superior que rescindiera el nombramiento de Russell para una cátedra del College de esa ciudad. Durante el juicio. Justice McGeenan manifestó que el nombramiento de Russell sería como «establecer una cátedra de indecencia». Este dibujo cómico, aparecido en el New York Times, fue producto de los comentarios.

AN INQUIRY
INTO
MEANING AND
TRUTH

BY

BERTRAND RUSSELL

M.A., F.R.S.

Holder of the Nicholas Murray Butler Medal of Columbia University (1915), the Sylvester Medal of the Royal Society (1932) and the de Morgan Medal of the London Mathematical Society (1933). Honorary Member of the Reale Accademia dei Lincei. Fellow (1895–1901) and Lecturer (1910–1916) of Trinity College, Cambridge. Herbert Spencer Lecturer at Oxford (1914). Visiting Professor of Philosophy at Harvard University (1914) and at The Chinese Government University of Peking (1920–1921). Tarner Lecturer at Cambridge (1926). Special Lecturer at the London School of Economics and Political Science (1937) and at The University of Oxford (1938). Visiting Professor of Philosophy at the University of Chicago (1938–1939). Professor of Philosophy at the University of California at Los Angeles (1939–1940). Occasional Lecturer at the Universities of Uppsala, Copenhagen, Barcelona, the Sorbonne, etc., etc.

Judicially pronounced unworthy to be Professor of Philosophy at the College of the City of New York (1940)

LONDON
GEORGE ALLEN AND UNWIN LTD

En la edición inglesa de la obra de Russell Investigación sobre el significado y la verdad, la lista de sus títulos y méritos concluía con las palabras: «Declarado judicialmente indigno de ser profesor de filosofía del College de la ciudad de Nueva York (1940).»

Incluso esto resultaba suave al lado de la demanda presentada en un juzgado por el abogado de Mrs. Kay, quien defendió que Russell era «lascivo, libidinoso, lujurioso, venéreo, erotómano, afrodisíaco, irreverente, estrecho de mente, falso y carente de fibra moral».

Refiriéndose a los americanos, John Dewey hizo después este comentario sobre el veredicto: «Sólo podemos enrojecer de vergüenza por esta cicatriz en nuestra reputación de justicia.» En la práctica, Russell perdió su trabajo; debía pronunciar en

septiembre el ciclo de conferencias William James en Harvard, pero mientras las preparaba, temía tener que enviar a su esposa e hijos a Gran Bretaña. Harvard, como cabía esperar, no se dejó arrastrar en la caza de brujas, y Russell dio las conferencias como estaba previsto. Cuando fueron publicadas bajo el título de *Investigación sobre el significado* y *¡a verdad,* preparó una página de portada excepcional. Incluyó una lista de diecisiete líneas con sus méritos y añadió al final: «Declarado judicialmente indigno de ser profesor de filosofía en el College de la ciudad de Nueva York (1940).» Pero la página sólo se imprimió en la edición británica.

No serían las conferencias de Harvard lo único que contribuyó a animar a Russell. Albert Barnes, individualista excéntrico, fundador y director de la Fundación Barnes en Merion, a las afueras de Filadelfia, había decidido ampliar su curso de estética e incluir los antecedentes sociales y filosóficos del arte. ¿Quién mejor para ello que el denostado Bertrand Russell? A finales de 1940 Russell había firmado un contrato de cinco años con Barnes, se había trasladado a California a una casa de labranza a treinta millas de Filadelfia y tenía ante sí la perspectiva de un trabajo agradable y bien pagado.

Pero una vez más iba a tener problemas. Una serie de diferencias y discusiones con Barnes culminó, al cabo de dos años, en su destitución ilegal. Aunque al final iba a ganar la causa contra Barnes por este despido, tendrían que transcurrir dos años. Mientras tanto, como dijo en una carta a Stanley Unwin, «me había quedado sin medio de vida (ilegalmente) siéndome notificado con tres días de antelación». De nuevo se encontró sin trabajo. Las restricciones de cambio adoptadas por Gran Bretaña impidieron que le fuera enviado dinero del otro lado del Atlántico, y los primeros meses de 1943 fueron de los peores de toda su vida en el aspecto económico.



Edith Finch, cuarta esposa de Russell, fotografiada en 1927. Había conocido a Bertrand en Bryn Mawr, centro de cuyo personal formaban parte ella y su amiga común Lucy Donnelly. Se casaron poco después de que Peter consiguiera el divorcio de Russell por abandono en 1952.

Entonces comenzó a cambiar la marea. Fue invitado privada mente a Bryn Mawr, donde se reunió con Lucy Donnelly y reanudó su amistad con Edith Finch.

El departamento de filosofía recibió un donativo anónimo, lo que permitió contratar a Russell para dar un ciclo de conferencias sobre los postulados del método científico. Después fue invitado a pronunciar unas conferencias en Princeton, meca académica que ya había atraído a Albert Einstein, Kurt Gödel y Wolfgang Pauli. Recibió un importante

adelanto de Simón and Schuster por los derechos de las conferencias Barnes que Russell estaba convirtiendo en lo que sería la productiva *Historia de la filosofía occidental.* Además, la causa contra Barnes se resolvió a su favor, lo que le supuso una indemnización de veinte mil dólares.

Finalmente recibió la mejor noticia de todas: de nuevo le invitaban a volver al Trinity. No conocemos con exactitud los detalles que influyeron en este hecho, aunque sí algunas circunstancias que tuvieron relación con él. Peter había escrito unos apuntes sobre la actitud de los grupos anti-Russell en América que fueron leídos a los miembros de la Junta Directiva del Trinity. Vera Brittain y su marido, que habían estado con Russell en California, iniciaron una campaña para conseguir el regreso de Russell, que fue organizado por C. D. Broad. Y el terreno había sido preparado por el breve panfleto de G. H. Hardy titulado *Bertrand Russel* y *el Trinity,* en el que ponía de manifiesto que se había cometido un error y que debía subsanarse.



El trabajo de G. H. Bertrand Russell y el Trinity dejaba claro que la expulsión de Russell de su puesto en 1915 había sido injusta. Hardy influyó notablemente en la organización del regreso de Bertrand Russell en 1944.

El día que Russell recibió el ofrecimiento de dar clase en el Trinity fue uno de los más felices de su vida. Unas semanas después, cuando las tropas luchaban para mantener sus posiciones en el profundo y sangriento boscaje de Normandía, volvió a cruzar el Atlántico. Medio siglo antes, cuando regresaba de París, había besado el suelo inglés al desembarcar. En esta ocasión, una vez instalado en Cambridge, dijo a Lucy Donnelly en una carta: «Todo esto supone un cambio tan radical con relación a la vida tan desagradable que soportamos en América que uno se siente ebrio.»

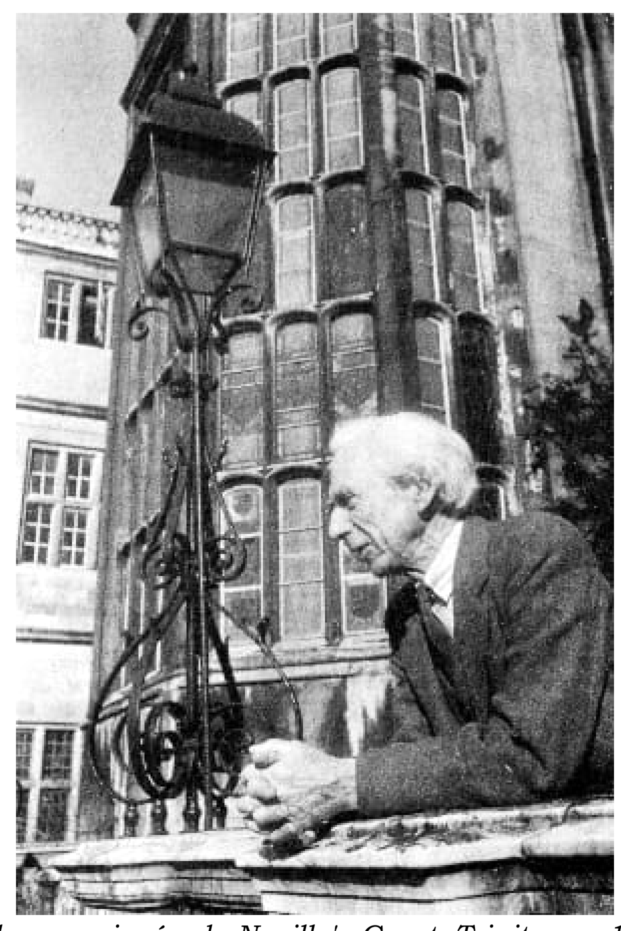
Capítulo 10
Armas nucleares: el peligro del hombre

De nuevo en el Trinity, Russell estaba encantado porque le habían asignado las habitaciones de Newton. Pero él quería disponer de un hogar y se sintió feliz cuando recibió los veinte mil dólares de la Fundación Barnes que le permitieron comprar una casa en la ciudad. Allí se instaló con Peter y Conrad, que habían regresado con él.

Su beca en el Trinity no le exigía enseñar ni dar conferencias, pero hizo ambas cosas; uno de sus cursos anuales se convirtió después en *El conocimiento humano: su finalidad* y *sus límites,* su último estudio sobre los problemas relacionados con la filosofía empírica. Era popular entre los estudiantes, un motivo de honra para el Trinity y una de las atracciones de la ciudad. Cuando cenaba en la residencia, disfrutaba viendo a profesores a los que había conocido treinta años antes, y en lo que a su labor profesional se refería, sólo había una preocupación. Wittgenstein, sucesor de Moore en la cátedra de filosofía, era la causa de esa preocupación; había abandonado las ideas del *Tractatus* y esbozado una nueva filosofía lingüística que sería dada a conocer en su obra póstuma *Investigaciones filosóficas.* Russell era contrario a las nuevas opiniones de Wittgenstein y hubo al menos un enfrentamiento que el rumor rápida e incorrectamente se encargó de convertir en una pelea entre catedráticos tan violenta, que el eminente Wittgenstein habría llegado a utilizar una badila para amenazar a un partidario de Russell.

La rapidez con que la anécdota sobre Russell se extendió por Cambridge daba muestra de su fama, no sólo como filósofo sino también como figura pública de una autoridad que en cierto modo amedrentaba. Si era natural que el Trinity volviera a aceptar a Russell en su redil, no solamente reconociendo su posición sino comportándose de la mejor manera posible para compensarle por su rechazo en 1915, la actitud de las autoridades en general resultaba curiosa. Entre 1945 y 1954

Russell se convirtió en colaborador habitual de la BBC, y se le concedió el honor de pronunciar el primer ciclo de las conferencias Reith de esta corporación. Pronunció discursos ante la Imperial Royal Society y dio conferencias en el Imperial Defence College durante varios años.



Russell en un rincón de Neville's Court, Trinity, en 1945. Se sentía feliz por haber vuelto, y especialmente por el hecho de haber sido instalado en las habitaciones de Newton. «Ceno en el comedor y me encanta ver a los profesores que conocí hace treinta años», escribió a Colette.



George Trevelyan. director del Trinity, en la biblioteca. Al caminar entre los bustos de mármol, Russell comentó a su amigo: «Yo estaré aquí algún día.»

Pronunció conferencias para el Consejo Británico en Bélgica y Suiza, así como a las tropas que se encontraban en el Berlín bloqueado y en Noruega, donde escapó de la muerte de manera especial. El hidroavión en el que se trasladaba desde Oslo a Trondheim para pronunciar una conferencia se fue a pique al intentar aterrizar, y Russell, con setenta y seis años de edad, tuvo que nadar en las aguas heladas para salvar su vida. Diecinueve pasajeros murieron en el accidente; Russell resultó ileso y aunque la conferencia fue suspendida, habló de manera informal a los estudiantes de la Universidad de Trondheim.

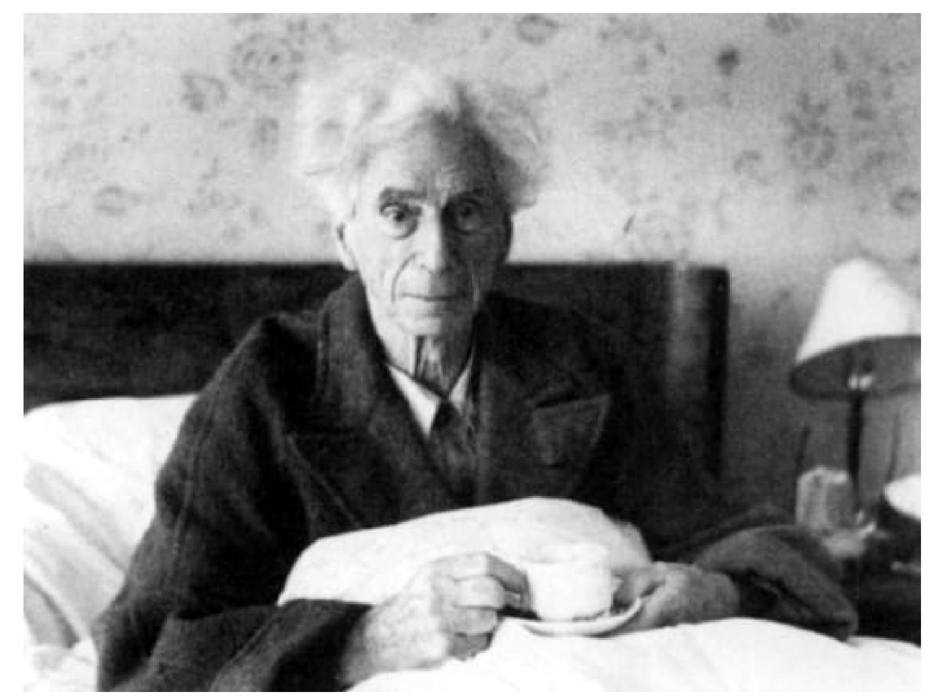
En 1949 le fue concedida la Orden del Mérito, honor

limitado a unos veinticuatro británicos y a un puñado de miembros honorarios extranjeros.



Russell, su tercera esposa, Peter, y su hijo Conrad, en Cambridge, hacia 1947. Por aquella época Russell gozaba de gran popularidad como profesor.

Este último reconocimiento de que Bertie no era la apoteosis del Anticristo se debía en parte a un cambio en la corriente de opinión que hacía cada vez más difícil considerar sus puntos de vista sobre el sexo y la sociedad con el mismo espanto que en los años anteriores a la guerra. Sin embargo, no podía ignorarse su prolongada aversión al comunismo y, en los primeros años de posguerra, tampoco sus opiniones sobre lo que debería hacerse antes de que Rusia consiguiera armas nucleares.



Russell convaleciente en la cama tras el accidente ocurrido en 1948, cuando se dirigía en hidroavión desde Oslo a Trondheim para dar una conferencia en representación del Consejo Británico. Russell salvó su vida nadando en las heladas aguas del norte.

Sus partidarios de extrema izquierda habían tratado de justificar sus declaraciones a la prensa, incluso manteniendo que, aunque defendía la amenaza de armas nucleares contra Rusia, no era partidario de su utilización.





La medalla de la Orden del Mérito (anverso y reverso), concedida a Russell en 1949. Cuando se la impuso, el rey Jorge V, con afabilidad, pero algo incómodo por condecorar a alguien que había estado en prisión, comentó: «Su conducta ha sido poco ejemplar en algunas ocasiones.»

Pero los hechos ineludibles son que diez semanas después de Hiroshima, Russell resaltaba los peligros de proporcionar a Rusia información sobre armas nucleares, y añadía:

> *«Por mi parte preferiría el caos y la destrucción causados por una guerra de armas atómicas al dominio universal de un gobierno de las diabólicas características de los nazis.»*

Y si la URSS se negaba a unirse a una Confederación mundial, entonces «no sería difícil encontrar un casus belli». Durante los años posteriores desarrolló sus ideas siguiendo estas pautas, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero.

En ocasiones, mantenía sus opiniones a nivel privado; otras veces les daba publicidad. Así, en mayo de 1948 no quería que se diera a conocer su conversación con un corresponsal sobre

la destrucción que supondría una guerra con Rusia, en la que había dicho: «Incluso a ese precio, creo que la guerra merecería la pena. El comunismo debe ser eliminado y hay que organizar un gobierno mundial. Pero si en la espera pudiéramos defender nuestras líneas actuales en Alemania e Italia, sería excelente. No creo que los rusos cedan sin guerra. Creo que todos ellos, incluso Stalin, son fatuos e ignorantes. Pero confío estar equivocado respecto a esto.»

Sin embargo, menos de un mes más tarde escribió en el *Dagens Nyheter* sobre la probable negativa de Rusia a permitir la inspección de plantas nucleares por expertos internacionales y añadió: «Incluso si mantuviéramos una paz precaria durante un tiempo, tendríamos que esperar -recordando la pasada historia de la locura humana- que antes o después estallaría la guerra. Si así fuera, tendríamos una gran causa verdadera por la que luchar, un gobierno mundial...» Cualquier equivocación sobre lo que dijo o no, quedó aclarada cuando en marzo de 1959 fue entrevistado en la BBC por John Freeman, quien le preguntó: «¿Es cierto o no que en los últimos años usted defendió la posibilidad de una guerra preventiva contra el comunismo, contra la Rusia soviética?», a lo que Russell respondió: «Es absolutamente cierto y no me arrepiento de ello.» Esta respuesta fue matizada en la entrevista por el comentario contradictorio de que él no había defendido la guerra nuclear y que si los rusos no hubieran cedido, él habría estado dispuesto a aceptar las consecuencias del empleo de armas nucleares contra ellos.

La creencia de Russell de que Rusia debía ser disuadida mientras se estaba a tiempo —y en caso necesario atacada— era resultado lógico de una perspectiva desde la cual, como reveló en su ensayo de 1915 *La ética de la guerra,* podía considerar algunas guerras como justificables. Contra Rusia, presumiblemente, habría sido una guerra de principios puesto que escribió en 1950: «La próxima guerra, si la hubiera, sería el mayor desastre que habrá soportado la raza humana hasta ese

momento. Sólo se me ocurre un desastre mayor: la extensión del poder del Kremlin sobre todo el mundo.» Muchos pensaban, antes de que Rusia pudiera disponer de armas nucleares en 1949, que podría evitarse esta catástrofe manteniendo una importante superioridad de armamentos. En 1947, incluso los dirigentes laboristas, que ya habían ordenado la preparación de armas nucleares en Gran Bretaña sin informar de ello al pueblo británico ni al gobierno americano, no podían considerar con extrañeza las opiniones de Russell.



Russell entre John Freeman (izquierda) y Hugh Bumett, periodista y productor, respectivamente, del programa de la BBC «Cara a cara», el 4 de marzo de 1959.

Además de este argumento «tan sencillo e indiscutible como una demostración matemática», como manifestó a *New*

Commonwealth en enero de 1948, puede que también hubiera implicado un factor sentimental. Colette había abandonado Inglaterra en el otoño de 1939 con la intención de ayudar a Finlandia en la lucha contra los invasores rusos. Al parecer, sus sentimientos eran similares a los de Russell. En 1941 se trasladó a Suecia, y regresó a Gran Bretaña poco después del final de la guerra. Russell había continuado su correspondencia con ella, y si alguna vez surgieron dudas sobre si era o no razonable el intento de impedir los objetivos imperialistas de Rusia, habían sido disipadas rápidamente.

La aceptación de Russell por las autoridades alcanzó su cénit con las conferencias Reith en 1948 y la concesión de la Orden del Mérito al año siguiente. En 1950, visitó Australia invitado por el Instituto Australiano de Asuntos Internacionales, y, con setenta y ocho años de edad, viajó por todo el continente durante dos meses en una gira de conferencias que habría acabado con la resistencia física e intelectual de cualquiera. Regresó a Gran Bretaña, donde permaneció solamente unas semanas, y después se trasladó a Estados Unidos con el fin de dar un ciclo de conferencias sobre filosofía en el Colegio Universitario Femenino Mount Holyoke en Nueva Inglaterra. Antes de regresar, pronunció también conferencias en la fundación Matchette, de la Universidad Columbia, y llegó a un acuerdo para volver a América con el fin de realizar una gira más ambiciosa al año siguiente.

Sin embargo, en 1951 las opiniones de Russell sobre la situación internacional, que le habían abierto las puertas de lugares poco frecuentados por los pacifistas convencidos, comenzaban a cambiar. En el verano de 1949 los rusos hicieron su primera prueba con armas nucleares, lo que no sólo suponía un cambio en el equilibrio mundial, sino que además hacía lógicamente insostenible la posición que Russell había mantenido durante los cuatro años precedentes. Una nación de 55 millones de habitantes apiñados en aproximadamente 130.000 kilómetros cuadrados no podía entrar en guerra contra

enemigos que disponían de armas nucleares y tener esperanzas de sobrevivir; amenazar a los rusos era una política del pasado.



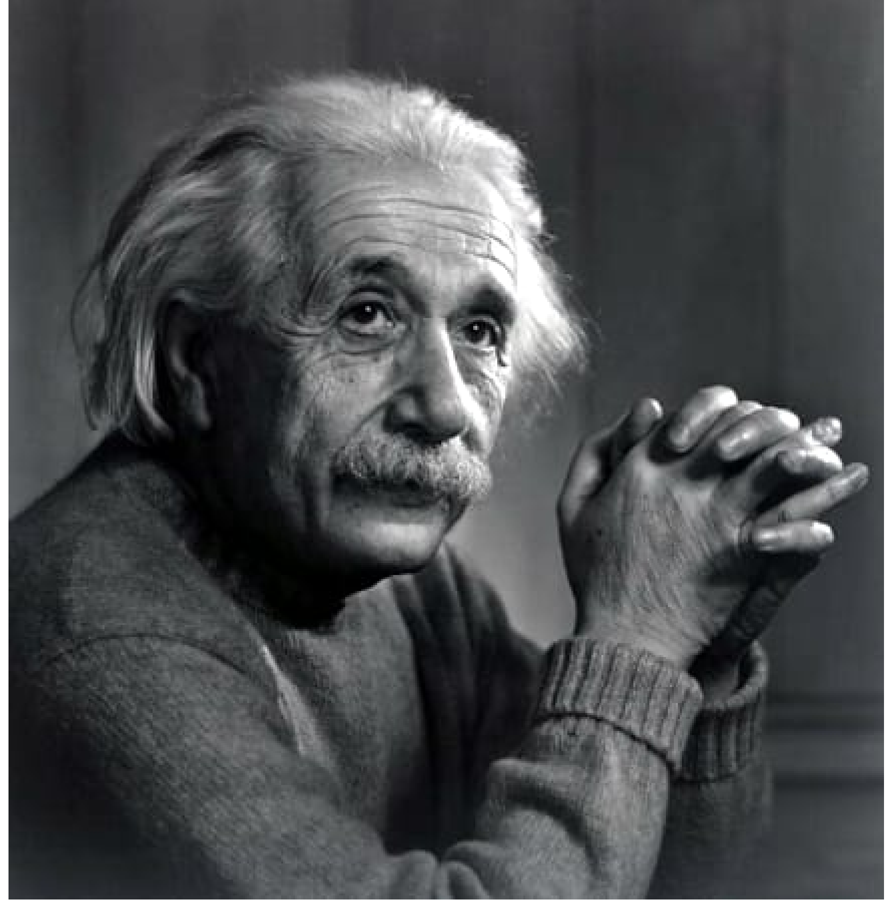
Russell recibe el premio Nobel de literatura de manos del rey de Suecia, Gustavo Adolfo VI, en 1950. El premio le fue concedido por «sus trabajos filosóficos... de gran utilidad para la civilización moral».

Así pues, para Gran Bretaña, en mayor medida que para otros países, la nueva tarea consistía en asegurarse de que no estallaría la guerra contra Rusia. De acuerdo con esto, casi inevitablemente, Russell tuvo que apartarse de aquellos que se aferraban a la esperanza de que Rusia podría ser disuadida con amenazas.

La primera indicación de su cambio político se produjo en

1950. Al serle concedido el premio Nobel de literatura, eligió como tema de su discurso la respuesta a esta pregunta que era el título del mismo: «¿Qué deseos son importantes políticamente?» La audiencia de Estocolmo, entre la que se encontraba la familia real -«inmediatamente tranquilizada por Russell», según un observador, escuchó algo diferente al habitual discurso técnico o exposición literaria. En lugar de esto, oyeron un apasionado alegato en favor de la paz. «La bomba atómica y la bomba bacteriológica -dijo, utilizadas por los malvados comunistas o por los perversos capitalistas según el caso, hacen temblar a Washington y al Kremlin, y llevan a los hombres más lejos aún por el sendero que conduce al abismo.»

Dos años antes había escrito: «El comunismo debe ser aniquilado y hay que establecer un gobierno mundial», pero después admitió que uno de los grandes peligros era «desear la victoria de nuestra propia ideología y la derrota de la otra».



Einstein firmó junto con Russell y otros seis ganadores del premio Nobel el Manifiesto que originaría la creación del Movimiento Pugwash.

A lo largo de los cuatro años siguientes, su idea de que «no podemos derrotar a Rusia sin derrotarnos a nosotros mismos» se vio reforzada cuando los rusos comenzaron a desplegar misiles con cabezas nucleares dirigidos contra Europa occidental, y tanto Estados Unidos como la Unión Soviética se mantenían a un nivel similar en sus intentos de perfeccionar una bomba de hidrógeno transportable. El éxito de Estados Unidos en esta empresa en la primavera de 1954 fue probablemente el factor decisivo que determinó cómo iba a pasar Russell el resto de su vida.

La prueba de la bomba de hidrógeno de Estados Unidos en

la isla Bikini confirmó finalmente lo que muchos científicos habían temido: los peligros de la lluvia radiactiva eran potencialmente más graves de lo que se esperaba. Russell decidió entonces defender una postura basada en esta idea: las armas nucleares ya no ofrecían la esperanza de una victoria nacional y, en el caso de Gran Bretaña, estar en posesión de estas armas disminuía más que aumentaba las posibilidades de supervivencia. La primera oportunidad para proclamar esto ante una gran audiencia se le presentó después de haber escrito a la BBC en junio de 1954: «Como todos los hombres —dijo—, estoy profundamente preocupado por el futuro de la humanidad, teniendo en cuenta la existencia de la bomba H. Tengo un enorme deseo de hacer lo que esté a mi alcance para hacer comprender a la gente la gravedad del tema.» Russell pidió además que le permitieran participar en una emisión en la que expondría el capítulo final de su libro *La sociedad humana en la ética* y *la política,* añadiendo algo si era necesario.

Después de considerar diferentes propuestas, se eligió la emisión de «El peligro del hombre», que alcanzó un éxito extraordinario el día 23 de diciembre en momentos de máxima audiencia, a continuación de las noticias de las nueve. En sus últimas palabras Russell presentó escuetamente las alternativas que resumió así para los radioyentes: «…Recordad vuestra condición de seres humanos, y olvidaos de lo demás. Si podéis hacerlo, el camino al nuevo paraíso está abierto; si no, nada hay delante de vosotros excepto la muerte universal.» «El peligro del hombre» causó un impacto enorme, debido en parte a la evidente sinceridad y autoridad de Russell. Sin embargo, utilizó todos los trucos del oficio aprendidos durante toda una vida de orador. Así, no citó en apoyo de sus advertencias ni a pacifistas ni a izquierdistas, sino a lord Adrián, director del Trinity y presidente de la Royal Society, y, con gran inteligencia, al capitán general de las Fuerzas Aéreas Reales, sir John Slessor, y al general de aviación sir Philip Jouvert. Otro detalle genial, especialmente ante una audiencia británica, fue la

afirmación de que en una guerra nuclear no solamente perecerían los seres humanos, sino que también morirían los animales, «a los que nadie puede acusar de ser comunistas o anticomunistas».

«El peligro del hombre» marcó un cambio decisivo en la vida de Russell. Le impulsó a fundar, con Albert Einstein, el Movimiento Pugwash, que todavía hoy mantiene su pujanza. Este cambio le hizo convertirse en el candidato idóneo para ser presidente de la Campaña para el Desarme Nuclear (CDN) cuando fue fundada en 1958, y este puesto le condujo, casi inexorablemente, al Comité de los 100 y a su ingreso en prisión por desobediencia civil. Gran parte de lo que ocurrió después parece inevitable dadas las creencias intransigentes de Russell y su decisión de seguir el camino marcado por la lógica, fueran cuales fueran las consecuencias. Así, la Fundación Bertrand Russell para la Paz y el Tribunal de Crímenes de Guerra, ineficaz una y desastroso otro según la opinión de muchos, fueron el resultado de su decisión de salvar al mundo a pesar de sí mismo. Tres cuartos de siglo después de que lady Russell hubiera citado su texto preferido: «No seguirás a la multitud para hacer el mal», el legado de Pembroke Lodge todavía se advertía en él. Russell estaba perfectamente capacitado para dar respuesta a «El peligro del hombre». La suposición de que él podría negociar con cualquiera, en términos de igualdad, se hizo patente en su reunión con Jawaharlal Nehru, primer ministro indio, que estuvo en Londres en 1955. Los indios, afirmó Nehru, estaban «dispuestos a hacer algo» respecto al problema nuclear, actitud aparentemente no aceptada por el doctor Bahba, el físico indio más importante, a quien Russell no pudo convencer. Russell escribió a Einstein. Joliot-Curie, presidente de la prestigiosa Federación Mundial de Trabajadores Científicos, escribió a Russell. El resultado fue el Manifiesto Russell-Einstein, firmado por otros ocho destacados científicos, seis de ellos premios Nobel, en el que se pedía la solución de los problemas internacionales por medios pacíficos,

dado que en la era nuclear la palabra «victoria» ya no tenía un significado real.

Dado a conocer en el verano de 1955, el manifiesto proponía una reunión de científicos de ambos lados del telón de acero. Se celebró en 1957 en Pugwash, Nueva Escocia (Canadá), donde se reunieron veintidós hombres en la residencia de Cyrus Eaton, financiero canadiense que patrocinó la reunión. Russell asistió solamente a dos de los Congresos Pugwash que a partir de entonces se celebraron en diferentes lugares del mundo. Su importancia radicaba principalmente en convencer a los posibles partidarios de que el movimiento no era parte de un plan financiado por Rusia.



Russell con su cuarta esposa, Edith, en una manifestación antinuclear organizada por la Campaña para el Desarme

Nuclear, de la que Russell era presidente.

En realidad, esto estaba lejos de ser cierto; Russell, por su parte, mantenía que el problema estaba a ambos lados. El desarme unilateral, en su opinión, era inútil, y en septiembre de 1957 escribió para *The New York Times:* «Estados Unidos se ha convertido en el país que lleva la antorcha de occidente y es deber de todos nosotros hacer lo posible por mantener la antorcha brillando con fuerza.» Hasta que la guerra de Vietnam introdujo un nuevo factor en la escena internacional, la postura de Russell -en muchos lugares impopular— era la defensa del desarme mutuo y tratar de reducir la tensión entre las dos superpotencias.

La bomba de hidrógeno británica y el auge de la Campaña para el Desarme Nuclear alteraron la situación. Había habido movimientos de protesta anteriores a la CDN: el Comité Nacional de la Bomba de Hidrógeno, el Comité de Emergencia para la Acción Directa y el Consejo para la Abolición de Pruebas con Armas Nucleares, entre otros. Pero ninguno de ellos alcanzó un impacto mínimo en la opinión pública de Gran Bretaña y solamente quedó la CDN para unir a los defensores de estas ideas, y en el otoño de 1960 consiguieron que el partido laborista se comprometiera a renunciar a las armas nucleares.

La campaña había sido fundada por figuras de renombre como J. B. Priestley (el novelista), Víctor Gollancz (el editor), Kingsley Martin (director de *The New Statesman)* y el canónigo Collins (de la catedral de San Pablo). Pero aun siendo personalidades influyentes, necesitaban a alguien que pudiera ser un símbolo y un punto de referencia. ¿Quién mejor que Bertrand Russell con su melena de pelo blanco que tan buen efecto hacía en televisión, con sus principios rígidos y su prosa brillante; el filósofo que con «El peligro del hombre» parecía realmente haber hecho saber a muchos países, al menos de manera aproximada, lo que significaría una guerra nuclear? A sus ochenta y seis años, Russell comenzó a participar en el mundo de las reuniones de protesta y de las sentadas en

húmedas aceras que le hacían parecer ridículo o heroico, según el punto de vista, y fue objeto de vilipendio por gran parte de la prensa que pretendía que las cosas no habían cambiado mucho desde la I Guerra Mundial.



Russell con Cyrus Eaton, después de su participación en la sesión final del tercer Congreso Pugwash en la Akademie der Wissenschaften, el 20 de septiembre de 1958. Eaton, millonario canadiense, era el patrocinador de las Conferencias.

Ni siquiera actualmente resulta fácil valorar si Russell desempeñó un papel más importante en los fracasos de la Campaña que en sus éxitos. A pesar de que fundó el grupo disidente conocido como «Comité de los 100» que rompió el movimiento por la mitad, su importante figura, sus sólidos

argumentos y su habilidad para tratar con los que interrumpían en los discursos como si se tratara de estudiantes repetidores que no sabían escuchar, proporcionó a la campaña un brío que sin su participación no hubiera tenido. La otra cara de la moneda ha sido descrita por A. J. Taylor, miembro directivo de la CDN:

«Como de cualquier presidente de una asociación, se esperaba de él que fuera una figura decorativa; no que asistiera a las reuniones ejecutivas en las que se marcaba el camino a seguir, sino que nos diera su bendición y que su nombre figurara en los membretes. Pero en lugar de eso, él pretendía estar mucho mejor preparado que nosotros para llevar la CDN. Yo le consideraba un terrible estorbo.»

Capítulo 11
Un «joven» de noventa años

Las intervenciones de Russell habrían sido incluso más numerosas si los cambios en su vida privada no le hubieran llevado a finales de los 50 a alejarse al norte de Gales. Cuando se encontraba aún en Cambridge, era patente que el matrimonio no iba bien. Primero se trasladó a Richmond, a las afueras de la ciudad. Peter solicitó el divorcio por abandono, bajo la impresión de que él deseaba contraer matrimonio con Colette, impresión razonable puesto que Colette había estado con él en el norte de Gales y pensaba comprarse allí una casa. Sin embargo, una vez concedido el divorcio, Russell se casó con Edith Linch, la amiga de Lucy Donnelly a la que había conocido en Princeton diez años antes. Colette, en un hospital y con la perspectiva de quedarse ciega por causa de un glaucoma, se enteró de la noticia por los periódicos. «Afortunadamente, lo del glaucoma se quedó en el susto -escribió Colette—, Pero aquél fue uno de los peores días de mi vida.»

La cuarta esposa de Russell era treinta años más joven que él y dedicó su vida a cuidarle y a defender las causas liberales en las que él creía. Con grandes dotes de organización, atractiva e inteligente, iba a ser la compañera ideal de Russell durante sus últimos dieciocho años de vida. Con ella se trasladó, por así decirlo, del fragor de la batalla a un lugar estratégico desde el que podía contemplar objetivamente la escena: Pías Penrhyn, una casa de estilo Regencia en la península Portmeirion. Allí disfrutó no sólo de la soledad sino también del panorama incomparable del estuario del Glaslyn y de los picos del macizo Snowdon, así como de la perspectiva de Tan-y-Rallt, lugar donde Shelley fue atacado después de haber sido expulsado^ de Oxford. Aunque se compró un piso nuevo en Londres para sus escasas visitas al sur, sus salidas para trasladarse a los estudios de radio y para asistir a los mítines de la CDN en todo el país las hacía desde Pías Penrhyn; fue allí principalmente donde continuó escribiendo artículos que llevaban siempre el

mismo mensaje, pero que se aceptaban en las más diversas publicaciones.



La tercera señora Russell, Peter (derecha), después de haberle sido concedido el divorcio por abandono en junio de 1952.



Russell, con su cuarta esposa, Edith Finch, el día de su boda, 15 de diciembre de 1952. Edith era treinta años más joven que su marido.

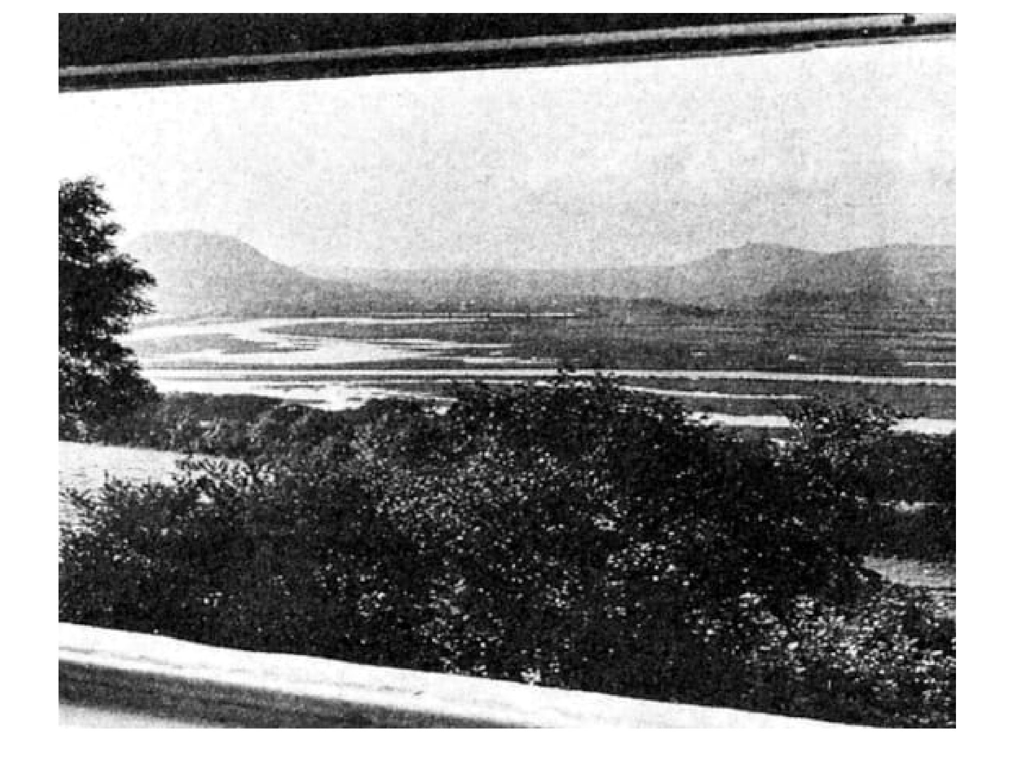
En apoyo de la CDN, Russell escribió para la revista canadiense *International Affairs,* y para la india *Radical Humanist.* Pero también se sentía cómodo escribiendo «Cuatro minutos de locura» para el *Sunday Dispatch,* y enviando el mismo tema a *Maclean s Magazine* y *John Bull.* Esto tenía que resultar irritante a los científicos y filósofos que se dirigían solamente a la elite y a los especialistas. Los artículos y los discursos en mítines públicos eran sólo dos de las armas que utilizaba en su esfuerzo por hacer que la gente tuviera sentido común, y en la menospreciada Cámara de los Lores presentó una moción urgiendo a Gran Bretaña a que persuadiera a las potencias no-nucleares para que renunciaran a la fabricación, propiedad y utilización de armas nucleares. A pesar del apoyo de lord Adrián y de los obispos de Manchester, Portmouth y Chichester, la moción fue retirada. Russell hizo la siguiente observación cuatro años después: «Nadie se toma en serio a la Cámara de los Lores, y no hay razón especial para que alguien

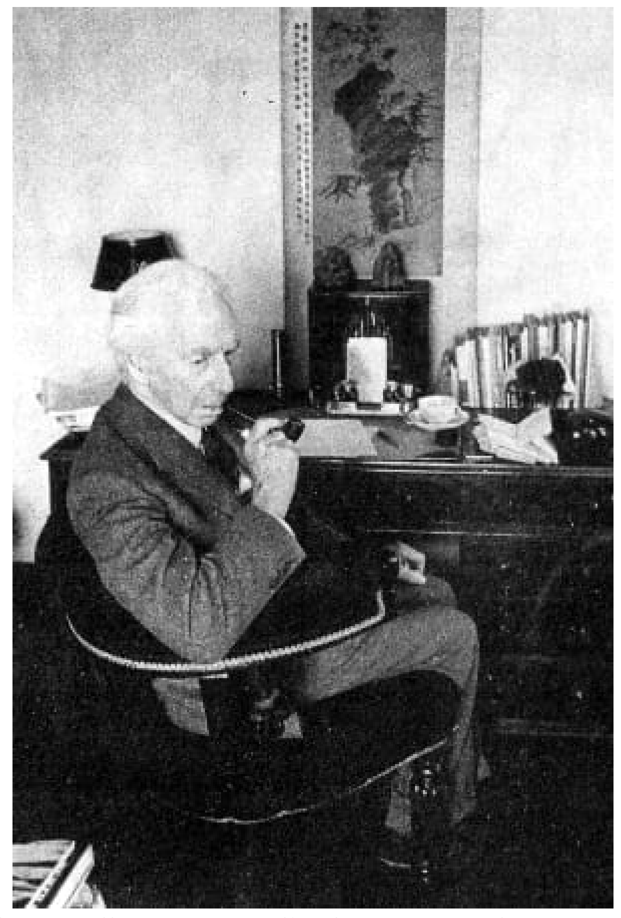
lo haga.»

En 1960 cambió su postura de modo parecido a como lo había hecho en 1915. Si en esta fecha había decidido que su oposición a la guerra había sido insuficiente y se había dedicado a la Asociación Antirreclutamiento, deseoso del martirio, en 1960, igualmente realista, pensó que la CDN había perdido pujanza y que se necesitaba algo más efectivo para tener éxito.



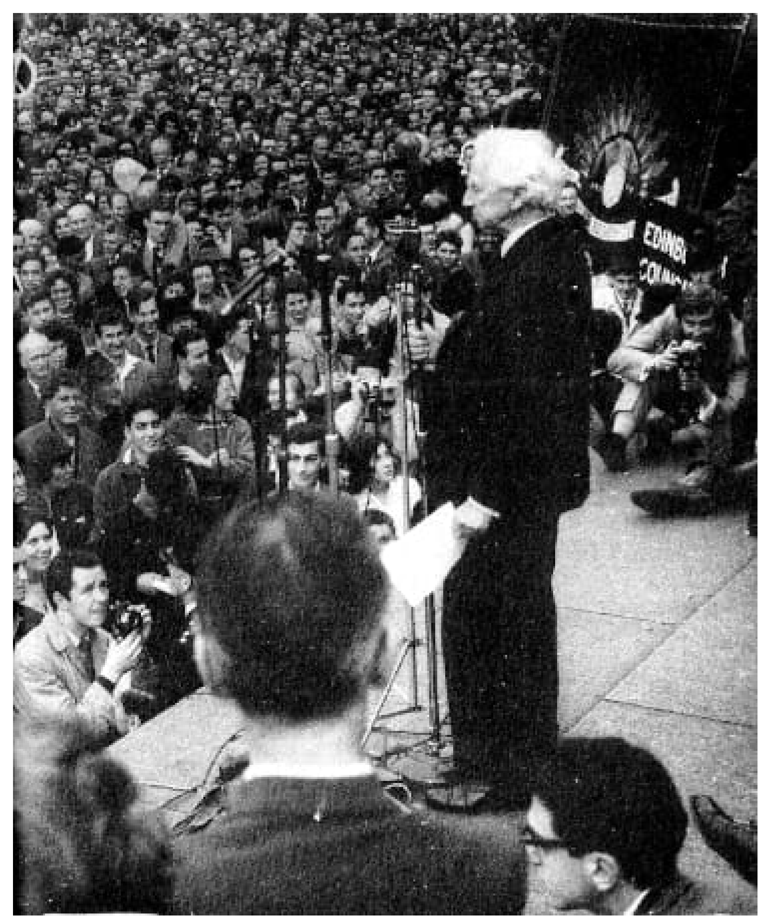
Pías Penrhyn, la casa de estilo Regencia en el norte de Gales, a la que Russell y su esposa se trasladaron en 1955. Bajo estas líneas, una vista del paisaje que se dominaba desde la ventana del dormitorio de Russell.





Bertrand Russell en su estudio de Pías Penrhyn. Aunque tenía más de ochenta años cuando se trasladó a su nueva casa, Russell continuó escribiendo vigorosa y prolíficamente.

El resultado fue el Comité de los 100, primeramente sugerido por su joven secretario, Ralph Schoenman, que en opinión de Russell podría cumplir lo que la situación exigía.



Russell participando como orador en la manifestación organizada por la Campaña para el Desarme Nuclear en Trafalgar Square, el 24 de septiembre de 1960. Un gran número de miembros de la Campaña viajó desde Edimburgo y llegó a Londres ese mismo día precedido por la banda de gaitas Artiston Colliery.

Schoenman era un joven americano que estudiaba en la facultad de Económicas de Londres. Había estado comprometido en el movimiento de protestas durante los años anteriores y en julio de 1960 escribió a Russell pidiendo ayuda para organizar una manifestación de desobediencia civil.

Después fue en auto-stop a Penrhyndeudraeth, se ganó el aprecio de Russell y de su esposa, y el 11 de septiembre ya había enviado cartas anunciando que se estaba formando un grupo de 100 personas llamado «El Comité de los 100 para la

desobediencia civil contra la guerra nuclear». Como otras muchas de las operaciones del Comité de los 100, el anuncio de la aparición del nuevo grupo parece que fue hecho con precipitación, aunque la afirmación posterior de Russell de que la elección de la desobediencia civil había sido hecha «solamente para llamar la atención», sugiere que la precipitación podría haber sido intencionada.

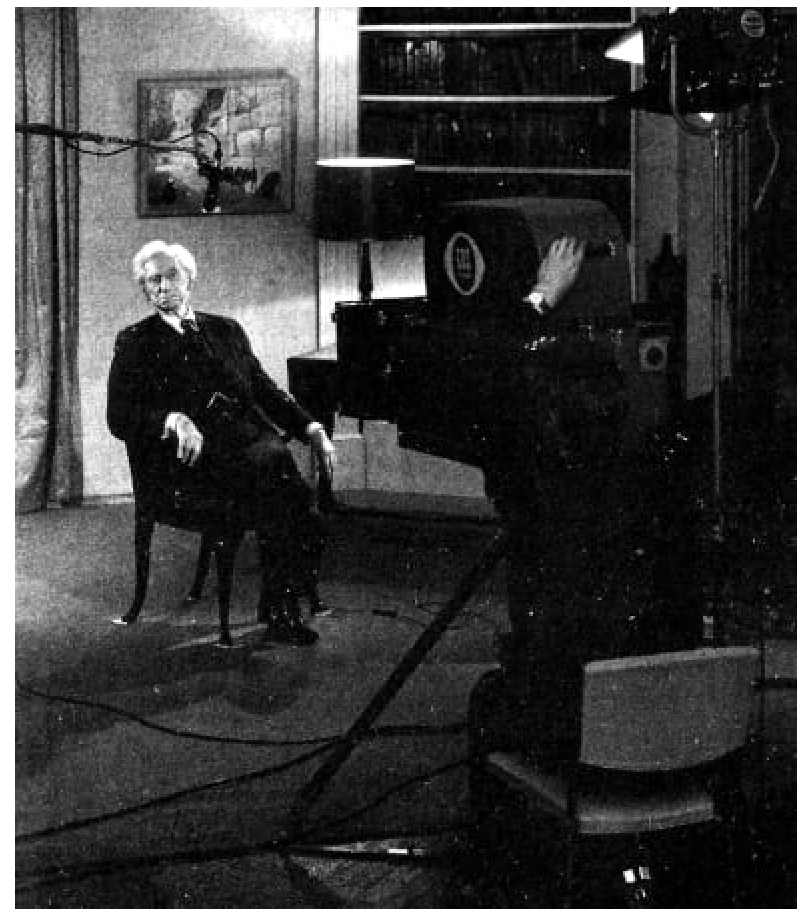


Russell en una manifestación antinuclear junto con Ralph Schoenman (abajo a la derecha).

Después de algunos días de acaloradas discusiones entre los líderes de la vieja campaña y los del nuevo comité -en los que utilizaron un magnetófono para asegurarse de que ninguna de las partes interpretaba mal a la otra, Russell dimitió de la presidencia de la CDN.

Schoenman, que se encontraba frecuentemente en Londres, donde comenzaba a hablar con «la voz de su amo», se convirtió en su secretario particular. Desde el otoño de 1960 hasta el verano de 1969, cuando Russell rompió sus últimos lazos de

unión con Schoenman, cada uno de ellos utilizó al otro con éxito diverso. Las acusaciones de que Schoenman, el impetuoso americano, dominaba a un Russell en estado de senilidad no resisten el más mínimo examen. Puede decirse, más exactamente, que durante los primeros años de la década de los 60 Russell se sentía satisfecho por poder utilizar los servicios de un joven de ideas tan radicales como las suyas y con una habilidad no exenta de audacia para conseguir que las cosas llegaran a buen término, Pero poco a poco se fue dando cuenta de que la audacia era con frecuencia contraproducente y que ello perjudicaba cada vez más su posición. La crónica de *Private Eye* titulada «Bertrand Russell cruza a nado el Atlántico» tenía el mismo aire de afirmación irresponsable que el creado en Londres en nombre de Russell cuando él se encontraba en Penrhyndeudraeth.



Russell preparándose para una conexión transatlántica con Edward Teller, «el padre de la bomba H», el 9 de abril de 1960. Las pruebas nucleares y la libertad de expresión fueron algunos de los temas tratados.



BERTRAND RUSSELL SWIMS ATLANTIC

In an amazing feat unparalleled in the history of the world Bertrand Russell the 94 year old philosopher and "Happy Pilgrim of Peace" yesterday swam the Atlantic Ocean in two hours.

The news was revealed in a special dispatch from the Ralph Schoenman Press Bureau, at Penrhyndeudraeth, Merionethshire.

FANTASTIC

According to the dispatch, Earl Russell ("our respected and beloved leader") entered the chilly waters of the Atlantic Sea at 6.00 p.m. yesterday morning.

"The Atlantic" says the report "was raging in a violent tempest of wind and rain. Giant waves, many of them a million feet high, crashed in anger on the rocky coast."

INCREDIBLE

But Lord Russell was not to be deterred by the elements. "Looking ruddy and cheerful, his muscles shining with youthful vigour, he leapt into the swirling waters and within minutes was well out to sea."

With him were the local secretary of The Committee of 100, the Organising Chairman of Bombs for the Viet Cong (Wales) Association and Mr. Schoenman himself.

MIRACLE

"As Earl Russell breasted the mighty billows of the deep" the report continues, "he chatted jokingly with his companions only pausing to kill marauding sharks with a savage blow from his virile fist or tear of slabs of whalemeat to relieve the hunger of his comrades."

Within two hours the party had landed in America and were taking part in a sit-down demonstration outside the White House.

ASTONISHING

Reporters were not allowed to witness the actual swimming but later photographs were issued (one of which we reprint above). "These" the report states, "will put paid to the lying and slanderous smears on the part of the capitalist-lackeys and hacks of the war-mongering British Press as to the alleged senility or even death of the righteous warrior of peace."

Artículo aparecido en la publicación humorística Private Eye en 1966. Con el título «Russell cruza el Atlántico», reflejaba las exageraciones que se decían a veces sobre Russell.

El mismo era capaz de cometer graves errores de juicio, incluso sin la intervención de Schoenman. De esta forma, el éxito y el fracaso se alternaron durante los diez últimos años de su vida, durante los cuales hizo campaña contra las armas nucleares, intervino en la crisis de Cuba en 1962, protestó contra la intervención norteamericana en Vietnam y dedicó sus todavía considerables energías a una variedad de temas, entre ellos la confrontación árabe-israelí, las desavenencias chino-indias y la creación de un Tribunal de Crímenes de Guerra para acusar a una de las partes en la guerra del Vietnam.

A pesar de su participación en el Comité de los 100, Russell

continuó prestando su apoyo y pronunciando discursos para la Campaña para el Desarme Nuclear. En ocasiones, su intervención era inadecuada, como cuando en Birmingham, en abril de 1961, defendió que Kennedy y Macmillan «eran mucho peores que Hitler». El daño causado por tales declaraciones fue equilibrado posteriormente cuando Russell y su esposa fueron citados por el Tribunal de Bow Street bajo la acusación de incitar al público a la desobediencia civil, lo que violaba una ley de 1361. Pocas cosas habrían agradado más a Russell. «Dimos instrucciones a nuestro abogado -dijo- para que impidiera que fuéramos puestos en libertad inmediatamente, pero, al mismo tiempo, debía intentar que la condena no fuera superior a catorce días de prisión.»

Todo ocurrió como Russell esperaba. Pronunció un discurso breve pero enérgico ante el tribunal, y aunque se sentenció a los acusados a dos meses de prisión, la condena quedó reducida a una semana, que cumplieron en hospitales-prisión. Como comentó *The New Statesman,* las autoridades habían «actuado con una» única, casi diríamos inspirada, mezcla de estupidez y de pánico». Un hombre de noventa años condenado a prisión por lo que él obviamente creía cierto no podía dejar de ganar el respeto de muchos que no estaban de acuerdo con sus opiniones. Casi de la noche a la mañana, la imagen pública del viejo filósofo sentado en las aceras de la calle sin aparente objetivo alguno se transformó en la de un excéntrico aristócrata.

Los beneficios de la publicidad de su segundo encarcelamiento en una larga vida duraban todavía cuando, casi exactamente un año más tarde, Russell intervino en la crisis cubana que amenazaba con llevar a Estados Unidos y Rusia al borde de la guerra nuclear. Cuando el bloqueo de la isla parecía inminente, hizo unas declaraciones a la prensa desde Pías Penrhyn.



Bertrand Russell participando en una manifestación pacifista.

Russell y su esposa a la salida del juzgado de Bow Street, el 12

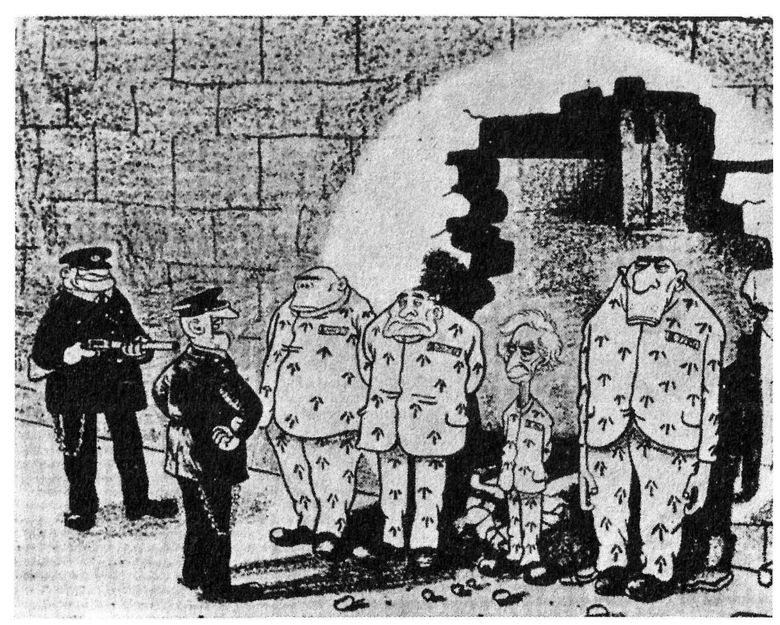
de septiembre de 1961, después de ser condenados a dos meses de prisión por incitar a la desobediencia civil, de acuerdo con una ley de 1361.

Comenzaba así: «La humanidad se enfrenta esta noche a una gran crisis.» Lo que se transformó tras la alteración de Schoenman en: «Parece probable que en menos de una semana todos habréis muerto para complacer a los locos americanos.» Por sugerencia de Russell, «una semana» se cambió por «una o dos semanas», pero el resto quedó como lo había dejado Schoenman. Cuando pocas horas más tarde se anunció el bloqueo, Russell envió cinco telegramas desde Pías Penrhyn. Kennedy, Kruschov, U-Thant (secretario general de las Naciones Unidas), Harold Macmillan (primer ministro británico) y Hugh Gaitskell (líder de la oposición) recibieron su llamamiento. En los telegramas dirigidos a Kennedy y a U-Thant, condenaba enérgicamente la acción de Estados Unidos. Hasta entonces los acontecimientos no habían sido particularmente destacados, ya que Russell escribía o enviaba telegramas con cierta regularidad a los jefes de Estado, y lo que podía haber sido efectivo en la época de lord John, parecía causar poco impacto en la segunda mitad del siglo XX. Pero cuarenta y ocho horas después de que Russell enviara los telegramas, radio Moscú emitió una respuesta de Kruschov a Russell, lo que convirtió a éste en el centro del interés público. Corresponsales de prensa y radio se dirigieron inmediatamente a Penrhyndeudraeth para entrevistar al «intelectual nonagenario en zapatillas en su casa del norte de Gales».

En el transcurso de los tres días siguientes, Russell telegrafió de nuevo a Kennedy y a Kruschov, así como a Fidel Castro. Finalmente, los rusos aceptaron retirar de Cuba los misiles que habían originado la confrontación, pero no hay pruebas que sugieran que la intervención de Russell influyera en el curso de los acontecimientos. Hubo intercambios entre Kruschov y Kennedy que Russell desconocía, y él mismo escribió después: «No creo que yo haya alterado el curso de la

historia ni un ápice.» A lord Dundee, ministro de Asuntos Exteriores, le comentó: «Probablemente Kruschov sólo hace lo que le pido si ya ha decidido hacerlo.»

Las exageradas afirmaciones hechas por partidarios de Russell en relación con su influencia en la crisis de Cuba aumentaron su prestigio durante los años siguientes. Sin embargo, aquellas semanas del otoño de 1962 habían mostrado a Russell que la tarea que se había impuesto de salvar al mundo necesitaba una gran cantidad de dinero.



Chiste publicado en 1961 por el Evening Standard, con el siguiente texto: «Por última vez, ¿qué cerebro ha dirigido esta operación?»

Su capacidad para ganar importantes sumas escribiendo o hablando se veía ahora limitada por la edad y, en cualquier caso, era necesario conseguir dinero a gran escala. Sin desanimarse, se trazó un plan de tres puntos con el que conseguiría alcanzar un notable éxito.

En primer lugar, creó la Fundación Bertrand Russell para la Paz y la Fundación Atlántica, y recaudó fondos para su puesta en marcha. En segundo lugar, decidió publicar su

autobiografía, siendo consciente de que le produciría buenos dividendos. En tercer lugar, ofreció al mejor postor la gran colección de papeles, cartas y manuscritos que había acumulado desde su juventud. Con todas las ganancias obtenidas pudo iniciar un gran programa de actividades políticas.

Durante sus últimos años, Russell defendió la causa de los presos políticos de Brasil, Birmania, El Congo, Grecia, Filipinas e Irak. Pero también defendió la causa de los prisioneros políticos de Rusia, y protestó tan enérgicamente como cualquier airado político conservador contra las pruebas rusas de armas nucleares cada vez más destructivas. Esto se pasa por alto tan frecuentemente, y se ha hablado tanto sin base cierta sobre el supuesto procomunismo de Russell, que nunca se subraya bastante este punto. Su actitud contraria, en frase suya, «a aceptar la denominación rusa según la cual la palabra "democrática" significa una dictadura militar impuesta por fuerzas extranjeras, como ocurría en Alemania Oriental y Hungría», duró hasta su muerte.

Durante los años 60 los temores de Russell al desastre nuclear fueron eclipsados por la guerra de Vietnam. Una razón era probablemente su creencia de que, puesto que ambas partes habían dado marcha atrás en la crisis cubana, las perspectivas de guerra nuclear eran más remotas; en este caso, Vietnam debía tener prioridad en aquel momento. El había sospechado de las declaraciones americanas sobre Vietnam mucho antes de que la mayoría de la gente en Gran Bretaña estuviera preparada para hacerlo. Muchas de sus sospechas resultaron más tarde justificadas, y resulta curioso que su libro *Crímenes de guerra en Vietnam* y el trabajo del Tribunal de Crímenes de Guerra que él había creado fueran tan contraproducentes. Una de las razones era sin duda el horror que sentía y el saber que con más de noventa años no tenía tiempo que perder. Así pues, en el libro abandonó el tipo de ataque ingenioso que le había servido durante tanto tiempo; en

lugar de esto criticó severamente con la intensidad y la vulnerabilidad de un hombre que maneja una espada que no puede controlar del todo.

Tras las primeras actuaciones del Tribunal de Crímenes de Guerra, su confianza en Ralph Schoenman decreció rápidamente. Aunque la ruptura final no se produciría hasta el verano de 1969, él había comenzado ya mucho antes a confiar en un equipo de hombres jóvenes que trabajaban para la Fundación para la Paz y que llevaban a la práctica sus creencias. Su fortaleza interior, sus cualidades heredadas y Pembroke Lodge todavía le permitieron, a la edad de noventa y siete años, mantener a raya a la mayoría de las enfermedades propias de la vejez. En ocasiones necesitaba grandes dosis de antibióticos y durante uno o dos días se encontraba física y mentalmente indispuesto. Pero se recuperaba con prontitud, y fue un Russell enérgico el que la tarde del 31 de enero de 1970 dictó a su secretario Christopher Farley un mensaje que iba a ser leído en el Congreso Internacional de Parlamentarios de El Cairo. En él condenaba a Israel por bombardear Egipto y hacía notar que «es hipócrita evocar los horrores del pasado para justificar los del presente».

Dos días después, se sintió enfermo a media tarde y se acostó. Una hora más tarde había fallecido.

Russell había sido en muchos aspectos un típico y vigoroso Victoriano, irradiando lo que parecía una energía ilimitada, defendiendo sus creencias con independencia, pero dispuesto a cambiarlas si la razón lo exigía. Quizá su gran debilidad era su fe en que la razón siempre triunfaría si los hechos se explicaban con suficiente sencillez. Así pues, era natural que sus mayores logros los consiguiera en el campo de las matemáticas y la lógica, donde los sentimientos humanos no cuentan. También natural fue su incapacidad para disfrutar, hasta una edad avanzada, de otra cosa que una vida constantemente llena de problemas personales.

Si su primer amor habían sido las matemáticas, el siguiente

fue el Trinity, y se hubiera mostrado satisfecho con la placa conmemorativa que fue colocada después de su muerte. La inscripción, traducida del latín, reza como sigue:

> *«El tercer conde Russell, O.M., profesor de este colegio, fue particularmente famoso como escritor e intérprete de la lógica matemática. Abrumado por la amargura humana, en edad avanzada, pero con el entusiasmo de un joven, se dedicó enteramente a la preservación de la paz entre las naciones, hasta que, finalmente, distinguido con numerosos honores y con el respeto de todo el mundo, encontró descanso a sus esfuerzos en 1970, a los 98 años de edad.»*

BERTRAND RUSSELL
Comes Russell tertius. O.M.. huius Collegii socius.
philosophiae praesertim mathematicae scriptor
et interpres inclaruit. Idem, amentiam hominum
diu indignatus, senex iuuenili impetu paci inter
gentes seruandae totus incubuit donec tandem
multis adfectus honoribus et per orbem terrarum
obseruatus anno aetatis suae XCVIII. salutis MCMLXX.
e laboribus conquieuit

Inscripción en memoria de Russell colocada en la capilla del Trinity College, de la Universidad de Cambridge.

Cronología

1872 18 de mayo: nace Bertrand Russell en Ravenscroft.

1874 Mueren su madre y una hermana de corta edad.

1876 Muere su padre. Es llevado a vivir a casa de sus abuelos, lord y lady Russell, en Pembroke Lodge, Richmond Park.

1889 Obtiene una beca para estudiar matemáticas en Cambridge.

1890 Entra en el Trinity College de Cambridge.

1893 Consigue la calificación de sobresaliente en matemáticas.

1894 Consigue un sobresaliente en los exámenes de filosofía. Es nombrado agregado de la embajada británica en París. Contrae matrimonio con Alys Pearsall Smith.

1895 Consigue una beca como premio por su disertación sobre «Los fundamentos de la geometría».

1896 Pronuncia varias conferencias en la facultad de Económicas de Londres. Viaja a Estados Unidos con su esposa. Da algunas conferencias sobre geometría no-euclidiana en el Bryn Mawr College y en la Universidad John Hopkins.

1907 Se presenta sin éxito a las elecciones al Parlamento en Wimbledon.

1908 Es elegido miembro de la Royal Society.

1910 Es nombrado profesor agregado de lógica y principios de las matemáticas del Trinity College. Comienzan a publicarse los *Principia Mathematica,* escritos en colaboración con Whitehead.

1911 Comienza unas largas relaciones con lady Ottoline Morrell. Abandona a su esposa.

1912 Se publica *Los problemas de la filosofía.*

1914 Segundo viaje a Estados Unidos, donde pronuncia las conferencias Lowell en Harvard.

1916 Pronuncia en Londres una serie de conferencias

sobre «Principios de la reconstrucción social». Participa activamente en la Asociación Antirreclutamiento. Carta abierta al presidente Wilson instándole a hacer todo lo posible para negociar la paz. Escribe a favor de los objetares de conciencia encarcelados, por lo que es procesado y multado con cien libras. Es expulsado de su puesto de profesor en el Trinity.

1918 Pronuncia una serie de conferencias sobre «La filosofía del atomismo lógico». Cumple una condena de seis meses de prisión por un artículo publicado en *The Tribunal.* Se publica *Caminos hacia la libertad: socialismo, anarquismo y sindicalismo.*

1920 Visita la Unión Soviética con una delegación laborista. Se entrevista con Lenin. Visita China con su futura esposa, Dora Black. Escribe *Teoría y práctica del bolchevismo.*

1921 Imparte clases en la Universidad Nacional de Pekín. Se divorcia de Alys y contrae matrimonio con Dora Black. Nace su hijo John Conrad. Se publica *El análisis de la mente.*

1922 Se presenta sin éxito al Parlamento como candidato laborista por Chelsea.

1923 Nace su hija Katherine Jane.

1924 Realiza la primera de sus cuatro giras de conferencias por Estados Unidos.

1927 Inaugura junto con su esposa la escuela experimental Beacon Hill en Telegraph House, Petersfield. Gira de conferencias en Estados Unidos. Se publica *El análisis de la materia.*

1929 Gira de conferencias en Estados Unidos. Escribe *Matrimonio y moral.*

1931 Gira de conferencias en Estados Unidos. A la muerte de su hermano, se convierte en el tercer conde Russell.

1935 Se divorcia de Dora.

1936 Contrae matrimonio con Patricia Spence.

1937 Nace su segundo hijo, Conrad Sebastian Robert. Se publica *The Amberley Papers,* obra escrita en colaboración con Patricia.

1938 Es nombrado profesor invitado de filosofía en la Universidad de Chicago.

1939 Se le nombra profesor de filosofía en la Universidad de California, en Los Angeles.

1940 Le ofrecen un puesto de profesor en el New York City College para impartir clases de lógica y otras materias, pero se revoca el nombramiento debido a una controvertida causa judicial.

1941 Trabaja como profesor de historia de la filosofía en la Fundación Barnes (Merion, Pensilvania), hasta 1943.

1944 Al ser nombrado catedrático del Trinity College, regresa a Inglaterra.

1945 Se publica *Historia de la filosofía occidental.*

1948 Realiza numerosas emisiones para la BBC. Es enviado a Noruega por el Consejo Británico.

1949 Pronuncia las primeras conferencias Reith en la BBC. Le es concedida la Orden del Mérito.

1950 Viaja a Australia y a Estados Unidos como profesor invitado. Se le concede el premio Nobel de literatura.

1952 Divorcio de Patricia. Contrae matrimonio con Edith Finch. Se publica *El impacto de la ciencia en la sociedad.*

1954 Emisión en la BBC de «El peligro del hombre».

1957 Es elegido presidente del primer Congreso Pugwash. Se publica su carta abierta a Kruschov y a Eisenhower en la que urgía a la cooperación Este- Oeste.

1958 Participa en la creación de la Campaña para el Desarme Nuclear.

1960 Dimite como presidente de la CDN y es nombrado presidente del Comité de los 100.

1961 Protesta contra la política nuclear del gobierno británico. Es condenado, junto con su esposa, a dos

meses de prisión, que quedan reducidos a una semana por razones de salud.

1963 Crea la Fundación Bertrand Russell para la Paz.

1967 Comienza la publicación de su *Autobiografía en* tres volúmenes, que acabará en 1969.

1970 2 de febrero: muere Bertrand Russell en Penrhyndeudraeth.

Testimonios

J. B. Priestley

Por lo que se refiere a la tradición, un filósofo como Russell, que proporciona de buen grado a todos sus lectores sus propios conocimientos adquiridos, está mucho más cercano a la gran tradición filosófica antigua que esos especialistas misteriosos que se relacionan únicamente con otros especialistas igualmente misteriosos para resolver problemas que no entiende nadie excepto ellos mismos. He aquí a grandes rasgos el nuevo estilo filosófico.

(El europeo y su *literatura,* 1961)

A. J. Ayer

Bertrand Russell destaca entre todos los filósofos de este siglo porque, además de dedicarse a cuestiones específicamente filosóficas, se interesó también por las ciencias naturales y sociales; y, por si esto fuera poco, tuvo tiempo para comprometerse en la tarea de la instrucción pública y para participar activamente en política. *(Bertrand Russell,* 1973)

Ludwig Marcuse

Pero sobre todo, él [Platón] fue un ardiente defensor del poder no unido a la explotación. Es incomprensible que un pensador como Bertrand Russell (y otros de menor talla después que él) calificase a Platón de fascista. No es justo ni acertado identificar el gobierno de una elite con el gobierno de una oligarquía.

(Apuntes de un antiguo estudiante de Filosofía, 1964)

Hans Lenk

Existe una paradoja siempre que una frase y su contraria son demostrables al mismo tiempo. La paradoja del número máximo y la famosa paradoja russelliana de su idea de la cantidad de cantidades, que no se incluyen a sí mismas como elemento, sacudieron los cimientos de la lógica y de la matemática edificados a costa de grandes esfuerzos y considerados hasta entonces inconmovibles. Sucedió esto en el preciso instante en que Frege sentaba las primeras bases de la

lógica y la aritmética formuladas a partir de un riguroso sistema de axiomas.

(La Filosofía en la época tecnológica, 1971)

Albert Einstein

Admiro el agudo análisis que Russell nos ha legado en su libro *Investigación sobre el significado* y *la verdad,* pero creo que incluso en él ha sentado sus reales el fantasma del miedo a la metafísica. En este miedo radica a mi entender la causa de concebir, por ejemplo, la «cosa» como un «conjunto de cualidades», con lo cual las «cualidades» se quieren deducir de la materia prima sensorial... De todos estos esfuerzos me ha complacido que en el último capítulo se diga que la metafísica es imprescindible. Mi única objeción al respecto: de la lectura entre líneas se desprende la mala conciencia del intelectual.

(Mi *visión del mundo,* 1965)

Arnold Toynbee y John Cogley

Los creyentes discreparían de lord Russell cuando afirma que el temor es la esencia de la fe. Ellos dirían más bien que su motor es la búsqueda de un sentido último, y destacarían con Kierkegaard que el «salto a la fe» exige mayores dosis de valor y de audacia.

(¿Tiene futuro la religión?, 1968)

Golo Mann

El que desconfía de los políticos desconfía del «pueblo», porque el pueblo, al menos en un Estado democrático, tiene los políticos que se merece. En su juventud, Russell se burló una vez diciendo que la superioridad de los sistemas políticos democráticos radicaba en la interrelación mutua que existe entre electores y elegidos: cuanto más tonto fuese el diputado, más tontos serían sus electores. En el fondo siempre se mantuvo fiel a este lema.

(Ensayo sobre Bertrand Russell, 1972)

U Thant

Lord Russell fue uno de los primeros que intuyeron qué demencial y peligrosa resulta la acumulación ilimitada de

material bélico nuclear. En los primeros años combatió poco menos que en solitario esta tendencia; en la actualidad, el grupo de sus seguidores es mucho más nutrido. Aunque mantengo ciertas discrepancias con los planteamientos de lord Russell sobre el desarme unilateral y otras ideas afines, comparto, sin embargo, su opinión de que la fabricación, experimentación, perfeccionamiento y acumulación progresiva de armamento nuclear constituyen uno de los mayores peligros para la humanidad y una de las amenazas más graves para la supervivencia del género humano.

(En la creación de la Fundación Bertrand Russell para la Paz, 1974)

Bibliografía

Algunas ediciones en castellano de las obras de B. Russell

Obras completas. Madrid, Aguilar, 1974. 2 vols.

Los *principios de la matemática.* Madrid, Espasa-Calpe, 1977.

Ensayos filosóficos. Madrid, Alianza, 1982.

Los problemas de la filosofía. Barcelona, Labor, 1981.

Análisis de la materia. Madrid, Taurus, 1976.

Historia de la filosofía occidental. Madrid, Espasa-Calpe, 1978. 2 vols. *Retratos de memoria.* Madrid, Alianza, 1976.

¿Tiene el hombre un futuro? Madrid, Aguilar, 1968.

Crímenes de guerra en Vietnam. Madrid, Aguilar, 1968.

Autobiografía. Madrid, Aguilar, 1971. 3 vols.

Obras sobre B. Russell

Ayer, A. J.: *Russell.* Barcelona, Grijalbo, 1973.

Hardy, G. H.: *Bertrand Russell and Trinity.* Londres, 1970.

Ivars, J. F.: *Bertrand Russell y su obra.* Madrid, Dopesa, 1978.

Lewis, J.: *Bertrand Russell, filósofo y humanista.* Madrid, Ayuso, 1972.

Schlipp, *P.: The Philosophy of Bertrand Russell.* La Salle, Open Court, 1975.

Schoenman, R.: *Homenaje a Bertrand Russell.* Barcelona, Oikos-Tau, 1968.

Wood, A.: *Bertrand Russell, el escéptico apasionado.* Madrid, Aguilar, 1967.